



DATOS GEOLÓGICOS Y BOTÁNICOS
DE
TETUÁN Y SUS CERCANÍAS

No hace mucho tiempo que, ocupándome de la parte del bajalato de Tetuán más próxima á Ceuta, en lo que hace relación á las condiciones naturales del territorio para su explotación agrícola y forestal (1), apunté muy de pasada algunos caracteres geognósticos y botánicos de dicha región, como antecedente necesario para servir de fundamento á aquel estudio. Pero la escasez de los datos era tanta que no me permitió presentarlos agrupados sistemáticamente ni entrar en consideraciones de importancia acerca de los hechos naturales que de su comparación pudieran deducirse. He buscado después con algún empeño las noticias científicas más recientes de esta clase que se han publicado respecto de Tetuán, y si

(1) *Parte oriental del bajalato de Tetuán bajo el punto de vista de su colonización.*—*Revista de España*, núm. 332, del 28 de diciembre de 1881.—Reproducida en el *Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid*, núm. 2, febrero 1882.

bien no son muchas ni muy completas las que he recogido, tal como las he hallado paso á transcribirlas, para que sirvan de mayor ilustración al trabajo antes citado y para que vengán á aumentar los materiales que con el tiempo puedan servir para hacer una descripción natural exacta del valle del Martín y de la faja de tierra que, cerrada por la Sierra-Bullones y el mar, une la ciudad de Tetuán con nuestras posesiones de Ceuta.

Ante todo, y tratándose de esta última ciudad, es deber de conciencia hacer mención de la erudita é inapreciable Memoria que los distinguidos ingenieros de montes españoles Sres. Laguna y Satorras escribieron en 1861 acerca del reconocimiento, por ellos practicado, de los montes de Sierra-Bullones; que pasaron al dominio de España después de la guerra marroquí de 1859-60 (1). Las noticias geognósticas de los alrededores de Ceuta que en la Memoria se consignan y las notables descripciones botánicas de la misma localidad que la enriquecen, dan á esta parte del trabajo, ejecutada por el Sr. Laguna, un gran interés á la vez que revelan los profundos conocimientos científicos de dicho botánico y académico autor de la *Flora forestal española* que el Gobierno publica en la actualidad á sus expensas y que ha de hacer imperecedera la memoria de aquel sabio cuanto modesto ingeniero español.

Tampoco fuera justo, ni los amantes de la ciencia perdonarían el olvido, dejar de hacer mención aquí del diario de viaje que dos años antes había publicado, al terminar su excursión á Tánger y Tetuán, el malogrado Amor (2). Á

(1) Publicada en el *Boletín oficial del Ministerio de Fomento* y reproducida como folleto, en 1877, por la *Revista de Montes*.

(2) *Recuerdos de un viaje á Marruecos*, por D. Fernando Amor, catedrático de Historia natural del instituto de Córdoba.—Sevilla, 1859. Folleto en 4.º menor de 119 páginas.

El joven autor de este trabajo formó parte pocos años después de la conocida expedición científica del Pacífico, muriendo verdadero mártir de la ciencia y víctima de su entusiasmo, en San Francisco de California, á consecuencia de una enfermedad contraída en las diferentes excursiones que practicó en la América del Sur.

pesar de que este naturalista dió á su trabajo un carácter narrativo, pintoresco y general, para hacerlo más agradable á toda clase de personas, se encuentran en él datos y apreciaciones bastantes para formar un juicio acertado de la fisonomía botánica de aquellas localidades y de sus diferencias ó semejanzas, según los casos, con la de las del Mediodía de España.

Y hechas estas citas en justo tributo de admiración á los naturalistas españoles, tócame pasar revista á los trabajos extranjeros más recientes que de aquella parte del África tratan, los cuales paso á resumir en la forma más concreta y clara posible. Según George Maw (1), la parte oriental del promontorio africano que se extiende desde el cabo Espartel hasta Ceuta, ó sea todo el territorio de Sierra-Bullones, incluyendo el monte de las Monas, que cae frente de Algeciras, está formado por sedimentos de diverso carácter, consistiendo en su mayor parte en una caliza metamórfica muy dura, cuya potencia no está bien conocida. Creen algunos geólogos que esta formación se corresponde con la que aparece al Sudeste de Gibraltar, aun cuando esto no está del todo comprobado. Menos certeza hay todavía en cuanto se refiere á relacionar estas mismas formaciones con el terreno de las cercanías de Tetuán.

Cita Smith (*Journal of Geological Society*, vol. II, pág. 41) el hallazgo de impresiones de *Terebratula fimbriata* y *T. concinna*, fósiles pertenecientes á la olita inferior, en la caliza de Gibraltar. Á su vez el insigne Coquand refiere al terreno jurásico los estratos de los alrededores de Tetuán, dividiéndolos en cuatro pisos, caracterizados respectivamente por margas, dolomias, calizas areniscas fétidas, con olor de petróleo, y calizas litográficas con concreciones silíceas. La opinión de Mr. George Maw es de que las formaciones de Tetuán se corresponden con las de la caliza de Gibraltar, extendiéndose tal vez más lejos hacia el Sur y encontrán-

(1) *Notes on the Geology of the Plain of Marocco and the Great Atlas*. Londres, 1878.

dose separadas de las calizas más modernas del Oeste y Noroeste por una gran falla dirigida de Norte á Sur, que divide en dos partes casi iguales el promontorio de Tánger. Á su vez opina Mr. Murlon, con referencia á algunos ejemplares de caliza conchífera que existen en el Museo de Bruselas, y que proceden de las inmediaciones del río Mhellah, en el distrito de Ouled Eissa, entre Fez y Tetuán, que por la semejanza de estas rocas con las del Muschenkalk y su asociación con estratos parecidos á los de Tetuán, pueden ser éstos del período jurásico.

Lo que no admite duda es que la caliza de Tetuán ha producido el levantamiento de enormes bancos de toba jaspeada, bajo la forma de terrazas, sobre la que está construída la ciudad. El origen de este levantamiento parece haber tenido lugar hacia las colinas del Noroeste, de donde debió tomar la dirección general del valle, habiendo producido los grandes bancos que hoy se observan, y cuyo grueso es á veces de 18 y 20 metros, como puede observarse entre otros puntos, al pie de la puerta de la Luneta, junto á la tumba del Santón y sitio que llaman los moros la *peña de los pensadores*. Las aguas todas que brotan de las faldas de la sierra por el lado de la Alcazaba, que está también al Oeste, y que no sólo surten las fuentes de la ciudad, sino que riegan muchas de las principales huertas de la vega, están tan cargadas de carbonato cálcico, que no pueden beberse casi nunca sin que produzcan irritaciones intestinales que sólo desaparecen con el uso prolongado de las mismas. Todas estas observaciones he tenido lugar de comprobarlas por mí mismo, encontrándolas perfectamente ajustadas á la realidad de los hechos. La capa de toba caliza superpuesta á los bancos ó estratos de margas, aparece también en los desmontes y cuevas de las alfarerías que están fuera de la puerta de Tánger, al pie de los cementerios españoles asentados igualmente sobre bancos de toba de mucho espesor.

Esto respecto á rocas y formaciones. En cuanto á plantas, hay que decir que una de las excursiones botánicas de mayor interés que pueden hacerse en las inmediaciones de Tetuán es la del monte Beni Hosmar, que forma el extremo de la

cadena que se extiende por la parte Norte desde Beni Hassan. Pocos son los europeos que han hecho la ascensión de esta montaña hasta llegar á su cumbre. Uno de los primeros fué Mr. Barker Webb, autor de la *Phytographia Canariensis*, y otras importantes obras botánicas. Entre las ascensiones más interesantes é instructivas, figura la que en la mañana del día 11 de abril de 1871 llevaron á cabo los ilustres botánicos doctor Hooker, director de los Jardines de Kew, en Londres, y Mr. Ball, como principio de la gran expedición que á los pocos días emprendieron á las cumbres del Gran Atlas, más allá de la ciudad de Marruecos, en compañía del geólogo Maw. Hé aquí el relato de esta excursión botánica, tal como lo refieren los autores:

«El aire era frío (13° C. á las seis de la mañana), el cielo estaba despejado y los setos de las huertas presentaban un aspecto muy risueño con la abundancia de rosales silvestres que los cubrían (*R. sempervirens*), y con las no menos frecuentes corregüelas de flores grandes (*C. sylvatica*), especie que en el Sur reemplaza nuestra más modesta forma del Norte, la *C. sepium* de Linneo (1). Después de una corta ascensión entre altos setos y árboles, salimos de la región de los campos, y el aspecto del terreno cambió completamente. La parte superior de la montaña presenta una serie de bancos de caliza en forma de peñascos muy irregulares, lo cual dificulta el ascenso, si bien alrededor de la base hay algunas mesetas y taludes muy áridos, formados en gran parte de detritus y desprendimientos antiguos de los peñascos de la cumbre. Los arbustos más notables de esta región son el lentisco, el roble enano, *Juniperus phænicea*, y varios *Cistus*, que luchan todos con el palmito, predominando éste en muchos sitios hasta el punto de cubrir todo el suelo. Desaparece, sin embargo, esta planta poco antes de llegar á la mitad de la altura de la montaña, donde se encuentra el límite superior de su vegetación, cuya altura sobre el nivel del mar es

(1) Esta especie se encuentra también en la *Casa de Campo* de Madrid, á las orillas de los ríos y entre los matorrales. (*Nota del traductor.*)

de 374 metros. En este punto las especies dominantes son algunas *leguminosas* arbustivas, entre las que descuella, como más apreciable para los botánicos, la *Calycotome villosa*. Esta y la *C. spinosa* son muy comunes en las localidades cálidas de la región mediterránea, donde se deja conocer bien pronto por la gran dureza de las espinas de sus numerosas ramas, y por los destrozos que causan en los vestidos y las heridas que producen á las personas al acercarse á ella.

Seguimos un sendero de ganado que vuelve á la derecha en dirección al Sur, y se dirige á la cumbre de la montaña. Antes de llegar á la mitad de la falda, encontramos en unas rocas que dan frente á Tetuán una saxifraga especial (*S. Marweana*) encontrada por primera vez hace cuarenta años por Mr. Webb, pero que, como otras varias del herbario de este naturalista, había permanecido desconocida. Maw encontró á su vez esta especie el año 1869, y la cultivó con otras especies marroquíes en su jardín de Shropshire. En las mismas rocas, y entre otras plantas curiosas, recolectamos una notable crucífera (*Succowia balearica*) cuyas flores y frutos estaban próximos á la maduración.

Como no deseábamos realmente más que se nos dejase explorar la montaña con libertad, vimos con más placer que disgusto la instalación de nuestra escolta y sus caballos en el lugar donde nos hallábamos, dispuestos á dar por terminada su ascensión. Escalamos un escarpe inclinado, y se presentó á nuestra vista un profundo valle dirigido al mar. En este punto, y á pesar de lo temprano de la estación, encontramos varias plantas en flor que despertaron entre nosotros gran interés, entre ellas una polígala pequeña con flores de un rico rojo purpurado, que recordaba una de las muchas variedades rojas de la *P. Chamæbuxus* que se encuentra con frecuencia en los Alpes orientales, pero de la que sin embargo se diferenciaba por completo. Hallamos, asimismo, un crisantemo poco diferente de las especies argelinas, y que fué nuestra primera prenda del grupo que caracteriza la Flora del Gran Atlas. Aun nos causó más placer el hallazgo en semejantes alturas de algunos descendientes de una raza que en tiempos remotos debe haberse propagado por Europa,

el *Ranúnculus gramíneo*, de flores muy brillantes. Todavía se encuentra esta especie en varias localidades de Francia, en algunos pocos lugares de los Alpes y en España. Ha desaparecido ya de los Apeninos hace dos siglos, y va perdiendo terreno de día en día en todas partes. La distribución del género *Ranúnculus* presenta en todos los países conocidos aspectos muy interesantes para la investigación. Pocas regiones hay donde los viajeros, por escasos que sean sus conocimientos botánicos, no reconozcan desde luego los *Ranúnculus*, distinguiéndolos de las demás plantas, si bien no perciban los caracteres que diferencian las especies de aquel género entre sí. Desde que desembarcamos en Marruecos, encontramos muchos *Ranúnculus* por todas partes, semejantes casi todos á una especie muy variable, el *R. chærophillos*, que se extiende bastante por las orillas del Mediterráneo. En los lugares sombríos hemos encontrado, si bien con escasez, otro ranúnculo del Norte de África, el *R. macrophyllus*, y en la montaña de Tetuán algunos pocos ejemplares del *R. spicatus* con las flores marchitas, pero ninguna de las especies británicas ni del centro de Europa, á excepción del *R. aquatilis* de flores blancas de nuestras charcas y zanjas.

Después de echar una ojeada sobre la parte de la montaña que nos quedaba por recorrer, nos fijamos en un banco de roca bastante saliente no lejos de la cumbre, que parecía ser un excelente *habitat* de plantas raras. Nuestra presunción era fundada, porque apenas llegamos á él, cuando encontramos uno de los mejores ejemplares de toda nuestra excursión. De las grietas de la parte saliente de la roca colgaba una masa espesa de hojas casi de un metro de diámetro, sostenida por tallos del grueso del brazo. En las ramas aparecían flores amarillas muy abundantes que hacía poco tiempo se habían abierto. Creimos al pronto que se trataba de una nueva especie de col silvestre, pero la total diferencia de frutos nos obligó á considerarla como un género nuevo de la familia de los crucíferas. Mr. Webb, que probablemente encontró esta planta en su verdadero aspecto, la describió en los Anales de Ciencias naturales, bajo el nombre de *Hemicrambe fruticulosa*; pero parece que la especie original se perdió, y desde

entonces, hasta el presente, nadie había visto viva esta planta. En la misma peña recolectamos abundantes y hermosos ejemplares del *Iberis gibraltárica*, así como otras curiosas plantas, todavía sin florecer, entre las cuales figura la *Centaurea Clementei*, especie española bastante rara.

Vista desde Tetuán la parte alta del banco que explorábamos, parecía distar muy poco de la cumbre de las montañas; pero después de trepar por las peñas un corto espacio de tiempo, conocimos claramente nuestro error. Á la distancia de unos 2.500 metros de donde nos encontrábamos y separada por una profunda depresión, se levantaba otra cumbre de unos cien metros de altura, que parecía ser la más alta de las de la cadena montañosa en donde nos encontrábamos. No hubiera sido difícil llegar á las cumbres más lejanas, pero nos pareció mejor explorar detenidamente la parte de la montaña en donde nos encontrábamos.

Varias indicaciones, tales como la desaparición de algunas especies que habíamos visto á menor altitud, y el más evidente retraso de la vegetación, probaban que el clima de la parte alta de la montaña era muy diferente del de la región media; pero sin que pudiera asegurarse que habíamos llegado al límite de esta nueva región, ni mucho menos al de la Flora subalpina. Verdad es que encontramos una variedad del *Senecio Doronicum* con abundantes flores, el cual llega hasta la región alpina en los Alpes y Pirineos, y que Ball recogió una forma de *Erodium petraeum* que en los Pirineos y en el Norte de España llega comunmente á la zona alpina; pero esto no era bastante para deducir de allí una conclusión categórica. La estación estaba poco adelantada y es indudable que los naturalistas que sigan nuestros pasos hacia el principio de junio, harán ciertamente una cosecha de plantas mucho más abundante que la nuestra.

Hechas algunas observaciones barométricas que acusaron una altura sobre el nivel del mar de 927 metros para el punto en que nos encontrábamos, nos detuvimos un momento para gozar de la hermosura del panorama que se desarrollaba á nuestra vista. Hacia el Oeste se veía una serie de ondulaciones sucesivas formadas por varias sierras de cerros bajos que

se iban á desvanecer insensiblemente en el horizonte, mientras que por el Norte el paisaje adquiriría un aspecto distinto. Hacia la derecha de las montañas de Anghera y de las Monas, no lejos de Ceuta, veíamos destacarse una pequeña isla oscura que parecía estar separada de las costas españolas. Era el peñón de Gibraltar, que reconocimos por la sombra de una nube que casualmente se colocó sobre los bancos calizos de aquel curioso promontorio. Por la derecha se extendía la línea de costa que va desde Ceuta á la desembocadura del Martín, y más lejos se descubría la silueta de la serranía de Ronda entre la atmósfera turbia de aquel lejano horizonte. Siguiendo el contorno del Continente por el Norte de la costa marroquí, se descubrían diversas estribaciones que penetran en el territorio del Riff, seguro refugio de las tribus de aquel nombre, cuyos manes no han sido nunca profanados por ningún conquistador. Por esa parte se distinguían algunos manchones oscuros que debían ser indudablemente bosques poblados en parte, tal vez, del cedro atlántico, aun cuando no pueda asegurarse haber sido encontrado este árbol en Marruecos.

Con el fin de examinar la mayor extensión de terreno posible durante el descenso, nos separamos unos de otros tomando distinta dirección. Hooker pasó por un aduar de bereberes ó rifeños que viven en humildes chozas de piedra y barro, hechas con tal sencillez, que apenas si pueden resistir las lluvias algo más que los cobertizos de la llanura. No parece que los habitantes de esta aldehuela sean hostiles ni maleantes. Un fornido rifeño se mostró algo exigente solicitando un poco de tabaco de sorber. Se dió por satisfecho con un cigarro. Entre los marroquíes es desconocido este modo de fumar. Lo común entre moros y bereberes es el uso del *kif*, que se fuma en pequeñas pipas y consiste tan sólo en picadura de las sumidades tiernas del cáñamo común. Usan también mucho el tabaco en polvo, que se importa en grandes cantidades por los comerciantes, y con el cual se hace no poco contrabando.

Al descender de la montaña, pasamos por varios rodales de *Ulex baeticus* de Boissier, aulaga pequeña y espinosa que

reemplaza á las especies británicas en el Sur de Portugal y España y en las cercanías de las costas de Marruecos.»

La excursión de que acabamos de dar cuenta terminó felizmente en el día. En el siguiente, Ball herborizó en los alrededores de la ciudad, recogiendo entre otras especies notables la *Fumaria africana* de Lamark, una *polígala* de flores rojas de Beni-Hosmar (*P. Webbiana*, Cosson), que se encuentran cerca de la ciudad con el *Arabis pubescens*, y un *Prosophyllum* muy raro hasta el presente, observado tan sólo en los cerros del Oeste de Tánger á la vista del Mediterráneo asociado con el *Helianthemum umbellatum* y otras cistíneas menos raras.

En el camino de Tetuán á Ceuta recogieron los mismos botánicos ejemplares del *Tamarix africana*, del *Juniperus phoenicea* y de una leguminosa ornamental de flores azules y purpuras, la *Phaca baetica*, muy distinta de las especies de este género que se encuentran en los Alpes. La planta más notable recogida en dicho día fué la *Malcomia nana*, crucífera de una pulgada de altura, que hasta entonces sólo se había encontrado en las orillas del mar Caspio y en pequeñas localidades separadas por grandes intervalos en la región mediterránea.

Las montañas de Sierra-Bermeja, aunque menos altas que las de Beni-Hassán, ofrecen también al botánico abundante cosecha de plantas raras y característas. Se encuentran sus cumbres mucho más cerca de la ciudad, y el acceso es menos fatigoso. Discurren por sus faldas algunos riachuelos que fertilizan las veguillas de los duares de Samsa, Quelelium y otros y determinan sus distintas condiciones geognósticas y topográficas una gran variedad de vegetación, en muy corta diferencia de altitud. Todo esto convida á una exploración minuciosa, que yo creo que no se ha llevado á cabo todavía. La época más indicada para una excursión de esta clase, es el mes de mayo, ofreciendo la ciudad toda clase de recursos necesarios para el objeto, así como la campaña la más completa seguridad personal.

JOSÉ JORDANA Y MORERA.



UTILIDAD DE LAS FLORES ⁽¹⁾

POEMA EN UN CANTO.

Á MI CONSECUENTE AMIGO EL EXCMO. SR. D. JOSE DE CÁRDENAS,
EXDIRECTOR DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA.

I.

No lo dudéis, lectores,
ó no hay cielo, ó hay en él aves y flores.

II.

Hállanse en una estancia,
compitiendo en belleza y en fragancia,
frente á un espejo, una mujer hermosa,
que tiene al lado izquierdo y al derecho,

(1) Este poema, escrito expresamente para la REVISTA CONTEMPORÁNEA, ha visto ya, sin embargo, la luz pública en los periódicos *El Imparcial*, *La Época* y *El Tiempo*, por circunstancias ajenas á la voluntad del autor, y que esos mismos periódicos se han apresurado á explicar satisfactoriamente. La REVISTA, á pesar de esto, cree satisfacer los deseos de sus lectores y honrar sus columnas publicando tan notable poesía.

en aquél una cuna, en éste un lecho,
y en la mesa, en un búcaro, una rosa;
y en tanto que la rosa la embalsama,
mira la madre, tierna cual ninguna,
con el afán del que ama,
á una niña menor que está en la cuna,
y á otra enferma y mayor que está en la cama;
y con madre tan bella
y con hijas tan niñas y agraciadas,
hace la rosa de la estancia aquella
un jardín habitado por las hadas.

III.

Nieves, que es un modelo
de humanas y divinas perfecciones,
tiene algunas pasiones,
mas todas pasan antes por el cielo.
En su noble apostura,
acaso lo de menos es ser bella,
porque, además de hermosa, brilla en ella
la bondad, que hermosea la hermosura;
y al mismo tiempo, encantadora y pura,
le sale tan de adentro el ser graciosa,
que cuando va á la iglesia, y presurosa,
uniendo lo gentil á lo sencillo,
hacia el altar sus pasos se aproximan,
creen que ven á la Virgen y se animan
unos niños de un cuadro de Murillo.

IV.

Hay hombre que, sediento,
no á gotas, á oleadas
bebe el opio volátil de su aliento,
pues Nieves es un hada que en el viento

escribe himnos de amor con las miradas,
y si en cosas de fe cree en lo increíble,
á toda presunción indiferente,
no cree que es su belleza irresistible.
Contempladla de frente.
¿Fué Venus más hermosa? Es imposible.
Miradla ahora de perfil. ¿No es cierto
que es mi madre en persona?
Pero ¡ay! lector, perdona,
¡siempre me olvidó que mi madre ha muerto!

V.

Aunque la niña grande es ya perita
en coordinar las flores que diseca,
lo que escucha á los hombres en visita
se lo cuenta después á su muñeca.
Y si aun ve como sombras los reflejos
del sol de las pasiones,
y encima de sus ojos, aunque lejos,
ya cierne el porvenir sus ilusiones,
flotando vagamente sus razones
de la inocencia en las tranquilas aguas,
ya sabe por sus propias reflexiones
que una niña es un niño con enaguas,
y un hombre una mujer con pantalones.

VI.

Aunque la grande á la menor desdeña
con todas sus potencias y sentidos,
porque viste de encajes cuanto sueña
y sabe un cuento ó dos de aparecidos,
la niña más pequeña,
que no quiere por celos á su hermana,
siempre está más risueña

que al abrirse una flor por la mañana;
y si la grande encanta
por su rostro expresivo,
la más niña es alegre sin motivo;
como el pájaro, canta porque canta.

VII.

Como alumbra una luz casi apagada
por una bomba de cristal filtrada
madre é hijas tan bellas,
parece aquella estancia iluminada
por la luz interior que sale de ellas.
Y como Nieves, por amor, prudente,
para verlas á un tiempo y fácilmente,
sin que estén las dos niñas envidiosas,
pone el espejo enfrente,
al mirarlas de lado y casualmente,
de una á otra, ya fijas, ya indecisas,
envueltas en miradas cariñosas,
vienen y van y vuelven las sonrisas,
lo mismo que si fuesen mariposas.

VIII.

Son flores y mujeres tan iguales,
que forman en la estancia de la hermosa
cuatro flores cabales
la madre, las dos niñas y la rosa.
Y cuando llamo á las mujeres flores
es que quiero, lector, que consideres,
aunque ya lo sabrás por tus amores,
que aseguran doctores, muy doctores,
que son flores con alma las mujeres.

IX.

La niña de la cuna, que veía
aquella rosa fresca y sonriente,
que acaso acaso al asomarse el día
se le cayó á la aurora de la frente,
cual si fuese algún pájaro pequeño
que ansiase comer flores en el nido,
pedía con empeño
la rosa que en el búcaro veía,
y que por cierto para verla abría
unos ojos de á metro mal medido;
y una vez y otra vez, voluntariosa,
como todas las niñas muy mimadas,
poniendo el alma entera en sus miradas,
pedía aquella rosa
pronunciando unas frases mal formadas
que querían decir cualquiera cosa.
Y sabiendo las niñas muy pequeñas
la lengua universal de hablar por señas,
lo que la niña ansía,
con señas del más puro castellano,
haciendo líneas curvas con la mano,
en el viento lo escribe.
¡Qué modo de decir tan soberano!
¡Sería un orador ciceroniano
Si supiera charlar lo que concibe!

X.

La madre encantadora y encantada,
después de oírle hablar con la mirada,
con un celo por gracia algo tardío,
dijo al darle la flor: «¡Toma, bien mío!»
La niña, alegre y con presteza rara,

se aproximó la rosa á aquella cara
más fresca que otra rosa con rocío;
y apretando la flor apetecida,
poco después la niña caprichosa,
en hechicera desnudez dormida,
cayó en un sueño de color de rosa.
¡Oh, trasunto feliz de mis amores!
¡La niña es una imagen de la vida;
pide con ansia flores,
las disfruta... se duerme... y las olvida!

XI.

Mas Nieves, cuidadosa,
sabiendo la presteza
con que puede la niña ajar la rosa,
la coge presurosa
y da asilo á la flor en su cabeza.

Pero como hoy, lo mismo
que en los días de amor del tiempo viejo,
atrae á las mujeres un espejo,
como atrae á los hombres un abismo,
el verse con la flor en la cabeza
del muerto amor le recordó las glorias.
Y excitada de nuevo á su terneza,
dando un tierno repaso á sus memorias,
le recuerda la flor de los cabellos
que son el fruto de su amor perdido
los ángeles aquellos;
y al mirar á uno enfermo, á otro dormido,
se llenaron, pensando en su marido,
de lágrimas y luz sus ojos bellos!

Y siendo interminables las mujeres
en recorrer memorias hechiceras
cuando idolatran seres
elevados al rango de quimeras,
después, con embeleso,

vió un diamante muy grueso
que en su anillo nupcial resplandecía
como la chispa eléctrica de un beso,
é inclinándose á un lado y otro lado,
en memoria del padre idolatrado,
dió á sus hijas con labio enardecido
un beso muchas veces repetido,
porque al besar la madre á un hijo amado,
besa á un tiempo al amor de que ha nacido.

XII.

¡Así, la misma rosa
que el sueño perfumó de la inocencia,
honró con su presencia
el sueño del amor de aquella hermosa
viuda sin consuelo y madre tierna,
que tan sólo comprende
ese amor absoluto que se extiende
de la vida mortal hasta la eterna!

XIII.

Mas ¡oh Dios! de la niña agonizante
en las formas divinas
la vida se enfriaba á cada instante,
cuando puso de pronto en su semblante
la tisis unas manchas purpurinas;
y al ver por la tristeza de su risa
que la muerte llegaba á toda prisa,
la madre, desolada,
le preguntó con la mirada:—«¿Es cierto?»
y la niña, más pálida que un muerto,
—«Es cierto»—contestó con la mirada.
Y siguiendo un gemido á otro gemido,
cuando ya sus mejillas

pasaban de amarillas
 hasta un azul subido, muy subido,
 su garganta hechicera
 imitaba en su angustia lastimera
 el rítmico sonido
 que hace la hoz segando en la pradera.
 ¡Y al ver la madre que de angustia llena
 se quedará viviendo
 como un marino en tierra que sintiendo
 la nostalgia del mar muere de pena,
 jura al cielo sufrir cristianamente,
 porque es una creyente
 de esas que van con valerosos pechos
 luchando con las penas, frente á frente,
 porque saben que flota providente
 un eterno ideal sobre los hechos!

XIV.

¡Y, en fin, cuando en el campo se veía
 que quemaba los pámpanos el hielo,
 la niña, que al morir se sonreía,
 se trasladó desde la cama al cielo;
 y la madre, entretanto,
 con las manos en cruz y de rodillas,
 saboreaba, besando sus mejillas,
 el dejo amargo de su propio llanto;
 pero, en sufrir experta,
 ni siquiera solloza,
 por no turbar el sueño de que goza
 la niña viva ante la niña muerta!

XV.

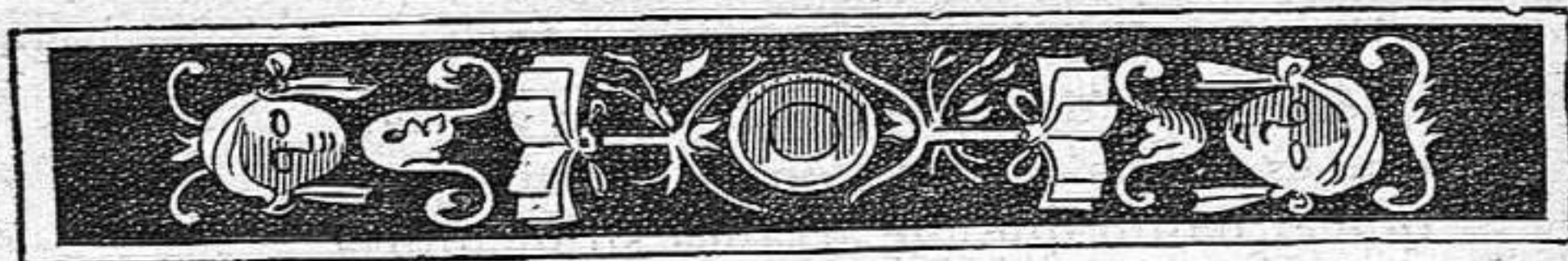
Así acabó esta historia sin historia.
 Y al protestar mi pecho compasivo,

que ve Dios desde el trono de su gloria,
que es por la niña mi dolor tan vivo
que el llanto que me arranca su memoria
humedece esta página en que escribo,
diré que Nieves, de pesar transida
junto á la niña muerta,
aunque al verla tan bella queda incierta
si está muerta ó dormida,
para aumentar sin duda su belleza,
le puso entre las manos, afligida,
la rosa que arrancó de su cabeza.
No hay para los humanos
ni honor más grande ni mayor consuelo:
¡morir con una flor entre las manos,
es morir abrazados con el cielo!

XVI.

De este modo, en un día,
aumentando el dolor ó la alegría
de fantasmas, ya tristes, ya risueños,
la única rosa que en la estancia había
fué el honor y el testigo de tres sueños.
¿Y no es verdad, lectores,
que pueden ser en casos semejantes
más útiles las flores
que las perlas, el oro y los diamantes,
cuando pudo una rosa de esta suerte
perfumar y adornar con su presencia
el sueño angelical de la inocencia,
el sueño del amor y el de la muerte?

CAMPOAMOR.



MIS APUNTES

NATURAL condición de las cosas es ser pequeñas al principio y casi imperceptibles muchas, aun á muy corta distancia miradas; de aquí que las más pasen en la infancia desapercibidas y llamen sólo la atención después de muchos años de existencia, cuando triunfantes del combate en que encuentra la muerte, para ser flor de un día, mucho de lo que nace, han adquirido la plenitud de su desarrollo, época precisamente en que, según la mayor ó menor importancia que aparentan, pretendemos inquirir su origen que, por haberlo oscurecido, ó acaso borrado, influencias diversas y contrarios elementos interpuestos para desviarlas de su verdadero curso desnaturalizando su propia organización, consideramos tardía.

Si algunos de nuestros sabios y eruditos hubieran tenido más en cuenta las precedentes consideraciones al exponer en sus doctos discursos sus ingeniosas y bellas teorías sobre el origen de nuestra no menos bella lengua, sin haber nunca olvidado las dos épocas de su formación, tumultuosa la primera y sujeta á reglas la segunda, ciertamente no se hubieran manifestado tan exclusivistas al presentarlo unos como latino, semítico otros y aun algunos como vasco.

Aunque íntimamente relacionada con esta materia la que

en este artículo nos proponemos dilucidar, debemos consignar que la consideramos como cuestión arqueológica lingüística y no gramatical, como la apreciaron Aldrete, Catalina, Mayans, Monlau y otros; concretándonos únicamente á la exposición de aquellos principales documentos que más plenamente corroboren nuestro aserto anunciado al final del artículo de naturaleza igual á la del presente, publicado en el número de la REVISTA CONTEMPORÁNEA perteneciente al 30 de abril próximo pasado, sobre que el Archivo histórico Nacional atesora también elementos de sumo precio para el conocimiento de la historia de la lengua española.

Procediendo en la aducción de nuestras citas según su antigüedad, como el buen orden aconseja, nos ocuparemos en primer término de un Cartulario que, procedente de Nuestra Señora del Puerto, Santoña, Orden de San Benito, letra del siglo XII, obra en el citado Archivo en la sección de Códices y Cartularios señalado con el núm. 65. Entre los documentos que inserta desde los años 862 á 1149 hay algunos tan notables bajo el punto de vista que los examinamos, como sucede con una carta de donación de esta primera fecha, otra de 927 y algunas más de años inmediatos que, de su simple lectura, resulta ponernos en posesión de gran número de palabras y nombres eufonizados como se conservan actualmente y con la misma significación que hoy tienen; tales son *Asturias*, *canal*, *Manolo*, *molino*, *riego*, *serna*, y otros muchos que bien podríamos formar con ellos oraciones completas en perfecto castellano.

Legítimos indicios parécennos éstos, para poder con razón sospechar que en aquellos apartados siglos IX y X, si no completo, muy adelantado andaba ya en su constitución el román paladino, en que más tarde el sabio teólogo Gonzalo de Berceo nos relata la vida de Santo Domingo de Silos, con aquella sencilla introducción, tan propia de su tiempo:

Quiero fer una prosa en román paladino
 En cual suele el pueblo hablar á su vecino,
 Ca non so tan letrado por fer otro latino;
 Bien valdrá, como creo, un vaso de bon vino.

Para afirmarnos más y más en nuestras sospechas, apuntaremos algunas reflexiones, que cada cual apreciará en lo que valgan, pero que en nuestro entender pueden ser dignas de alguna consideración, á saber: que aquel pueblo que solía *hablar* á su vecino en el *román* de que damos muestra, no sabía escribir; que la redacción y copia de todo género de documentos era oficio reservado á las personas en quienes se habían refundido toda la ciencia é ilustración de la época; que siguiendo la costumbre de muy antiguo establecida y continuada hasta siglos posteriores, especialmente en la Corona de Aragón, la latina fué generalmente la lengua oficial y órgano de la ciencia, por más que no podamos considerar aquélla ni siquiera como hermana bastarda de la del Lacio; y sin embargo de la ignorancia del pueblo, de la ilustración relativa de los monjes y predominio de la lengua culta, vemos con harta frecuencia en el latín de aquella documentación asomar el castellano por todas partes la cabeza, luchando por pasar de la del escritor y escribiente al pergamino en la misma forma y construcción que sirviera de instrumento al pensamiento, que si no lo conseguía por lo que al diccionario se refiere, en lo relativo á la gramática su triunfo era poco menos que completo; pues ya en uso los artículos determinativo é indefinido, desconocido el valor de las preposiciones latinas, olvidadas las desinencias del nombre y verbo, no menos que la sintaxis y demás otras partes del arte latino, había ya nacido para el uso corriente una nueva gramática, en consonancia con la naturaleza del nuevo romance, que modificada siglos adelante, cuando se pensó en estudiar todo lo antiguo, olvidando y aun despreciando en mal hora lo que acababa de pasar, es la misma que en la actualidad reglamenta la lengua de Cervantes.

Así parece confirmarlo el mismo Berceo citado, porque si con ser teólogo, haberse educado en el primer tercio del siglo XIII en uno de nuestros principales centros de instrucción, como era á la sazón el monasterio de San Millán de la Cogolla; después de haberse experimentado cierto movimiento científico desde los siglos mencionados, no obstante dice: «ca non so tan letrado por fer otro latino,» ¿qué no nos será

dado presumir de sus inmediatos antecesores en las ciencias, encargados de su transmisión á las generaciones futuras que menos felices tiempos habían alcanzado?

Pero como nuestro objeto no lo constituyan estas investigaciones, sin que renunciemos volver más tarde sobre las mismas, continuaremos con la cita de tal ó cual de nuestros apuntes en confirmación de la materia que estamos demostrando.

En el mismo orden seguido de antigüedad, procede demostrar á conocer un documento por el cual concede el Rey D. Sancho IV de Navarra, en el año 1017, al monasterio de Oña ciertos territorios, en que, á pesar de sus pretensiones latinas, tantas palabras y aun oraciones completas se leen en castellano, como *beata María de las Molas, carrera de furones, et atravesada per las pasturas, exit á la carrera de los prados, descendit á la vega del mio monesterio, et otras duas sobre carrera públiga al portillo en término de villa prouedo*, que lo hacen del todo bilingüe y quizá más castellano que latino. Obra como los anteriores en el establecimiento científico á que nos venimos refiriendo, sección de diplomas, y procedencia de Oña, en la que figura signado con el número noveno.

Adviértase que si esta donación con ser real se halla re-dactada en la forma indicada, debiendo suponer en su autor, como escribano de la curia regia, toda la ilustración del tiempo y estimarle á la vez fiel observante de todas las fórmulas vigentes, entre las que se contaba la de para tales casos usar la lengua latina, lícito nos es pensar que á proceder de otro centro dicha concesión y ser dictada por cualquiera de los que no sabían escribir y ni siquiera leer, que eran casi todos, sería más que muestra la que nos diera de nuestra lengua, en aquel entonces indudablemente ya de uso general.

Otros muchos testimonios pudiéramos aducir si se tratara de ir siguiendo paso á paso, desde su nacimiento, el progresivo desarrollo de la lengua castellana y después española, hasta su mayor complemento y perfección; señalando al mismo tiempo las diferentes influencias que la modificaran recibidas tanto por el Este como por el Norte y Mediodía;

pero conocido nuestro propósito, creemos haberlo á satisfacción cumplido con añadir á lo expuesto la deposición de otro testigo que nos dice haber salido de la condición de dialecto antes de promediar el siglo XIII y hallarse, si no en toda su plenitud, mostrando al menos toda la grandeza que algún día había de alcanzar ejerciendo en ambos mundos dominio casi absoluto.

Así nos lo evidencia el aludido testigo, que es una confirmación hecha por el Rey de Castilla D. Fernando III el Santo en el año 1234, de un privilegio concedido al Prior del monasterio de Oña sobre cierta permuta, la cual dicha confirmación copiada á la letra dice de este modo: «Sepades que el Prior de Oña vino á mí et mostróme priuilegio de mio auelo el Rey D. Alfonso del concambio que fué fecho de sotauellanos por nuevo et yo otorgo el priuilegio et mando que vala por siempre, et ningun Merino nin otro omme non sea osato de preyndrar á los de sotauellanos nin de crebantar este priuilegio nin de venir contra él si non, qui quier que lo ficiese pechar mie el couto que en el priuilegio iace. Facta carta era MCCLXX secunda.» (Año 1234.) Vide ut supra, número 62.

Manifestado lo que sobre este punto nos habíamos propuesto decir, terminaremos advirtiéndolo que los documentos aquí reseñados, si bien no todos son originales, sino copias auténticas algunos de fecha poco posterior á la de aquéllos, circunstancia es ésta que en nada los desautoriza, porque sabido es que el lenguaje, estilo y otras notas de los diplomas, pasan con todo su carácter del original á la copia.

A. UBIQUE.





LA JUVENTUD DORADA ⁽¹⁾

XVIII.

EN Francia no eran mejores las costumbres; la corrupción, la infidelidad conyugal llegó á su colmo en tiempo de las Cruzadas; como se sabe, todo lo imaginado por los maridos para evitarlo fué en vano... hasta la invención de un cinturón mecánico de no muy curiosa aplicación. Á su regreso, muchos encontraron aumentada la prole: ninguno lo atribuyó al Espíritu Santo. Hubo, naturalmente, dramas, tragedias, reclusiones en conventos y en un castillo ó prisión. No faltaron algunos ejemplos de paciencia, resignación y de generoso perdón; pero fueron los menos.

Llenas están las crónicas de estos episodios, entonces no tan públicos como ahora. El amor y el dinero no pueden ocultarse—se ha dicho siempre;—cierto es, pero dentro de ciertos límites.

Pretender que estén siempre ocultos, que nadie sorprenda dónde esconde un tesoro ó una pasión, es imposible; el fuego

(1) Véase la pág. 324 del tomo XXXV.

brilla, la tierra, en sus movimientos y evoluciones, vomita, arroja lo que guarda en sus entrañas.

Murmúrase en todas partes, más en las grandes ciudades, en las capitales, y sobre todo en las cortes; en todos los centros de gran población, aunque sea en un Estado republicano. Díganlo si no las antiguas repúblicas de Grecia, la romana, la que siguió á la revolución francesa y la presente.

Carlos VI divirtiése grandemente, y no menos su hijo y sucesor inmediato Carlos VII.—Éste tuvo al menos el mérito de ser constante, sólo tuvo una amiga. ¿Cómo se conocieron? Voltaire la presenta en un poema pudoroso y agradable que no debió hacer y sería lástima que no lo hubiera hecho.

Le bon roi Charles, au printemps de ses jours,
Au temps de Pâque, en la cité de Tours,
A certain bal, le prince aimait la danse,
Avait trouvé, pour le bien de la France,
Une beauté, nommé Agnés Sorel (1).

Se comprende bien que tanta belleza la sacara de la oscuridad, y que, después de haberla colocado casi en el trono, le diese un nombre en la historia. Todos lo reconocían, hasta sus enemigos.

¿Cuál era el carácter de esa belleza, que reunía tantos sufragios?—Nada se encuentra en los historiadores que fijé de una manera absoluta respecto á ése, é inútil sería buscar en algunos detalles expresivos ó simplemente reales y precisos, de que la imaginación es tan curiosa, y cuyo resultado es resucitar, poner ante nosotros las figuras históricas. ¿Hemos de desesperar por eso? No; aunque la imagen de la famosa beldad se hubiera desvanecido, quedaríanos, además del recurso de inducción para saber—hasta cierto punto al menos—si pertenecía al orden superior ó al orden vulgar, si hay que formar la bella favorita en el tropel de esas mujeres gordas

(1) *La Pacelle d'Orleans*, canto I.—El autor añade en nota: «A. S., dame de Fromenteau, près de Tours. Le roi lui donna le chateau de Beauté-sur-Marne, et on l'appela *dame de Beauté*.»

que estaban más en boga á principios del siglo XV—según dice Michelet—y conjeturarse puede viendo la obesidad de las estatuas de Saint-Denis, ó en la galería brillante é ilustre de las que tienen en la frente el doble prestigio de la belleza física y de la belleza moral, que la Naturaleza crea algunas veces, como para hacer alarde de su prepotencia, ó—como dice en alguna parte Skhaspeare—que Dios forma en sus días magnificencias, con el carácter mismo del arte en ese siglo, aproximada de la opinión unánime de los contemporáneos sobre la superioridad de la belleza de la favorita. No es una sutileza, ni menos una paradoja, decir que ahí donde el arte tiene su verdadero carácter, el sentimiento de lo bello tiene toda su pureza y su poder, y que el gusto no puede extraviarse en el asunto de la belleza real cuando se inspira en la esfera del arte, en los manantiales del ideal. En una reunión de gentes vulgares, la belleza vulgar, la belleza de la forma desprovista de todo rayo divino, puede causar ilusión y aun usurpar el puesto y los honores que sólo merece la verdadera belleza, la belleza compuesta á la vez de seducción física y de seducción moral; en otro círculo, en una sociedad donde el instinto de lo bello es asaz poderoso, bastante cultivado para haber dado al arte su forma verdadera y pura, ni la ilusión, ni la usurpación son posibles, y cuando todo el mundo, sin previo acuerdo, proclama que tal belleza existe, es que pertenece á la belleza real, es que tiene verdaderamente todos sus atributos. Los hombres podemos hacernos, según los siglos y los grados de civilización, hasta bajo el imperio de esa misma civilización, un ideal diferente de la belleza de la mujer. ¿Quién sabe cuántos elementos personales, cuántas influencias, dependientes de las pasiones ó de las circunstancias individuales, entran en nuestros juicios cuando se trata de decidirse en ese asunto que nos agita por tantas partes?

Puede, pues, admitirse como regla general que una belleza de mujer, reconocida tal en una sociedad civilizada, donde el arte ha entrado en esa vía, se acerca más ó menos al tipo ideal de la verdadera belleza; y no es sino la aplicación de un principio absoluto, que Inés Sorel poseía la verdadera belleza, la que se compone del doble encanto que he indicado.

Justifícase aún más esa opinión, considerando cuán largo fué el ascendiente ejercido por la favorita; él tenía, además del ardor y el temperamento, dos razones de variación y de movilidad en la pasión; no estaba contenido en su afecto por ningún escrúpulo de fidelidad ó de conciencia; y sin embargo, durante veinte años estuvo encadenado por un amor siempre igual, sin ninguna diversión,—al menos que sea mencionada en la historia.—Y ¡cosa digna de notarse! Inés le aparta de los amores vulgares, y después de su muerte, recae y se sumerge más y más. ¿Cómo explicar tal fenómeno, si no es por la superioridad moral de la dominadora, por esa suprema alianza del doble prestigio que constituye la verdadera belleza?

Veamos si su retrato justifica esta apreciación y convence á los aficionados é inteligentes en esta materia.

«Inés, según diversas nociones combinadas, era rubia ó morena clara y peli-castaño, con ojos azules; una rica cabellera inundaba su cabeza lujosamente;—la moda entonces prescribía que se les levantase mostrando sólo una cinta ó las *puntas*» (1).

Su alegre sonrisa brillaba mostrando una doble fila de dientes menudos blanquísimos y correctamente alineados; granos de arroz—como dicen en China.—Peinábase de varias maneras; se tocaba lo mismo: unas veces con un gorro galo-neado ó con una simple redecilla; otras, al revés, eran demasiado altos sus adornos.

La corte de Carlos VII no era, ciertamente, modelo de recato, compostura, ni de timidez; ejemplo: en los torneos, en las *cortes de amor*—reuniones ó tertulias á que concurrían trovadores, romanceros, damas y caballeros,—rendíase culto á la mujer; ellas, por su parte, correspondían enviando—en el palenque—divisas á sus particulares servidores para indemnizarles de las que les habían arrebatado, para reanimar su valor y su esperanza.

Las faltas cometidas involuntariamente en el combate, y

(1) Peinado de luto.

que daban lugar á disputas, terminábanse al ver una seña de clemencia del juez de paz enviado por ellas para restablecer la unión entre los discordantes.

Á un beso dado por la dama que daba el premio, favor más estimado que el mismo premio, seguía el honor supremo de ser llevado entre los Soberanos, y á la fila de todo cuanto más distinguido había en el teatro.

En fin, una vez adjudicado el premio, los oficiales de armas iban á tomarle, entre las señoras y señoritas, que debían presentarle al vencedor; el beso que tenía derecho á darles, recibiendo la prenda de su gloria, parecía ser el último término de su triunfo. Llevado por ellas al palacio, resonaban en rededor los más pomposos elogios.

No es esto todo; las damas no sólo vendaban las heridas de los caballeros, acordábanles el *don de enamorado gracioso*, ó al menos promesa de eterno amor; mas á veces, en el entusiasmo inspirado por la afición al combate, llegaban á olvidar el respeto de su persona y la decencia exterior.

Sabido es que en Francia siempre se han prodigado esos elogios á las virtudes y talentos militares; el prodigioso número de espectadores que acudía á sus torneos de todas las provincias y de todos los reinos; concíbese bien qué impresión haría en los hombres apasionados de la gloria (1).

Esta impresión, con los sentimientos que la acompañaban, recogíanlos los trovadores y los romanceros, que la comunicaban en todos sitios. El trovador cantaba los hechos de armas de los caballeros y las *damas soberanas de sus pensamientos*.

He dicho que las *cortès de amor* ordenaban y reglamentaban todo lo concerniente al ideal del tiempo: tal era la misión de esas asambleas. Las damas, los caballeros, los trovadores, ejercitábanse en disputas seriamente sobre las cuestiones referentes á la pasión dominante y á los sucesos que se relacionaban. Presidíalas habitualmente el príncipe de amor.

¿Cuál era la jurisprudencia de esos parlamentos, como el

(1) La Curne de Sainte-Palaye. Memorias de la antigua caballería.

autor del *Romance de la rosa* llama á las *cortes de amor*? (1)
 ¿Dictábala el espíritu que inspiraba á Dante y á Pretarca, ó
 el profundo sentimiento de la dignidad de la mujer y de la
 virgen, que el cristianismo recogiera de la poesía antigua?
 Todo hace creerlo así.

Educada en la corte de Lorena, Inés Sorel, —según era cos-
 tumbre entonces hacer con las niñas nobles, —adquirió, ade-
 más de los conocimientos necesarios para completarla, una
 instrucción propia de su clase. Tal era el fin que se proponían
 el Monarca y los grandes señores abriendo, él sus castillos
 y ellos sus casas. Eran, dice la Curna de Santa Peluya, ex-
 celentes escuelas de *cortesía*, de finura y de otras virtudes,
 no solamente para los pajes y los escuderos, sino también
 para las señoritas. Aprendían en breve tiempo los deberes
 más esenciales que habrían de cumplir. Cultivábanse y se
 perfeccionaban esas gracias nativas y esos tiernos sentimien-
 tos para los cuales la Naturaleza parece haberlas formado.
 Ellas colmaban de atenciones á los caballeros que llegaban
 al castillo; según sus romanceros, los desarmaban al regre-
 sar de los torneos y de expediciones de guerra, dábanles
 otros trajes y les servían á la mesa.

Las más ilustres damas no tenían á menos desempeñar el
 cargo de institutrices con sus doncellas de honor.

La influencia de Inés Sorel es un hecho consignado en la
 historia; sobre su carácter se han sostenido dos opiniones;
 admítese, sí, que la célebre favorita, la única de todas las
 queridas de sus Reyes de que el pueblo haya conservado un
 buen recuerdo, fuera omnipotente en el corazón de su aman-
 te, se reconoce que tuvo ese raro privilegio de sostener su
 imperio casi veinte años; pero se le niega toda acción en la

(1)

«Le Dieu d'amour sans terme mettre,
 De lieu, de temps, ni de lettre,
 Toute sa baronnie mande;
 Aux uns prie, aux autres commande
 Que tautôt ces lettres vues,
 Et qu'iceux les aurout recus,
 Ils viennent á son parlement.

vida pública; ha tenido un sitio en su lecho, pero no en el reinado de Carlos el *Bien servido*.

Esta tesis es insostenible; no se comprenden así la historia y la humana naturaleza. Reinar en el alma de un Soberano que no era una medianía, que por ciertas circunstancias, podría contarse entre los hombres superiores, y reinar tanto tiempo en una de las situaciones más difíciles en que el jefe de una nación puede encontrarse, que necesitaba una incesante actividad, participar de sus holguras, de sus placeres, de sus distracciones, ocupar todos sus días y no ser nada en sus designios, en sus resoluciones, en las grandes acciones de su vida, paréceme sencillamente imposible. Considerando además que la mujer que estaba en ese puesto era una persona eminente por todas sus cualidades del alma, que tenía todos los encantos del ingenio como todos los atractivos de la belleza, y que aquél sobre quien reinaba era igualmente sensible á unos y á otros.

Recorriendo las orillas del Loire, asaltan recuerdos históricos de un carácter particular: los castillos exparcidos sobre el río ó sobre sus afluentes, el Indre, la Vienne, el Chere, los bosques, las ruinas, la tradición, todo habla de mujeres célebres y nos enseña el retrato de una Reina ó de alguna querida de Rey. Aquí, sobre los bordes de la Fare, en medio de espesas masas de bosques, de verdes praderas, de estanques majestuosos, que recuerdan los lagos de Suiza, el castillo construído por Luis XIV, para la bella y dulce La Valliere; allí en una isla formada por el Indre, el de Azay-le-Rideau, donde se ven las iniciales de Francisco I y de Diana de Poitiers; más lejos sobre el Chere, la maravilla de Chenonceaux, donde se halla la querida del Rey caballero, convertida en favorita de su hijo, al lado la arrugada y siniestra cara de Catalina de Médicis, y donde pasan como ligeras sombras en fiestas rápidas y rara vez edificantes, la altiva y voluptuosa María Stuart, luego Margarita de Valóis, menos vana, pero no menos voluptuosa, esposa de Enrique IV, después una de sus camaristas—la amable señorita de Rebour, —que fué uno de los numerosos caprichos del Bearnés, en seguida la hermosa Gabriela, su poderosa querida; en fin,

sobre el mismo río, el castillo de Amboise, teatro de tantos acontecimientos y residencia de tantos Reyes y Reinas, entre las cuales se distingue, al principio, á Francisco II y su joven esposa, la futura Reina de Escocia, de triste y graciosa memoria; ultimamente Loches, Candés, el castillo *d'Usage*, Chinón, etc., etc. Residencias habituales ó estaciones de Inés Sorel.

La tradición ha conservado hasta ahora su recuerdo más que todos; en esos sitios donde vivía y gustaba de recorrer, se fija preferentemente la atención popular.

Las figuras, tan bellas ó tan patéticas, de las Diana de Poitiers, de las María Stuart, de las Gabriela, de las Valliere se borran ó se pierden en lontananza, y visibles únicamente al ojo del hombre culto, no son casi para los demás que curiosidades arqueológicas. La efigie, al contrario, está aún enteramente fresca y viva en el pensamiento de todos; su nombre ha quedado en una porción de sitios como luminosa huella que los alumbraba todavía á la distancia de cuatro siglos. ¿Cómo se explica esto? Aun prescindiendo de toda superioridad del personaje por varias causas.

Nacida en Turena, Inés Sorel es, puede decirse, una hija del gran río nacional, una ninfa salida de sus aguas; allí vivió durante los veinte años de su grandeza; mil sitios gozaron de su presencia, y su historia se confunde con la suya.

También creo que podría darse otra razón de un orden superior: es que Inés señaló su presencia y su estancia por sus beneficios; es que no sólo sirvió á los sitios por donde pasaba, sino á la patria común; es que su amor, si era culpable, ha sido útil, mientras que el de otras favoritas ó queridas de sus Reyes, hasta la pasión de la inocente, de la triste y dulce la Valliere, no recuerda más que flaquezas, á la vez culpables y estériles.

La historia local ha conservado el nombre de las residencias de Inés; muchas de ellas han sobrevivido y están consagradas por su recuerdo. En una de las torres del castillo de Chinón—llamada la *Torre de Argentón*, que aun existe y he visitado,—comunicábase por pasillos subterráneos con la

Casa de Roberdeau (1), situada extramuros, y que era la mansión de Inés, sin duda la que habitaba al principio de sus relaciones con el Rey, donde debió ocultar su amor en la sombra del misterio.

Chinón era el centro de las varias casas de Inés; en el cristal de una ventana se leen escritas con un diamante estas palabras: *Je t'aimerais toujours*. Fué sin duda el primer teatro de sus amores.

Loches parece haber sido el segundo, ó quizás esa gran pasión corrió al azar de las circunstancias entre uno y otro sitio.

Las crónicas nos representan á Carlos VII con una fisonomía agradable, no exenta de cierta belleza, la que viene del alma, la que en la mujer se llama gracia. Su afición á los placeres, su pasión por las mujeres están marcadas en su vida en rasgos demasiado salientes para haber escapado á sus contemporáneos. Fué—dice uno de ellos que he citado—dado á los placeres amorosos, no solamente en su juventud, sino en su vejez, mucho más allá de lo que permite la honestidad. Los que le rodeaban prestábanse á maravilla á sus flaquezas, y se aprovechaban para medrar...; repugnábale la estancia en las grandes villas, y sobre todo en París; prefería las pequeñas fortalezas y los castillos situados en las cercanías de Bourges y de Tauro, allí donde la gente no entraba, donde no había espacio más que para él y para sus guardias. Buscaba, en efecto, la soledad para guardar con más comodidad, libremente, los rebaños de cortesanos y de mujeres de malas costumbres que tenía siempre cerca de sí, y para gozar más abundantemente de los placeres que encontraba. «*Et aucunes fois—dice otro contemporáneo,—il prenait le Feudy ou partie du jour, pour sa plaisanse... avoit ses jours de recreation aussi avec des femmes, par les quelles il devoya plus que assez et fut exemple de grant mal et de grant playe en son temps.*»

La vida privada de Carlos VII ofrece un espectáculo poco

(1) Véase á Vallet de Viriville, *Historia de Carlos VII*, tomo III, página 178.

edificante. Apenas casado, tiene queridas ó recibe, lo que no le impidió tener hijos de la Reina, tierra fecunda de que brotan trece vástagos (1).

El período que comprende el imperio de Inés es relativamente puro y honrado: el Rey sigue compartiéndose entre las obligaciones del amor de *deuda* y los placeres del amor de *gracia*; pero al menos éste no tiene, como el otro, más que un único objeto, y ese objeto es tan digno como capaz de un amor generoso. Muerta Inés, el libertinaje sucede al amor; el Príncipe recae y se sumerge con todo el peso de la edad, de las voluptuosidades venales de su triste juventud.

La primera de las queridas de Carlos VII, que precedieron á Inés Sorel, era hija del presidente Louvet—*Juana la Louvette*,—casada. Para guardar las apariencias, su padre la colocó como camarista cerca de la Reina, doblando la vergüenza del padre y de la hija con las connivencias de la madre.

Excusado es decir que no era sin provecho, y que el adulterio se pagó bien (2).

-
- (1) 1.º Luis XI, nacido el 13 de julio de 1423.
 2.º Radegunda, en 1425.
 3.º Juan, nacido hacia el 1426.
 4.º Catalina, nacida hacia el 1428, Condesa de Choroláis, esposa de Carlos el Temerario.
 5.º Juana, nacida en 1430, Duquesa de Borbón.
 6.º Jacobo, nacido en 1432.
 7.º Jolanda, nacida en 1434, Duquesa de Saboya.
 8.º Felipe, nacido el 4 de febrero de 1436.
 9.º Margarita, nacida en 1437.
 10.º María, nacida gemela con la siguiente, 3 de septiembre de 1438.
 11.º Juana.
 12.º Magdalena, nacida en 1443, Princesa de Viana.
 13.º Carlos, nacido en 1446, Duque de Berry y de Normandía.

(2) Véanse las cartas del Rey—17 junio 1427—que concedían "*á notre bien amée la dame de Mirandol, femme de notre amée feal conseiller et chambellan Jean Louvet, seigneur dudit lieu de Mirandol, la somme de 500 luises taurnoises, la quelle nous lui avons donneit dounors de grace especial, tant pour consideration des agréables services et plaisir qu'elle á fuis, le temps passé, á notre très-chiere et amée compaignie la Royne, lors qu'elle estoi en su compaignie.*"

Á creer á algunos historiadores, Carlos VII habría tenido gran número de queridas después de Juana Louvette y antes de Inés Sorel, entre otras, Catalina de l'Isle-Bouchard.

Fundados en que Carlos, siendo aún Delfin, hizo poner en las banderas de sus tropas una especie de geroglífico—K, un cisne y una L—I—suponen varios autores que era una mujer de las más hermosas, galantes y astutas de aquel siglo—Catalina de l'Isle-Bouchard—mujer de larga y accidentada historia, casóse cuatro veces, lo cual no le impedía ser amada de Carlos VI y lanzarse en las aventuras políticas, conspiraciones, asesinatos, cohechos, toda clase de perfidias, traiciones y maldades, con tal de que reportaran dinero, influencia, poder; suponen, repito, que también fué querida de Carlos VII. Nada hay que autorice tamaña versión.

Cierto es que ella desempeñaba un gran papel en la corte de Bourges; era dama de honor de la Reina, fué madrina del primer fruto de María de Anjou y de Carlos VII—el del Delfin Luis—el futuro Luis X.

La numerosa y rápida sucesión de sus maridos, acaecida algunas veces con circunstancias trágicas y ayudada por medios violentos, puede invocarse contra ella.

La esposa de Giac, de que habla Mr. de Barante que, según el historiador de los Duques de Borgoña, habría sido la querida de Juan sin Miedo, y que hizo un papel tan equívoco en el drama del puente de Montereau, era la madre de Pedro de Giac, y confundirse no podría con Catalina de l'Isle-Bouchard, que fué su mujer (1).

Reinando la más grande oscuridad en la vida privada de Carlos VII, durante todo el período que precede al advenimiento de Inés, explícate por la vida retirada que hacían, por el escaso brillo de su corte y de su autoridad.

(1) La mayor parte de los historiadores califican sin vacilar á la esposa de Giac de querida de Juan Sin Miedo. M. Vallet de Viriville, sin pronunciarse sobre este punto, limitase á hacer observar que Juana de Peschin, esposa de Giac, se había casado con él en 1376, muerto hacia 1408, y que en 1419 debía ser mas que sexagenaria. Con ella quería hacer el autor de la *Loire historique* una querida para Carlos VII.

Por razones contrarias el fin de su carrera está toda abierta; la luz penetra por doquier en la corte del Rey de Francia, que ha vuelto á ser la primera de Europa y brilla con todo el esplendor de la gloria y de la prepotencia. Sábese cuanto pasa en los castillos de Loches, de Chinón, de Bourges y en las casas de recreo que los rodean. Conócense todas las debilidades del Soberano; pueden contarse y nombrar los felices triunfos y las víctimas; puede asimismo medirse la altura de la caída, y la distancia que separa la nueva favorita, hecha superintendente de los menudos placeres de S. M., de la que ha reemplazado en el favor del amo.

Antonieta de Maigneláis era una gran beldad, casi igual á su prima; mas sólo en esto se parecía. Mientras que Inés, dotada de todas las cualidades del alma que constituye la virtud en el sentido general y elevado de la palabra, había sabido guardar su dignidad, hacerse estimar hasta en una situación equívoca y poco estimable, y sacar partido para el bien; Antonieta, reuniendo todos los horrores y todas las pequeñeces del vicio, no había explotado la misma situación sino en provecho de su perversidad. Ambiciosa, pero de una ambición sin grandeza, avara, venal, corrompida y corruptriz, esposa y amante infiel, mete mano en todos los crímenes, en todas las vergüenzas, en todas las flaquezas que mancharon los últimos años del reinado. Si el glorioso movimiento impreso á la política desde 1434 no se detiene sobre él, es porque era irresistible y ya no se podía retroceder. Ella se ha mezclado en la calumnia, que fué el principio y el pretexto del proceso de Santiago Coeur (1). Cuando el Rey, mejor informado, rehabilitó la memoria del ilustre platero, castigando á sus calumniadores, no tan sólo ella no fué comprendida entre los desgraciados, sino que aun halló medio de aprovecharse de su ruina. En fin, muchos años antes de morir el Rey, el joven Duque de Bretaña, Francisco II, enamoróse perdidamente de ella, y del precio que puso á sus encantos adquirió la rica tierra de Chollet de Anjou, en los confines de aquel departamento.

(1) *P. Clément. S. Coeur et Charles VII*, p. 510.

Un cronista del tiempo ha dado la explicación siguiente de los desbordamientos que mancharon los últimos años de Carlos VII, extendiendo la responsabilidad á la Nación entera: «Á causa, dice, de tantos trabajos que el Rey hizo para reconquistar la mayor parte de su Reino, se decidió que se le darían las más hermosas doncellas que se encontrasen. Á pesar de esto, su virtud era aún más grande que su vicio» (1).

Esta singular calumnia, que parece una reminiscencia de la historia de Julio César, no debe tomarse por lo serio, como tampoco la extraña justificación que la acompaña. La perversidad de Antonieta de Maigneláis dispensaba al Consejo del Rey ó á la Nación de una tal complacencia: ella suplía liberalmente. Había aceptado, imaginado quizá, y desempeñaba el honorable papel que Voltaire atribuyó, en una ficción demasiado célebre, á su personaje Bonneau (2), y lo desempeñaba con un celo extraordinario. Había buscado ante todo sus amigos y auxiliares en su familia y en la de su marido, cuyo ejemplo había tenido sus ventajas. Sus parientes y sus amigas Juana y Margarita de Villequier, Juana de Maigneláis, Juana y Margarita Bradefer, Juana de Bosny, Cotelle de Vaux, esposa de Châteaubrun y algunas más, fueron encargadas de divertir al Rey, y colocadas, al efecto, como damas de la Reina ó casadas con chambelanes provistos de plazas lucrativas.

El personal de la corte era reducido y fué pronto insuficiente. Necesario era aumentarlo sin reparar en los medios. Léese en Santiago del Clercq la interesante historia de una joven que Antonieta echó, á pesar suyo, en los brazos del anciano Rey (3). Se llamaba Blanca de Rebreuve; era muy

(1) *Crónicas martinianas*, in-fol. 302, citados por M. Le Roux de Lincy en las *Mujeres célebres de la antigua Francia*.

(2) Pour colorer comme on put cette affaire,
Le roi fit choix du conseiller Bonneau,
Conseiller sûr et très-bon Tourangeau:
Il ent l'emploi qui, certes, n'est pas mince.

(3) Et qu'à la cour, ou tout se peint beau,
Nous appellons être l'ami du prince
Les gens grossiers ont nommé maq...—(*La Pucelle*, ch. I.^{er})

bella y se cuidaba poco del honor que le querían hacer. «Al salir de la casa de su padre, lloraba mucho—dice el cronista—diciendo que prefería vivir con sus padres, y comer pan y beber agua. Hubo de ceder. Su padre era rico, pero avaro, y su hermano, joven escudero, rico también, pero ambicioso, la obligó por fuerza; entregáronla á La Villequier, que la dió al Rey. Como había sido ama de gobierno en casa de Madame de Genlis ó de Jeully, el público la conocía con el nombre de *madame la Règente*. Duró poco, sin duda porque era tan pudorosa que no se dejaba tocar por ninguna parte de su cuerpo. Reemplazóla una hija de un pastelero, que llamaban *madame Chaperons*—caperuza—porque entre todas las demás mujeres, era la que se lo ponía mejor; á ésta sucedieron otras muchas, cuyos nombres ignora el cronista. Consta, en efecto, que en los últimos años Carlos VII tuvo una multitud de queridas, ó mejor, una especie de harem, ó *Parc aux cerfs* ambulante, que le seguía á todas partes, sostenido por la Villequier con un cuidado y un arte admirable.

Tan edificante cuadro de costumbres, pintado con tan vivos colores, basta para recordar, refrescando sus ideas, cuál era el estado social en el siglo XV, nuncio y preludio de la época del Renacimiento, fecundísima en ese género de aventuras.

REINADO DE ENRIQUE IV.

La desairada cualidad de impotente achacada á D. Enrique IV es un enigma casi indescifrable; su deshonesto conducta parece desmentir ese rumor, asaz acreditado, sin embargo; ansioso de tener sucesión, ó quizás por demostrar con hechos que no merecía esa fama, basada en que no la tuvo en su matrimonio con D.^a María de Navarra, procuró contraer segundo enlace, solicitando la mano de una joven Princesa, D.^a Juana de Portugal, hermana del Monarca allí reinante, Alfonso V. Princesa dotada de gran viveza de espíritu y de todas las gracias de la juventud, hacía las delicias

de la corte de aquel Reino. Con su consentimiento y el de su hermano se hicieron las capitulaciones, y vino la nueva Reina á Castilla, saliendo á recibirla á Badajoz de orden del Rey el Duque de Medina-Sidonia, con lucida y numerosa comitiva de caballeros. Llevada á Córdoba, donde su futuro esposo se hallaba, se celebraron los desposorios—mayo 1455,—pasando luego á Sevilla, donde hubo toros y un torneo de cincuenta á cincuenta, de que fueron jefes el mismo Duque y el Marqués de Villena.

Traía consigo la Reina D.^a Juana una brillante corte de damas y doncellas portuguesas, á quienes el Rey se obligó á atender, según su clase.

Deseoso D. Enrique de festejar á su esposa, trájola á Madrid y Segovia, sitios de su preferencia, donde los Reyes y la corte pasaban alegre y dulcemente el tiempo en fiestas y banquetes, en que todos lucían sus galas, gastando con una esplendidez maravillosa, que pronto había de dar al traste con todas las rentas del Reino. El lujo y la galantería de aquella corte sibarita se extendía hasta la clase de prelados; el de Sevilla, D. Alonso de Fonseca, una noche, después de una cena, tuvo la humorada de presentar en la mesa dos bandejas cubiertas de anillos de oro guarnecidos de piedras preciosas, para que la Reina y sus damas tomaran el que fuese más de su gusto. D. Enrique, que había gastado su juventud entregado á la disolución y á los placeres sensuales, no renunció con el nuevo matrimonio á las costumbres de su licenciosa vida, y ni las gracias, ni la belleza, ni la juventud de la Reina fueron bastantes á moderar sus antojadizas pasiones.

Entre las damas de la Reina había una llamada D.^a Guiomar, señalada entre las otras por su hermosura; el Rey tomó con ella, como dice su cronista, pendencia de amores, con tan poco recato, que faltaba abiertamente á las consideraciones que á la Reina debía, por dedicar todos sus obsequios y galanteos á la manceba. No pudiendo aquélla un día tolerar la insultante arrogancia de la dama de su esposo, tomó la venganza por su mano, asiéndola por el cabello y sacudiéndola y golpeándola fuertemente. Enojóse el Rey por este acto;

mas no por eso renunció á unos amores y galanteos que tanto producían ya, contentándose con separar á D.^a Guiomar de la Reina, trasladándola á dos leguas de Madrid, donde le puso una casa con magnífico suntuoso menaje, y donde iba á menudo á verla y á holgar con ella. El Arzobispo de Sevilla no tuvo escrúpulo en adherirse á la causa de la manceba; el Marqués de Villena se mantuvo en favor de la Reina Doña Juana, y á ejemplo de estos dos personajes, aquella corte corrompida se dividió en dos bandos, tomando parte cada cual por una de las dos bellas enemigas (1).

Tampoco la Reina D.^a Juana tardó en inspirar sospechas de que no era el Rey su esposo el que poseía todo su corazón. Su belleza, su juventud, sus modales ligeros y alegres, daban ocasión á ello, y el ojo suspicaz de los cortesanos señaló pronto á D. Beltrán de la Cueva, hidalgo de los más generosos de Úbeda, y uno de los más apuestos y gallardos caballeros de la corte, que comenzaba á gozar del favor del Rey, y de paje de lanza había ascendido á mayordomo mayor, como la persona á quien la Reina hacía objeto de sus predilecciones. Con motivo de haber enviado el Duque de Bretaña una embajada ofreciéndole su alianza, quiso el Rey agasajar al Embajador y ostentar á su presencia el lujo y brillo de su corte, á cuyo efecto dispuso unas magníficas fiestas en la casa de campo del Pardo.

Pasáronse cuatro días en justas, torneos, monterías y espléndidos banquetes; el cuarto día, para cuando los Reyes y la corte regresasen á Madrid, el joven D. Beltrán de la Cueva, gran ginete, gracioso y esmerado en los atavíos de su persona, preparó y tuvo un *paso de armas* en un sitio cercano á esa villa—el que ahora llamamos Puerta de Hierro—por

(1) Castillo, Cron. ub. sup. Alonso de Palencia confirma esto mismo.— Antes de D.^a Guiomar había tenido D. Enrique otra dama llamada D.^a Catalina de Sandoval; á quien hizo abadesa de un monasterio de monjas en Toledo, so color de que necesitaban ser reformadas, «Buen título, dice á esto Mariana, pero mala traza, pues no era para esto á propósito una amiga del Rey.» A Alonso de Córdoba, su enamorado, hizo el Rey cortar la cabeza en Medina del Campo.

donde habían de pasar todos los que regresaban del Pardo. Los caballeros que llevaban damas entrar no podrían sin que prometiesen hacer con él seis carreras, y los que no quisieren justar dejarían el guante derecho; en un cerco de madera se pusieron muchas letras de oro primorosamente hechas; el caballero que rompía tres lanzas iba al arco y tomaba la letra inicial del nombre de su dama. D. Beltrán de la Cueva defendió solo contra todos y cada uno la belleza sin par de la señora de sus pensamientos, y aunque no reveló el nombre de su dama, todo el mundo comprendió que era la Reina á quien el caballero hacía los honores de su valor y de su brío. Duró esta fiesta desde la mañana hasta la noche, y el Rey se holgó tanto de ese paso de armas, que queriendo honrar su memoria, mandó erigir en aquel sitio un monasterio de la orden de San Jerónimo, que se llamó San Jerónimo del Paso; extraño origen, por cierto, de una fundación religiosa (1).

Transcurridos seis años sin tener sucesión, desesperábase ya de que la hubiere, cuando en 1461 se recibió con gran júbilo una feliz nueva; la Reina sentía síntomas ciertos de próxima maternidad. Esta noticia no pudo menos de sorprender á todos, atendida la cualidad de impotencia que muchos atribuían al Rey, el que colmaba sus deseos, viendo desvanecerse aquellos desfavorables rumores. Inmediatamente dispuso que fuese conducida la Reina con el más exquisito esmero y cuidado á Madrid, donde él á la sazón se hallaba, y donde gustaba tener corte, para que viese aquí la luz el hijo ó hija que naciere.

Tan curioso y digno de notarse es el modo con que la Reina hizo este viaje, que vamos á transcribir lo que dice el cronista. «Traíanla en andas porque viniese reposada y sin peligro de la preñez.» El Rey salió á recibirla cerca de Madrid con los grandes de su corte. Luego que la encontró, «mandó que la pusiesen á las *ancas de su mula*, porque con más honra é reposo entrase en la villa hasta el alcazar don-

(1) Hallábase situado en el tránsito ó vado de la otra parte del río, camino del Pardo; no queda de él más que un baño, que se denomina de los Jerónimos.

de se había de aposentar» (1). Los enemigos y envidiosos de D. Beltrán de la Cueva no dejaron de esparcir voces siniestras, tan deshonorosas para la Reina como para el Rey, designando sin gran rebozo á D. Beltrán y atribuyendo á sus familiaridades con la Reina las esperanzas de sucesión que se anunciaban. Los principales eran el Marqués de Villena y el Arzobispo de Toledo, los cuales, con miras ulteriores, indujeron al Rey á que trajese á la corte sus dos hermanos, D.^a Isabel y D. Alfonso, con pretexto de que en ella se educarían mejor y aprenderían más que no en Arévalo, Escalona ó Cuéllar, donde el Rey los tenía siempre apartados.

A los pocos meses la Reina dió á luz una princesa—marzo, 1462—á quien se puso por nombre Juana, como su madre; celebróse su nacimiento con grandes fiestas populares, y el Rey la recibió como un presente del cielo. Jurada dos meses después en cortes de Madrid como Princesa de Asturias y heredera del Reino la Infanta D.^a Juana, no impidió esto para que fuese designada con el nombre harto significativo y nada honroso de la *Beltraneja*, con que se quiso indicar y difamar su origen, y con que fué siempre conocida. Bien ajeno el Rey de lo que se decía y tramaba, tuvo la indiscreción de agraciar, en las fiestas de su natalicio, á D. Beltrán de la Cueva con el señorío de Ledesma y el título de Conde, dándole además gran parte en sus consejos, en la gobernación del Reino; crecieron las murmuraciones y las envidias, y con ellas el resentimiento de los ya harto enojados magnates.

Una sociedad corrompida como aquella en la cual los nobles y los prelados, que debían dar ejemplo de respeto á la autoridad real, conspiraban descaradamente en su contra, que cuando peor les iba, encerrábanse en sus castillos y fortalezas haciendo uso de sus mesnadas para robar y asesinar al campesino inocente que, tranquilo, inerme, labraba su tierra ó al viajero que, por su mal, acertara á pasar cerca de

(1) Castillo, Cron. c. 36.

ellos; cometiendo á más otros desmanes, que fuera prolijo enumerar, necesitaba un Monarca enérgico, valeroso; D. Enrique era el reverso de la medalla: amante de la paz á todo trance, doblegábase siempre ante el fuerte sin discutir siquiera las condiciones que le imponía, por humillantes que fuesen; tan cándido como débil, creía ciegamente las protestas de adhesión que, viéndose perdidos, le hicieron, no una vez sola sus enemigos, falsos servidores y rebeldes vasallos como el Marqués de Villena, su hermano D. Pedro Girón y otros muchos.

Cediendo á una de estas intimidaciones, en un momento precioso y único quizá quiso vengarse de todos cuantos le habían engañado y vendido con repetición: los excesos y tiranías de los confederados, se convertían en su favor, no tanto por adherirse á su persona, cuanto por amor á la legitimidad que representaba. Estas buenas disposiciones de los pueblos, y aun de algunos nobles, á volver al servicio de su legítimo Soberano, estrelláronse en el ánimo apocado del Rey y en su ya indisculpable debilidad. El mismo D. Pedro Girón se atrevió á proponer á D. Enrique que si le daba la Infanta Isabel en matrimonio, se vendría á su servicio con 3.000 lanzas, prestaríale 3.000 doblas, con más la entrega del Príncipe D. Alfonso, á quien llamaban Rey, y el de Villena volvería también á ser súbdito y servidor suyo. Admitida sin la menor dificultad por D. Enrique esa proposición, que es excusado calificar, comprando una paz ignominiosa é imponiendo á su hermana el sacrificio casándola con el más turbulento y licencioso de sus enemigos.

Apresuróse á alejar de su lado al Duque de Alburquerque, D. Beltrán de la Cueva, al hombre á quien había elevado, querido, al que con su valor le había salvado. Todo á causa de su pusilanimidad; por esta misma razón que su hermana la Infanta D.^a Isabel fuese reconocida como Princesa de Asturias y heredera de los Reinos de Castilla y León; que la Reina, cuya vida licenciosa se reconoció como un hecho público, quedara divorciada y fuese enviada fuera del Reino, sin que pudiese llevarse su hija. Hasta aquí llegó el imbécil, firmando, á instancia de los confederados, su propia ignomi-

nia. «Item, decía, por cuanto el dicho señor Rey é comunmente en estos reinos é señoríos, es público et manifiesto que la Reina D.^a Juana de un año á esta parte non ha usado de su cuerpo limpiamente como cumple á la honra de dicho señor Rey nin suya; et asimismo el dicho señor Rey sabe que non fué nin está legítimamente casado con ella:..., etc.» (1)

Aquí podría decirse: *ad recalandum*.

D. Enrique era, pues, el único que en su Reino y fuera de él ignoraba que su mujer D.^a Juana había no hacía un año, sino muchos, hecho lo que dicen en Francia: *Feterson bonnet par dessus les moulins*. ¡Infeliz sér de esos que, según Balzac, nacen predestinados!

Olvidémoslo para tratar de su hermana, la Infanta doña Isabel: aunque D. Pedro Girón no hubiera muerto, estaba decidida á no darle su mano; todo menos soportar esa deshonra. Retirada en su aposento, sin sosiego para comer ni para dormir, rogando á Dios que la libertara de aquella afrenta, aunque fuese con la muerte, lamentábase una noche de su situación con su fiel amiga, la discreta y virtuosa doña Beatriz de Bobadilla. Cuéntase que esta animosa y varonil doncella, oída la queja de Isabel, exclamó: «No, no lo permitiré Dios ni yo tampoco.» Y sacando un puñal que escondido llevaba, juró clavarlo en el corazón del maestre de Calatrava antes de consentir que fuese esposo de su amiga.

Sabía que se inclinaba al Infante D. Fernando de Aragón.

Parecía conjurada la tempestad, cuando intrigas cortesanas, ambiciones interesadas en que ese enlace no se hiciera, idearon un plan, que consistía en que la Princesa Isabel se casara con el Rey D. Alfonso de Portugal, su antiguo pretendiente, y el Príncipe su hijo con la hija del Rey, ó sea de la Reina D.^a Juana. Envióse al efecto una embajada á pedir su mano; llegó á Ocaña, donde D. Enrique se hallaba con su hermana Isabel celebrando Cortes. ¡Era ya tarde! El Ar-

(1) Supónese que la Reina en este tiempo tuvo con un sobrino del Arzobispo de Sevilla, llamado D. Pedro, flaquezas de la misma especie que las que antes le habían atribuído con D. Beltrán de la Cueva.

zobispo de Toledo había adelantado las negociaciones, é Isabel, dando su consentimiento á casarse con su primo el Príncipe de Aragón, no podía admitir semejante proposición. La resistencia incomodó tanto al Marqués de Villena y al mismo Rey, que á poco más le cuesta ser encerrada en el Alcázar de Madrid: á la enérgica oposición de los habitantes de Ocaña se debió el que no se ejecutara. Allí, como en Castilla, era el más popular de los pretendientes el de Aragón, cuya juventud, comparada con la edad ya proveya del portugués, servía de tema á las sátiras y canciones populares.

Por más medidas que tomaron, el casamiento se hizo; veamos cómo: encargado D. Fernando del gobierno de Aragón, su padre D. Juan II, enredado en lo más fuerte de una guerra, dejó encomendada á su hijo, cuya discreción conocía, la conclusión de un negocio que era hacía mucho tiempo el objeto de su anhelo. Después de discurrir y vacilar no poco, acordóse por último que el Príncipe viniese acompañado de solos seis caballeros de confianza, disfrazándolos de mercaderes, y que para más disimular saliera por otro camino una partida figurando una embajada del Rey de Aragón para Enrique IV.

Caminaban de noche, vestido D. Fernando de criado, cuidando de las caballerías en las posadas, y sirviendo á sus compañeros, como si fuesen sus amos, á la mesa; necesaria era toda esa precaución: los escuadrones del Rey cruzaban el camino, y había que atravesar una línea de fortificaciones que tenían los Mendozas desde Almazán á Guadalajara, partidarios de la Reina D.^a Juana y de la Beltraneja.

En una ocasión, sin embargo, el Príncipe estuvo á punto de morir trágicamente. Habiendo llegado una noche al Burgo de Osma, rendidos de cansancio y ateridos de frío todos los de la comitiva, llamaron á la puerta del castillo, que tenía el Conde de Treviño, partidario de Isabel. Creyéndolos enemigos los de dentro, un centinela arrojó desde el adarve una enorme piedra, que pasó rozando la cabeza de D. Fernando; Parencia, el cronista, lanzó entonces un grito, reconocieron su voz los del castillo, y ya el Conde y los suyos les abrieron y recibieron con grande alegría. Desde allí ya

vino protegido por escolta hasta Dueñas—9 de octubre.— Adelantáronse á Cárdenas, y Palencia á Valladolid, á dar á Isabel la feliz nueva—la llegada de su esposo.—Recibióla ella con un gozo proporcionado á la impaciencia con que la esperaba. Los caballeros que formaban su corte corrieron cañas en albricias de tan fausta nueva. Así las cosas, el Rey no tuvo más remedio que ceder; casáronse el 19 de octubre de 1469, cimentando la gran obra de la reunión de las dos grandes monarquías, preludio de la suspirada unidad nacional.

Nada más, y es bien poco, ofrece el reinado de un Monarca, cuya falta de carácter le hizo aparecer insensible sin serlo; imbécil, y no lo era tampoco; así se vió considerado como el más degradado y abyecto que había habido en Castilla.

ADOLFO MENTABERRY.

(Se continuará.)





EL ÚLTIMO SUSPIRO

I.

QUEDECIENDO al más tierno recuerdo, iba, como en otras ocasiones, al cementerio de San Isidro, y lo que unos días reparé sin penetración alguna, la última que he visitado los restos de mi buen amigo, descubrí un fondo de ideas grandemente desarrollado por nuestras conversaciones. Entonces se me presentó lejano como venturosa memoria, lleno de un afecto que él distinguió, y cual lazo indestructible que siempre lo une á mi pensamiento como la aspiración más agradable de las flores. Yo no sé por qué extraño secreto así viven los sentimientos tenidos á seres muertos; pero sé también que ni la gratitud ni la emulación alientan este eco mío: sólo un acto sencillo en la vida morigerada y honesta, su palabra natural y una amistad y constancia sincera, son capaces de dar eternidad á existencias que difícilmente pueden recibirla por otro concepto.

Frente al cuerpo, cuya mano tantas veces estreché con indecible gusto, leyendo incansablemente su nombre pintado en el yeso, leí también el recuerdo que sin duda llegó á inspirar la grande antigua amistad. Jamás he visto dedica-

toria más sencilla y más elocuente; cuanto no dice por sí un amplio lazo negro de seda, con palabras de oro, lo expresan infinidad de inscripciones grabadas en todas las hojas de una corona, hija del misticismo religioso, que puede alentar un cariño común al ser que vive en el cielo, y al que en la tierra tan hermosamente lo recuerda: reproduce allí la vida del amigo con una belleza que nunca podrá igualar el rocío sobre los lirios. Parecíame visitar á un ángel; recuerdos de eternal amistad, belleza natural y sublime, no faltaba más que una corona espléndida de sentimientos viniese á orlar mi memoria, llena de fe, al breve amigo: lástima es que esa corona, sencillamente compuesta de hojas naturales tomadas de algún sitio escogido, no sea tan permanente como es rica de significación: por ella nos transcribe en mil inscripciones distintas la vida toda de un joven virtuoso y artista; y bien sea

Tus palabras eran un cántico al bien,
Hoy le completas sin límite alguno,

ya lo que en otra leí:

Tu vida fué como el tiempo de la hoja;
Breve, sí, pero en tu ascendente vuelo,
Cual ella, no descendes, sino que te aloja
El Señor en su más límpido cielo,

ó como expresa:

Mirabas aquí con plácido anhelo
Flores que ahora ves allá en la altura,
Y virtudes trasladaste sin velo
Que hoy se admiran en tu pintura.

Un ejemplo del hombre más hermoso
Imitó ferviente tu imaginación,
En tus palabras su canto piadoso,
Y en las artes recuerdas su pasión.

En las que pude admirar la memoria que inspiró al que tuvo la originalidad de poner sobre su lápida esa corona; y cuando llegaba al contacto de sus almas, leí otra hoja que estimé sobremanera, y ponía á mi vista todo el concepto que de D. Juan Alberto Casares habíame formado:

Así en tí, florecieron las virtudes,
Y también la más bella de las artes.

De este modo embellezco mis instantes, los más estimados; tan sólo una palabra pudo servirme de impulso, y cuanto consideración le preste, es eco humilde de mi afecto más puro. En vida lo traté cual hoy lo recuerdo lleno de entusiasmo, y al contemplarle en la región de lo infinito, hállome de él á tanta distancia, que parece se aleja aún más de mí en los días que se suceden aquí en la tierra; pero hay un mundo entre nosotros en que oigo sus emociones y percibo el movimiento de su espíritu, y al leer la expresión más alta de sus sentimientos, nuestra vida se acerca, se une y se reproduce con el propio acento que sostuvimos los días quizá de mi mayor alegría. Ese mundo, donde providencialmente ahora nos hallamos, es la región del arte, en la que Dios puso entre nosotros su pensamiento, y en el que desarrollamos nuestras ideas, él como artista y yo mi afición estética.

No trataré, pues, de celebrarle como lo hace Roma con Rafael, Venecia con Tiziano, Lombardía con Correggio, Alemania con Durero, Holanda con Rembrandt, Flandes con Rubens y España con Murillo, Velázquez, Morales y Cano, porque además de la excelente composición, requiere el arte mayor número y asuntos de los que pudo allegar Casares á nuestra vista; pero si esto pudiera faltarle, no la concepción ni el colorido y buen orden de todos los elementos del arte pictórico. El estudio de un buen cuadro es como el de un cosmos, donde mil leyes distintas presentan fórmulas de armonía, y el color, la luz y la sombra, la curva y la recta, la forma y el fondo del asunto envuelven otros tantos problemas, en los que el pensamiento se abisma sin renuncia alguna.

II.

PRECEDENTES QUE PUDO CONOCER PARA FORMAR SU CONCEPCIÓN ARTÍSTICA.

Parece que el asunto del Crucificado es bien conocido; pero antes de llegar á ese fondo inagotable, ¿de dónde dedujo nuestro artista su concepción? ¿Cabe preguntar á qué fuente

debía su inspiración? Al hacer un estudio comparado del sentimiento estético de las razas humanas, considerando poco á poco las transformaciones que paulatinamente han erigido en los templos paganos un Júpiter Mansuetus, una Venus de Milo, una Diana Venadora, una Juno como la de la Villa de Loudovissi, las Parcas del Partenón y tantas otras imágenes, en las que, si sus pequeñas ruinas y sus mutilados trozos, bastan para mostrarnos las exageraciones é insuficiencias del desarrollo del arte posterior, podemos asegurar que si aquéllos tuvieron regularidad de líneas, les falta inspiración moral; pues al principio, sus dioses no son más que las fuerzas elementarias y profundas del universo; la Tierra maternal, los Titanes subterráneos, grandes Torrentes, el Júpiter lluvioso, el Hércules solar, fueron en un principio con otras muchas creaciones los que nutrieron la inspiración de ese afamado arte: un poco después, más tarde, estos mismos dioses separan su humanidad, sepultada en las energías brutas de la naturaleza, y la Pallas guerrera, la Altemisa casta, el Apolo libertador, el Hércules domador de los monstruos, todos los poderes protectores, forman el noble coro de figuras acabadas que los poemas de Homero asientan sobre tronos de marfil. Los siglos pasan antes de su descendimiento á la tierra, y fué preciso que las líneas y las proporciones muy manejadas ya levantasen su frente para sostener en ella la faz de la idea divina que debían llevar impresa en sí. Por fin, los sentimientos del hombre inflaman el pincel en el fuego de sus pasiones más nobles, y al insculpir en el metal sus concepciones, brillantes como la idea que ostenta lo sublime, graban también en el mármol la forma inmortal del arte.

La concepción primitiva elaborada desde un principio en el misterio de los holocaustos sagrados, se une á esta representación siempre creciente, mientras aquella otra inspiración co-creada por los clamores del circo, tomó en él, el sudario que había de envolverla con un manto de perlas, hasta que, purificada en el cuadro que llena todos los rasgos con la ley escrita, llegase á su perfeccionamiento después, y en manos del escultor cristiano, formara el tipo también del pintor. Por eso los dioses que le inspiran han nacido en otra parte, en región

más pura se hallan los verdaderos dioses visibles de vida eterna; una civilización más completa y más sencilla, una raza más equilibrada y más fina, una religión buena, verdadera y mejor apropiada, una cultura de cuerpo perfectamente entendida, un tipo más noble, de una sensibilidad más augusta, de un movimiento más unido, de una perfección más oportuna, han servido de medios donde ha podido desenvolverse la inspiración que dió el modelo al artista y al arte que admiramos.

Que á ese pensamiento debió sus dibujos, él mismo me lo afirmaba, el lienzo que en este momento voy á examinar y algunos trabajos suyos perfeccionados después, así lo confirman, que no reseño ahora, porque sólo me propongo estudiar un asunto, el que unió en su expresión las dos vidas del artista, la que dejó impresa en sus obras y sostuvo en el mundo, y la que hoy tiene; el asunto que reservó en el lugar preferido y santo de su casa, el que recibe la oración de familia y las bendiciones de su virtuosa madre, y el que sobre todos es más digno de atención, porque simboliza ya su personalidad artística, el alto vuelo á que se levanta la noble inspiración que realizó y el grado á que llega á colocarse, no obstante de producir un asunto de mérito muy conocido. Es el *Jesús Crucificado*, á mi parecer, el cuadro escogido de Juan Alberto Casares; tiene un lugar principalísimo en sus obras, y trato de describirle con la exactitud á que puedo ajustarme en virtud de cuantas reglas estéticas me dijo que desarrolló mientras lo pintaba.

Hasta ese momento había hecho muchos estudios; puede decirse que sus otros cuadros, pasos adelantados que le impulsaban por un camino de glorias, no eran más que los alientos cuya amplitud se concluye de conocer en el hermoso lienzo que representa á *Jesús Crucificado*. Para merecer la atención necesitó Rosales producir el de *Isabel la Católica* dictando su testamento; Fortuni, el magnífico lienzo de la *Vicaría* y el *Jardín de los Arcades*, y así dar creaciones desconocidas por su mérito é indudablemente por el asunto; Casares no acude á esos recursos prodigiosos, que apenas tuvo tiempo ni pudo desarrollar; ensaya primero su misticis-

mo religioso, basado en esa escala gradual de la pintura y en las tradiciones que adoptó como ejemplo.

La Iglesia, dice el abad Martigny, tomó á este propósito, elementos del lenguaje simbólico de los libros sagrados, y la costumbre de ofrecer á los ojos de los niños la imagen del Cordero, la más antigua, y también la más agradable figura del Salvador de los hombres: para hacer más sensible la alegoría, se dieron al Cordero los atributos del Redentor, y esos atributos vinieron á ser cada vez más significativos, hasta que se reprodujeron abiertamente los del Crucificado. En el siglo IV aparece el monograma, y la cruz desnuda en el V; pero desde principios del VI, estos atributos tomaron su carácter más pronunciado; desde luego es un Cordero echado sobre un altar al pie de una cruz; poco más tarde el Cordero tiene un lado abierto y la sangre corre de esta llaga como de las de los pies; por fin, el Cordero está colocado en el centro de la Cruz, en el mismo sitio en que luego se representaría á Jesús en persona. Todas estas transformaciones recibe durante el siglo VI, cuyo último tipo es la famosa *Cruz Vaticana*, exornada con un busto de Jesús en la parte superior y otro en la inferior; el primero bendiciendo con la mano derecha, según es costumbre y forma de nuestro rito, y en la izquierda un libro; el de la parte inferior, tiene en la mano derecha un volumen rollado y en la izquierda una pequeña cruz. Es un ensayo tímido, tal como se ve, en el que el oprobio está eclipsado por la gloria; la cabeza del Salvador orlada de un nimbo esplendoroso; no lleva señal alguna de dolor, en lo cual se nota la lucha que fué preciso vencer en la representación figurada de las humillaciones y sufrimientos de Nuestro Señor Jesucristo.

Y sea que los primeros cristianos quisieron impedir profanaciones de los idólatras, ó ver á su divino Maestro como en triunfo, evitaron con todo empeño en los primeros tiempos del Cristianismo representar á Jesús en la Cruz. Mas en el siglo VII señala San Gregorio de Thours, un crucifijo pintado en los muros de la iglesia de Saint-Genis, cerca de Narbona, siguiendo así esta devoción hasta que en el X, hallábanse crucifijos por muchas partes, de aspecto dulce y

bonancible, vestido con una túnica larga cuyas mangas no dejaban ver más que las manos y brazos; en los siglos XI y XII es la túnica corta, desaparecen las mangas y descúbrese el pecho, porque la túnica es meramente una saya que disminuye en el XIII, tanto como pueden acortarla y en el XIV, no es más que un trozo de gasa ó un velo, con el que se cubre el centro del sagrado cuerpo.

No es de este momento conocer con otro detalle la naturaleza del suplicio y por qué fué puesto en cruz; al expresar el instante sublime de la redención, presentan los artistas á Nuestro Señor Jesucristo, de un modo igual en el acontecimiento; y las formas de esa expresión grandiosa, son las que revisten la cionografía del mismo, y según veremos más adelante.

Al propio tiempo que se entristece la figura del Crucificado y que los sufrimientos se graban sobre su divino cuerpo, como el estío en la hoja de las rosas, al mismo tiempo se le despoja de la túnica y del pequeño vestido que le protegía, sin duda para dar todo el realismo posible al cuadro y escultura. No obstante, son en mayor número todavía los que reproducen los artistas velando la figura del cuerpo sacrosanto.

Así también veíanse algunos crucifijos con la cabeza cubierta de corona real, que generalmente hasta el siglo XII presentaron los artistas desnuda, y desde el XIII la exhiben coronada ya de espinas, y desde cuya fecha empiezan á presentarle unido á la cruz con tres clavos: en muchos monumentos pintados ó esculpidos en los siglos XII, XIII y XIV, expresan fielmente la religión católica y la Iglesia, figurada bajo los rasgos de una Reina, recibiendo en un cáliz la sangre que mana de las llagas de Nuestro Señor Jesucristo; las pinturas, los relieves y las vidrieras de la misma época, nos ofrecen frecuentemente en la parte inferior á los brazos tendidos sobre la cruz, el Sol y la Luna, ángeles llorosos, teniendo astros en los pliegues de sus mantos, y todavía se les ve en forma de brillantes discos dorados, uno como la justicia, y como reclinado ante la compasión infinita el otro; la Virgen y San Juan ordinariamente de pie á los lados de

la cruz, y suelen colocar los artistas á la Magdalena en distintas posturas. Nótase desde luego que desde el siglo XII los pintores y escultores se cuidaron más especialmente de dar á conocer bien los sufrimientos recibidos por Jesús en el divino suplicio; un crucifijo en madera de esta época, perteneciente á la catedral de Bordeaux, es de grande valor como obra de arte; la cabeza del Salvador, inclinada sobre el pecho, conserva una calma y una grandeza de expresión verdaderamente admirables. Viollet le Duc, que ha publicado un bello dibujo grabado por Guillemont, nos ofrece un ejemplar representando la cabeza de Nuestro Señor Jesucristo, en un fresco del siglo XIII, en la antigua sala capitular de la catedral de Pau, la expresión más tierna y dolorida. Se aumenta cada vez más esta tendencia en el siglo XIV, y los pintores y escultores llegan, en el XV, á dar al Crucificado las apariencias de la naturaleza humana sometida al más atroz suplicio. Á partir de este momento se ocupan los artistas en expresar con energía los movimientos del cuerpo humano, de modular sabiamente un torso desnudo, y sus miembros enflaquecidos, cubriéndolos de más salud. No le dieron otro ropaje más que un lienzo flotante que rodea el cuerpo venerando, y cuya blancura hace resaltar más los colores del cuerpo. Tiene ya siempre la frente coronada de espinas, de cuyas sagradas heridas rielan torrentes de sangre que debe salvar á la humanidad: inclinada la cabeza sobre sus espaldas, los ojos levantados al cielo, entreabiertos, ante la sinagoga, que los tiene cerrados, y según que el artista ha querido representar el momento en que Jesucristo invoca el socorro de su inexorable Padre:

Eli, eli,

ó va á espirar su último aliento:

Consumatum est.

Á veces pintan los pies separados, otras superpuestos, con poca exposición á destruir los sucesos y los pies mismos, con un clavo desigual y más fuerte, y contrariando así la profecía *Os non comminuetis ex eo*. Y en tanto, es la cruz un verdadero árbol ó tronco, conservando su corteza y nudosi-

dades; hiciéronla también en forma de T griega y latina, ya con dos brazos que se cruzan, y es la forma aceptada y generalmente en la que explican los Santos Padres el misterio. El evangelista San Juan nos dice que la cruz de Jesús llevaba un escrito en que se leía: *Jesus Nazarenus Rex judeorum*; los pintores acostumbraron á abreviar esta inscripción por medio de iniciales, *INRI*, y aun los hay que la ponen trilingüe, aunque con distinto orden.

No es difícil hallar la figura de un cráneo humano al pie de la cruz, con dos femurs cruzados, lo cual se ha explicado acudiendo á la opinión de los Santos Padres, pensando que Adán estaba enterrado en el mismo sitio en que se halló la cruz: Orígenes, San Basilio, Crisóstomo, San Atanasio, San Ambrosio, San Agustín y otros muchos son de esta opinión. Según otros, este cráneo y huesos expresan que Jesús, por su santa muerte, venció á aquel que nos hizo incurrir en pecado, y que mereció por nosotros la inmortalidad y la gloria.

El paisaje en el cual se eleva la cruz es austero y melancólico: en el fondo se entrevé la ciudad levítica; el cielo cargado de sombrías nubes es alumbrado ligerísimamente por rayos veloces, y con frecuencia la composición se reduce á la figura del Crucificado, destacándose con vigor sobre un fondo carbonoso. Precedentes que no desconocía nuestro artista, por más de que tampoco los diseminara profusamente en su lienzo.

III.

¿LAS OBRAS DE SEGUNDO ORDEN PUEDEN SER EXAMINADAS EN RELACIÓN AL ESTUDIO PREVIO DE LAS DE RECONOCIDO VALOR?

Al aplicar la crítica los principios de la estética, nos lleva al estudio de algo que supone precedentes, y así la vida del artista y la del arte son inseparables al concepto que trata de medir con exactitud obras modernas, forzosamente derivación de altísimos ideales, diseminados entre nosotros, y con inusitado esplendor entre las diferentes escuelas: de esas

fuentes toman base, y en verdad nada tan á propósito ni que así revele toda belleza al hombre que, reflexionando sobre el arte en general y bajo este punto de vista, se pregunta: ¿Si la crítica de obras contemporáneas, y que por lo tanto no han merecido todavía tan alto puesto, podrían ser conocidas en relación al estudio previo de las obras de primer orden? No cabe duda; y si necesaria es la biografía, más lo es el conocimiento detallado de todas las manifestaciones del arte; si, como se ha creído siempre, considerando la pintura como dicción esplendorosa del pensamiento humano, deja su rasgo coercido por los límites de un cuadro, y se alza en esfera superior, y en manera alguna puede mirársela cual mero é aislado fenómeno, reconoce su ilación en el orden de ideas, que representa, hállase esculpida en todo siglo desde que brota el ideal, y es como el tono quebrado, en el que, el artista y el tiempo, colocan en espléndida armonía varios colores complementarios, mezclados juntamente en proporciones desiguales.

Para no citar en este punto muchos ejemplos, omito los casos que se notan en la Edad Media; el Crucificado, tal como lo representan las bellas artes en tiempos posteriores, cambia de expresión y de fisonomía bajo una misma idea, y según los siglos: los del tiempo de León X, en los cuadros de Rafael, de una sociedad medio pagana, enamorada de la forma y de la belleza, que anhela salud, lozanía y dulzura, se representa al hombre, no enteramente como las virtudes divinas lo modulan, sino con cualidades eminentemente sociales: con Rembrandt llega á ser el Dios de los humildes, no tiene otra belleza que salte á primera vista sino una luminosa expansión de rayos, cuyo esplendor es sentido por todo el que le contempla. Se creía que este tipo debía nacer de la imaginación popular alimentada por la Biblia y contenida por una religión austera, para quien únicamente existe la belleza moral; se predice más: que el protestantismo, apoyándose en los humildes, ha debido hacer un Cristo á su imagen; el siglo se hace más movido y varía la apreciación; pero Port Royal agota en el Crucificado la expresión más fina de la piedad; Poussin dará al Crucificado una ex-

presión profunda; el Doctor de la ley, el Maestro que sabe perdonar y castigar, es el Dios de una fe austera y sólida. En el siglo XVIII, el Cristo no es tan buscado por la pintura, porque donde se le veía, estaba para muchos *marcelisé*, como diría Diderot. Siguiendo, pues, en este orden un estudio estético, es sobremanera adaptado á deleitable escritura, importa á la historia estas transformaciones de un mismo tipo, á la crítica descubrir en una obra los senderos y rasgos de una influencia bien ejercida constantemente, en el ingenio de los artistas, y aunque no se pueda marcar un tipo magistral, único, sí el ideal universal que preside este orden de sentimientos y concepciones, mediante el cual llegamos á conocer el vuelo del artista y del genio pictórico.

IV.

ELECCIÓN DEL ASUNTO.

Varios problemas ocurren al detenido examen del cuadro, la elección del asunto, por ejemplo; siendo la pintura el arte de ir al alma por medio de los ojos, para ser perfecto debe conmover; si el símbolo puede ser algo frío, difícilmente se le podría quitar ese aspecto mortal, si no fuera por la sencillez, la fuerza, la sublimidad de la idea; mas dejando ahora estos rasgos, que pertenecen á la perfección del dibujo, según diremos en su lugar, no cabe duda de que en tiempo de Velázquez y Alonso Cano el acontecimiento descrito por el lienzo que examinamos estaba de moda, era común y diario hablar y producir autos sacramentales, la poesía celebraba los asuntos místicos, el arte religioso que había inaugurado la pintura en el Renacimiento, la sostenía con su vigor sin competencia. ¿Subsistiría por mucho tiempo el asunto escogido? ¿Hablarán estos cuadros para el porvenir? ¿Qué influencia pudo ejercer en nuestro artista la idea de retratar una persona, aunque sublime, en su situación austera y más sagrada concebible? Desde luego, el siglo XVIII, cuyo escepticismo é incredulidad nos son tan conocidos, no

le ofrecía auspicios, antes al contrario, no sólo atacaba el mismo principio religioso, sino que pretendía excluir del arte los asuntos religiosos: unos, los más moderados, como Carmontel, afirmaban que todos los cuadros de Iglesia estaban hechos, que todos los caracteres de cara, habiéndose agotado para la Virgen, los Santos y los Apóstoles, los artistas estaban condenados fatalmente á la vulgar y rudimentaria imitación.

Según el inglés y protestante Webb, era imposible hallar en todo el martirologio un buen asunto de cuadro; Galiani, abad, refería que Miguel Angel envió el Esculor de Farnesio á dos religiosos que le pedían un Cristo, y concluía pomposamente que los asuntos cristianos no eran tolerables sino á condición de paganizarse; Diderot, tan desfavorable á lo que llamó superstición reinante, defiende bajo el punto de vista del arte la religión cristiana, y no obstante de su volubilidad en religión, ofrece al juicio de Webb, Carmontel y Galiani cuadros religiosos de Lebrun, Rubens, Carracc y Le Sueur, advirtiéndoles que juzgaba posible representar los Apóstoles sin semejarlos á Marte ni Baco; preguntándoles si había asuntos más á propósito para la pintura que las escenas dramáticas, y si había alguna cosa más dramática que los suplicios de los primeros cristianos, y cual contestación generalísima, podíasele ofrecer los catálogos de los Museos, en los que hallaría innumerables asuntos religiosos llevados á la perfección, con todo el vigor del sentimiento que los inspiró.

Pero aun más; en nuestros días se ha sostenido una teoría contraria, y éste es tal vez el eco y señal, si no de exuberancia de asuntos religiosos, la opinión general que llegó á merecer en el arte el elemento religioso; se ha pretendido, muy de otro modo, que los asuntos religiosos eran solamente pictóricos, lo cual no es de sostener en absoluto, porque en otros órdenes campea también el arte con grado y corrección exaltadísima; no es creíble, por más que se haya sentado esa premisa, que fuera de la fe no había tampoco salvación para el arte, ni inspiración sincera para el artista: conocemos este asunto, á nuestro todavía inexperto juicio, como muy di-

ficil, y empezando por desarrollar nuestra facultades estéticas, pocas ó las que quiera que sean, hemos preferido este y otro asunto, igualmente glorioso en el arte, con más poesía (1), pero indeciblemente teológicos ambos y religiosos para nuestras observaciones en las bellas artes, y este mismo sentimiento que nos hace conocer los asuntos que debían exclusivamente delinear para lección sabia y prudente de la humanidad, no impide que pueda bajo mil distintos aspectos dibujarse el encendido vuelo de las pasiones humanas, con una corrección, que en escuela se llama hoy el naturalismo y realista. Saltan por ensalmo la historia profana y la historia sagrada, conmoviendo todas las vibraciones de la luz y del colorido, todas las sensaciones é ideas del sér humano; hablan todas al hombre y de la naturaleza toda, con todos sus acordes y atractivos, reproduciendo la dura roca, la florida pradera, con igual encanto que la obra de misericordia, y una maravilla del campo, y una virtud del alma, llenan hoy nuestro corazón y juicio de entusiasmo, y así es como se comprende que el pintor del Maná y de los Sacramentos lo sea también de la Arcadia y del Testamento de Eudamidas.

V.

CÓMO DEBIÓ CONSIDERAR Á JESÚS PARA RETRATARLO.

Al repasar brevemente la cronología del arte, hemos visto la gradación que ofrece esa idea suprema desde la caída del Paganismo hasta el Renacimiento, en cuyo transcurso observase también un principio predominante, cuando tantas transformaciones recibe desde Commodo y Diocleciano hasta llegar á alterarse profundamente la escultura. Mas luego que se llega al Renacimiento, la salud y la energía entra en el cuerpo humano por grados, siendo preciso que pasen muchos años para ostentar la pintura su brillantez de formas y colorido, y

(1) Véase nuestra obra *La Concepción de Murillo*.

aun así, tiene sus caracteres diferenciales, pues al clasificar los períodos menores del arte, notamos que desde Cimabué á Masaccio, ignora la pintura, la perspectiva, el modelado, la anatomía; no entrevé el cuerpo palpable y sólido sino á través de un velo, y la consistencia, la vitalidad, la estructura activa, los músculos moviéndose en el tronco, apenas le interesan. Los personajes son en este período contornos y sombras de hombres, á la vez glorificados é incorporales, y el sentimiento religioso va á dirigir el instinto plástico: figura á los ojos de los símbolos teológicos en Taddeo Gaddi, los moralistas en Orcagna, las visiones seráficas en Beato Angélico; y la pintura va por el espíritu de la Edad Media, impulsando la mística del arte, dirigiendo su vuelo á su expresión plena y encendida por el descubrimiento de la perspectiva, por el desenvolvimiento del relieve, por el estudio de la anatomía, por el empleo del aceite con Paolo Vicello, Masaccio, Fra Filippo Lippi, Antonio Pallaiolo, Verochio, Ghirlandajo; sus sucesores, custodian como sagrada esencia su valor real y los posteriores han desarrollado este principio mismo, y Rafael estudió entre ellos, debiéndoles gran parte de su genio. La idea principal de todos estos maestros, es la del cuerpo viviente, sano, energético, activo, dotado de todas las fuerzas atléticas y físicas.

¿Cómo, pues, debió considerar Casares al hombre Dios para retratarlo, atendidos estos precedentes? No hay más que examinar su trabajo para descubrir en su estudio el del tipo perfecto: las carnes bien moduladas, amplias, pero contenidas en una forma más mesurada; una felicidad floreciente, pero de especie más fina; una voluntad larga y franca, pero exquisita y exornada; cabezas energicas y almas levantadas á la vida futura, frentes inteligentes, fisonomías sentidas y reflexivas, son el conjunto de tales individualidades que tenía á su consideración, con sólo fijarse en los diversos viajes que hizo por las cortes europeas, sus visitas á las pinacotecas extranjeras, pudieron descubrirle todos esos rasgos en los Cristos de Cimabué, Giotto, Margaritone, Angiolo Gaddi, Santi di Tito, Poderdone, Broncino, Veronese, Edeling, Tintoreto, en la escuela de Atenas de Rafael, en la tumba de los Médicis, en

la bóveda Sixtina de Miguel Angel, en el Museo del Louvre y Vaticano, y sobre todo en el Cristo de Cano, en la escuela de Ribera y de Velázquez. Hé aquí el cuerpo que se propuso estudiar, ante los cuales y fuera de estos lienzos, los demás son débiles y mal equilibradas escenas. Como los pintores españoles, toma el modelo de su raza, cuerpo delgado, nervioso, de músculos firmes, endurecido por las brisas de nuestras sierras y la quemazón de nuestro sol, constante hasta el heroísmo, todo borbotando nobles pasiones comprimidas, ardiendo todo en medio de encontrados tonos, sombríos por un difuminado carbonoso, que de un golpe se entreabren para dejar ver una flor deliciosa, una púrpura, vida de juventud, de belleza, de amor, de entusiasmo florido derramado sobre una mirada de fuego concentrada en el corazón de la humanidad. Cuanto más se imbuía Casares de estas ideas, cuanto más fijaba su pincel en el lienzo, más iba dando á conocer el hombre que tenía por ejemplar de su estudio. Extrae y amplifica lo esencial del ser físico, como extrae y amplifica á la vez lo esencial del ser moral, é historiendo ambos elementos, mezcla en armónico grupo la estructura y los sentimientos del cuerpo modelo de la humanidad, los instintos corporales de su pueblo, y por más que la violencia del suplicio trate de alterar la dulzura por la turbación del espíritu ó por el desfallecimiento del cuerpo, ensaye de conmoverlo trastornando la expresión del mismo, cualquiera que sea el concepto en que se mire su expresión anímica en los éxtesis de mártires, bajo la razón de un estoico, aun en la insensibilidad de un salvaje, encuéntrase esa expresión bella; y no solamente vemos aquí todas las posiciones de la inteligencia, lucidez, genio, espíritu, razón, tacto, fineza, sino aun todas las porciones también de la voluntad, coraje, valor, iniciativa, actividad, firmeza, constancia, decisión y calma, son los fragmentos del hombre ideal que va reuniendo esa figura asómbrosa y que vemos sostiene el artista, porque son las líneas que describe en el carácter del hombre que desea retratar de un modo perfecto.

VI.

RELACIÓN DEL ARTISTA CON LA OBRA QUE VA Á DESCRIBIR.

Al ver al artista en su obra, ¿qué disposición la haría grata para la sociedad en la cual vivía y para la que hizo su estudio? Conocemos también los medios interiores de que se ha servido el arte. ¿Dónde está el resorte íntimo que haga útil á los demás el conjunto total del cuadro? Sabemos que Jesús tuvo una vida llena de grandes pasiones. ¿Cuál es el momento en que mejor, más dulce y más cariñoso se nos presenta? ¿En qué expresión podría retratarlo? Es verdaderamente única; la que ha debido darle, la misma que expresa: tal es la facultad de amar. Afección, la más generosa, que tiene por objeto el bien de otro, subordinarse á él, emplearse al bien ajeno, es la expresión más noble que pudo aceptar el arte; en ella reconoce el carácter por excelencia, y es el primero visible en la escala que componemos. Y así es que atendiendo á su aspecto, cualquiera que sea su forma, generosidad, humanidad, dulzura, ternura, bondad natural, conmueve nuestra simpatía á su presencia. Y bien constituya el amor propiamente dicho de una persona á otra, en la unión de sus almas, aun en una sólida vida, en la perfecta confianza, la fidelidad mutua de dos seres que no están unidos entre sí por lazos de sangre, pero que su espíritu llega á un punto común á ambos, donde se enlaza su eco y atractivo, y como une el labio de la madre á la rosada mejilla del niño el beso maternal, así el artista une en el Cristo á la naturaleza divina y humana, y el realismo del arte y el idealismo místico, que en el cuadro se respiran, llegan á su vez á la concepción más grande del pensamiento humano en su expresión de amor eterno, en tal armonía, que cuanto mayor nos lo dice, más bello se nos presenta, y tanto, más admirable en manos también del artista, cuanto á su vez, es más imitado y mejor transmitido al lienzo, el sentimiento estético de la generación en que vivía.

En vano es buscar en este cuadro una ú otra parte que llame la atención aisladamente, porque su cabeza, su cara y el conjunto de todas las formas ostentan, como en Miguel Ángel, la energía y sublimidad de la voluntad; como en Rafael, la dulzura y la paz inmortal del alma; como en Leonardo Vinci, la elevación y fineza exquisita de la inteligencia; sin que por lo tanto, en el uno ni el otro detalle, el refinamiento de la expresión moral, sin que el ascendiente del pensamiento ó de la perfección de los órganos, retire la persona humana de este cielo ideal en el que todas las potencias se armonizan en un concierto superior. Los personajes en otros lienzos, pueden luchar é indignarse, como los héroes de Miguel Ángel, ilusionar y sonreír como las mujeres de Rubens, vivir y contentarse de vivir como las Madonas de Rafael, y enamorar como los cuadros de nuestros contemporáneos; lo que importa no es la acción momentánea, en la cual se comprenden y desenvuelvan, sino en toda la estructura del mismo asunto. Por eso no puede fijarse parte alguna del mismo. La cabeza no es más que una porción; el pecho, los brazos, las proporciones, todas las formas en él, hablan y conspiran á un mismo fin, á poner ante nuestra vista una criatura de nuestra especie y creadora de nuestra gracia y de los sentimientos del artista que tanto le acercan el asunto.

Generalizada esa cuestión, en cuanto á la base de su elemento religioso, ¿qué situación, qué instante debieron escoger los maestros de la escuela española, qué momento es el más á propósito para reproducir los ecos de sus generaciones y sentimientos innatos y como de familia, cimentados en la imaginación popular? ¿El más tranquilo ó el más agitado de la vida del Salvador? En todos los instantes de Jesús, nos ofrece cúmulo inmenso del divino ejemplo, y si en los momentos donde mayores pasiones se concitan, pueden más que en el arte quieto y reposado de la pintura, ejercer en lo trágico su mágico imperio; en cambio, cuanto menos arrollador es el aspecto tranquilo, es tanto más difícil de describir, como lo es el rasgo sereno del Apolo, y por lo mismo más difícil y preferible, según sábios estéticos, á los artistas de hálito; mas esta opinión, que no pasa del atleta idealista, apenas lle-

garía á posar su vuelo en la sensibilidad humana, si sólo se ocupara de sutilizar dificultades; tiene el arte por objeto principal, el de conmover: siguiendo en todos sus pasos el movimiento anímico de la figura, el alma es el foco, y el cuerpo debe ser el espejo donde se reflejen todas las dilataciones del espíritu, sea excitando un vivo desprecio á la debilidad que imponen los sufrimientos, sea reverberando una resignación suprema: en esta situación, tal como nos lo dicen en el Salvador así representado, no hallamos el eco aclamador ante la mísera propuesta de Pilatos, la muchedumbre tumultuosa siempre, llena de furor en aquel acto, la vista de los suplicios preparados para Caifás, hirieron sobremanera la sensibilidad de los judíos y sus ojos no vieron la grandeza encubierta del misterio santo; ante un lienzo así dibujado, conociendo el detalle de su historia, las pasiones allí concitadas á un crimen horrible, contra el más cariñoso y amante de los hombres, nos hiere excesivamente para con toda libertad contemplar cual hacemos en el Crucificado, viéndole cumplida su misión y en su eco, última sanción de su vida, la grandeza moral de este personaje.

Los medios violentos ensordecen el alma, y nada como la calma del campo para aspirar el dulce aroma de las flores, nada tampoco como la quietud del alma para saborear el curso del espíritu á las regiones infinitas en el arte; es verdad que á la vez de una belleza estética del reposo, hállase frecuentemente también á igual altura, la esplendorosa manifestación de la fuerzas físicas; mas en lo que puede referirse á la expresión y gesto, no reinan con sobrado imperio al lado de esas representaciones vívidas del placer y del gusto, sino superan al menos en valor artístico los héroes de la pintura aun en su representación mortecina.

El extremo de la pasión, la Redención, y en este caso, Jesús concentrado así, exánime como está, ¿nada nos dice? ¿Por ventura su alma inmensa é infinita, en toda perfección, dejó ese cuerpo sin otra expresión alguna? ¿Ó deleitosa en su propia obra, lanzó su vuelo á lo alto y á recibir las bendiciones del cielo, fuése á gozar en las magnificencias de un coro eternal de ángeles, y recibiendo la sonrisa de las vírgenes, iba

á extasiarse en su amor infinito que todo lo inflama? ¿Ó dedicado desde su nacimiento á las criaturas, quiere darles la expresión más tierna y favorable volviendo, como eco último de su alma, su cara que negaba al cielo inclinándola hacia los hombres? ¿Es que buscaba su espíritu los goces más puros de la gloria divina, ó indiferente á la excelencia que le rodea, parece entregarse á la redención, y aun en esa actitud, aprestarse á recibir todavía mayores olvidos, para aumentar más así el testimonio de su amor al través de los del porvenir? En vano es buscar los rasgos de una agonía debilitante en un carácter sublime, porque no se hallan; las heridas causadas por la flagelación son otros tantos rasgos de vigor en el alma y en la voluntad incólumes; las últimas palabras de Jesús acusan una energía y un vigor de ánimo que debemos imitar todos los mortales, su eco es imperecedero, y su significación léxica, lleva todo el contenido de una perfección absoluta: el *consumatum est*, constituye el sello que solemniza la salvación del hombre; sentencia transcendental como ninguna otra de las pronunciadas por labios humanos; llevan los apotegmas filosóficos la admirable expresión del genio; pero esta sencilla y solemne palabra, sublime, natural y real, fecundiza el bien deseado por Dios en todos los instantes, si pueden medirse, de su existencia suprema; y esa expresión, término feliz de una existencia apenada y de esperanzas, fallo de una ley natural y escrita, es eco fidelísimo de la situación del cuerpo que acaba de proferirla, y encuentra su huella en el rostro del Salvador, perfección de su vida, de su misión y de su misterio, contenidos en la espléndida manifestación que nos hace el pincel del supremo acontecimiento.

Y si los pintores hanse propuesto representarnos al Hijo de Dios en su momento más supremo, ¿qué otra acción ni circunstancias cabe á su lado? En el diálogo admirable durante el que lega á su bendita Madre todos los sentimientos de la humanidad, salvando al buen ladrón, bendiciendo á los hombres que le crucificaban, por unas palabras de amor y un ruego sublime dirigido al Padre Eterno, cabe explicarse unas y otras escenas; pero Velázquez y Cano se propusieron algo más todavía que los preliminares del supremo acto que tenían

pensado reproducir, y nos dan el momento de la *Redención* completa y perfeccionada por Jesucristo. Los otros compañeros de suplicio, y que en el Gólgota expiaron sus crímenes, tuvieron aptísimo lugar en la cima santa por su individual y propia personalidad, por su fe y condenación eterna; en el cuadro se hace justamente caso omiso, porque si pudieron contribuir á la Redención, fué tan sólo de sí mismos, y esto solamente uno la procuró; con toda exactitud aparece la única figura del Redentor, Salvador también de la humanidad; hé aquí por qué sin proponerse eliminar de la historia las demás personas que precedieron y acompañaron á la crucifixión de Jesús, se ven apartadas del cuadro, sin que el límite de personajes, forme tampoco fórmula precisa en la manera como suelen generalmente presentarle los artistas; mas nuestros pintores siguen esta práctica constante, como igualmente en el empleo de ideas accesorias, hasta el punto de que su pincel llega al grado sutil en que casi parece que olvidan las condiciones de la pintura. Varios ejemplares hemos visto en los Museos; si Carlos Vanloo pintó el sacrificio de Ifigenia, querría que Ulises abrazase á Agamenón en el momento fatal, para ocultarle el horror de semejante espectáculo (1). El mismo Grimm, á pesar de su admiración por Diderot, titubea en creer que una idea desenvuelta de esa manera pueda ser de un efecto venturoso en pintura. Por otra parte, reproduciendo el combate de Diómedes y de Eneas, imagina cambiar en flores la sangre de la diosa, en el momento en que se reparte sobre la tierra (2), asunto cuya invención pudo ser muy oportuna en el siglo XVIII; pero aun así no sería, como dice el sabio Bougot, sino traducir á Homero en el estilo de Ovidio: por esa razón, que tanto explica el dibujo y la expresión del sentimiento artístico, nuestros pintores libraron de tal imaginaria variedad á sus producciones artísticas, con lo que dieron juntamente gravedad y vida futura á sus concepciones; y todo lo que en otros artistas parecía mixtificación, á veces muy profana, fué

(1) Correspondencia de Grimm, 1.º octubre, 1757.

(2) Id., 1.º febrero, 1755.

en el caso presente realismo puro; libre ya de errores, contra la costumbre, aparece en el color local, según el sitio y forma en que solían hacerse los suplicios y en actitud que todo parece y es verosímil, por más que siempre se perpetúan sin derivación alguna.

VII.

CLARO OSCURO.

Hé aquí por qué esa unidad tan practicada por los maestros y la delicadeza de percepción, que hace se aproveche su genio de tan sabias advertencias, se revela toda por la oposición de sus procedimientos, como por la coherencia de su concepción. Se ha visto en Vinci la elegancia superior y casi femenina de las figuras, el indefinible sonreír, la expresión profunda de los rasgos, la superioridad melancólica ó la fineza exquisita de las almas, las actitudes buscadas ú originales convenirse con la flexibilidad ondulante de los contornos, con la suavidad misteriosa del claro oscuro, con los vagos fondos de sombra creciente, con la gradación insensible del modelado, con la belleza extraña de las perspectivas vaporosas. Entre los venecianos, una luz esplendorosa y rica, en consonancia, alegre y sana, de tonos ligados ú opuestos, el lustre sensual del color, avenirse con el esplendor de la coronación, con la libertad y la magnificencia de la vida, con la franca energía ó con la nobleza patricia de las cabezas, con el voluptuoso atractivo de la carne palpitante, con el movimiento vivo y agradable de los grupos y con el florecimiento de universal ventura. En un fresco de Rafael, la sobriedad del color conviene á la fuerza y á la solidez escultural de las figuras, á la arquitectura plácida de la cabeza, al movimiento moderado de las actitudes, á la serenidad y á la elevación moral de las expresiones. Á un cuadro de Corregio le llaman los estéticos, Jardín encantado de Hena, en el que la seducción de la luz casada con la luz, la gracia caprichosa y halagüeña de las líneas onduladas ó cerradas, la blancura deslumbradora y las curvas complacientes de los cuerpos femeninos,

la irregularidad picante de las figuras, la vivacidad, la ternura, el abandono de las expresiones y de los gestos, se unen para formar la ilusión de felicidad deliciosa y delicada, que la magia de una fe y el amor de una mujer arrancarían para su amante.

La obra, así, brota de una raíz principal; una sensación dominante y primitiva, posa y ramifica al infinito la complicada vegetación de los efectos: en Beato Angélico es la visión de la iluminación sobrenatural y la concepción mística de felicidad celeste; en Rembrandt es la idea de la luz mortecina en la húmeda oscuridad y el doloroso sentimiento de lo real vehemente en nuestros artistas es la realidad misma casada con el misterio santo.

Una idea del mismo orden hállase que determina y armoniza la especie de líneas, la elección de los tipos, la ordenación de todas las partes, la expresión, el gesto y el colorido en el estudio de Casares, y que reproduce en el Cristo de la escuela española, en completa armonía con sus teorías y convicciones artísticas.

Además, la oposición de los claros y de los oscuros entran en el mismo cuadro con su propio y genuino sentido; no se ve aquí, cual sucede en el mosaico, una gamma de colores que ondulan al capricho sin figurar objetos reales; no es el arabesco griego de líneas cuya interminable curva y entre numerosísimos ángulos, apenas ofrece formas naturales; algo más rico que todas estas combinaciones arbitrarias, algo más expresivas que todas esas líneas de ilusión óptica, con su claro oscuro, produce una impresión que varía según los tonos, y estos grados y estos tonos de luz contribuyen á las figuras y á los ropajes y arquitecturas: es una propiedad ulterior que no impide toda su importancia á esas obras, y también todos sus derechos: el valor propio del color es enorme, y el partido que saca el artista determina á su vez el resto de su obra. Ahora bien; ¿cómo obtiene este resultado? Casares tenía cualidades de acción poderosas, y mientras ve que Guido hace el fondo blanco, gris plateado y rojo pálido, pintándolo todo en plena luz, y Caravaggio le hace negro, carbonoso, terrorífico, pintándolo en la sombra opaca, y ostenta

Vinci la delicada gradación de los claros y negros, y hace salir Corregio la claridad más fuerte de la claridad universal, y la aparición violenta por la cual en Rivera brilla súbitamente un tono claro sobre la oscuridad lúgubre; el aire húmedo y amarillento, en el cual, como Rembrandt, lanza una llama mortecina del sol en ocaso, hace Cano emerger la forma de enmedio de la sombra, y como Velázquez, filtrando á los pies de la tierra un rayo perdido en lontananza entre celajes quejumbrosos, cuyo eco conmueve el éter, que alumbrá solamente la sagrada figura con un tono suave y dulcísimo, radiando por el fondo del cuadro el crepúsculo del misterioso asunto que representa. Jamás he visto una armonía de sombras y de luz tan grande, una figura tan muerta y una sensibilidad tan sentida á los ojos del artista y del espectador.

VIII.

POSICIÓN DE JESUCRISTO EN LA CRUZ.

Situación extraordinaria la que el acontecimiento y tenebroso lugar, cubierto de un ambiente arrepentido, como si temiera oír los amargos ayes de toda la creación, proporcionó á Jesús y la que hoy ofrecen al que contempla el cuadro. ¡Cuánta bondad también, qué momento de pasión tiernísima, era aquél en que tantas injurias iban á tener una bendición dulcísima. ¡El sentimiento humano apenas puede medir la transcendencia del *Último Suspiro* de Jesús.

Consumatum est.

Unido á la cruz por cuatro clavos, uno en cada extremo, descansando sus pies en un subpedáneo, vuelto el dorso á Jerusalem, según parece de la topografía del mismo sitio, presentándole mirando á Occidente, la cabeza coronada por tres ramas entrelazadas de espinas, dibujado con un arte y una perfección exquisita, cuyas áceradas puntas entran tan pro-

fundamente en la cabeza de Jesús, hiriendo tan cruelmente el cutis de su frente, que parece toman lozanía en la savia del cuerpo divino que mana á grandes gotas; su pincel penetra y se ahonda en los ojos entrevelados del Salvador, los que, inclinados al propio sacrificio, espiran invisibles dolores de una agonía de amor, las punzantes ilusiones de un supremo abandono, fundidas en la chispa de una próxima esperanza de un triunfo eternal. Sobre los labios de Jesus entreabiertos tal como lo han concebido los artistas, duermen plantos á medio exhalar, y parece que se nota cómo se extingue paulatinamente esa voz del Hombre Dios, cuyo eco oirá toda la cristiandad.

Descansando sobre su pecho, cubierta en parte por flotantes cabellos negros, la cabeza; el pecho correctamente dibujado, presenta con todo el cuerpo la posesión plena del reposo, que solamente conmueven los raudales de sangre que han de lavar la mancha original. Una gasa fina cubre las caderas del divino cuerpo, y la anatomía de todos sus miembros está ejecutada con tanta precisión como en el mármol de Cellini, y demuestran cuánto cuidado tuvo Casares en los más ligeros detalles de tan asombroso asunto. No conozco en pintura una agonía tan conmovedora. Además, el madero de la cruz y el Cuerpo Santo, apenas salen del fondo sino por el color amarillento de la madera, en la que se ven en detalle sus vetas y nudos, y en cuyo extremo superior léese la inscripción trilingüe, hebrea, griega y latina:

Jesus Nazarenus Rex Judeorum.

Se ve, pues, en este lienzo verdad anatómica, sublimidad de concepción, expresión altísima, perfección en los detalles, hasta la apariencia de la circulación de la sangre que riela por su cuerpo lanzada por sus heridas; pocos artistas saben escoger un poema del dolor parecido á éste. Nótase también ese naturalismo propio de Velázquez, y la individualidad de Cano, condiciones tan marcadas en los principales pintores de nuestra pinacotea nacional. Difícilmente la agonía de Jesús ha sido representada como por el estilo de nuestros

artistas; no está aquí la cruz en medio del melancólico y nebuloso paisaje, no tiene nubajes sobre la tierra, en confusa negación, ofrecíase llena de tinieblas al espanto del hombre, quien ante su vista y su conciencia así se presentaba su más apasionado testimonio del alma nebulosa; allí todo era oscuridad y angustia; solamente sobresalía el penoso sacrificio del más sufrido de los hombres.

VICENTE TINAJERO MARTÍNEZ.

(Concluirá.)



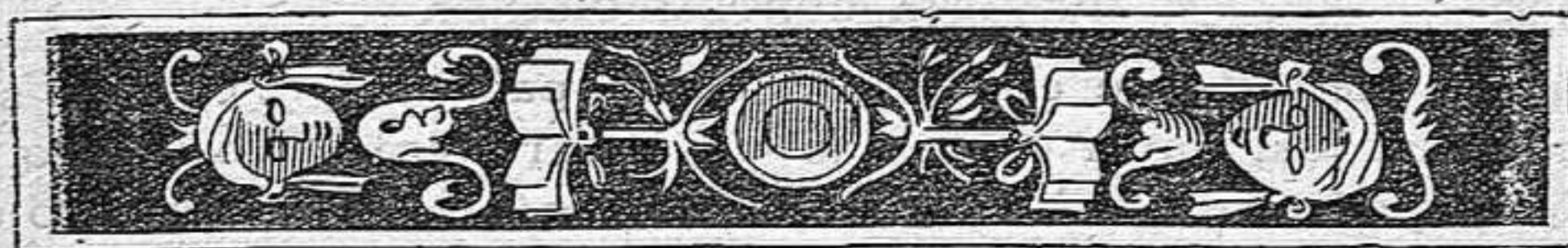


SONETO

¡Con qué placer tan grande volvería
A engañarme otra vez, y dos y ciento,
Escuchando el mentido juramento
Que de su falso amor ella me hacía!
Necia curiosidad llevóme un día
Á destruir mi dicha en un momento:
¿Qué me importaba la verdad del cuento,
Si oyéndolo contar me divertía?
Busque el sabio la ruta verdadera
Que sigue el hombre cuando cae inerte
Bajo los golpes de la parca fiera.
Yo no quiero pensar que eso es la muerte,
Y, mentira ó verdad, cuando me muera,
Aguardaré una voz que me despierte.

CONSTANTINO GIL.





LA EXPEDICION ESPAÑOLA Á ITALIA EN 1849 ⁽¹⁾

UNA tarde, ya anochecido, nos encontrábamos á los pocos días de ocupado Terni, en una hermosa alameda que servia de paseo y desahogo á la ciudad, cuando de repente llamaron nuestra atencion grandes voces que partian del extremo opuesto de la arboleda y que, pronunciadas en italiano, parecían pedir socorro. Corrieron el general Zavala y algunos oficialés de los que me acompañaban hácia aquella direccion, y no tardaron en presenciar el siguiente espectáculo. En el suelo aparecian tendidos dos hombres muertos y herido gravemente otro, mientras que por entre los árboles llegaban jadeantes dos paisanos, conducidos presos por unos soldados de cazadores, entre los que venia un corneta pequeño de estatura, recio de cuerpo y natural de Málaga. Bien pronto pudo saberse lo ocurrido. Insultados y provocados por el paisanaje los españoles desde su llegada á Terni, y deseosos de vengar lo ocurrido el dia antes con un granadero, que, como ya dije, fué atacado y perseguido por varios asesinos, habíanse reunido cinco soldados del batallon de Simancas, decidiendo

(1) Véase la página 200 de este tomo.

salir aquella tarde en busca de los paisanos, y caso de ser hostilizados, hacer con ellos un escarmiento. Excusado es decir que salieron de sus alojamientos sin conocimiento de sus jefes y contraviniendo las órdenes recientemente comunicadas. Una vez en la alameda, escondiéronse entre los árboles cuatro de entre ellos, mientras que el corneta, cuando hubo cerrado la noche, salió solo afectando pasearse inadvertidamente por los lugares más solitarios, sirviendo como de cebo á los que pudieran abrigar instintos criminales. No tardó aquel ardid en surtir el efecto apetecido, pues de repente, cinco paisanos, puñal en mano, abalanzáronse sobre el corneta, procurando rodearlo. Entonces, el malagueño, sin proferir un grito ni llamar en su auxilio á sus camaradas, tiró, más veloz que el rayo, de una enorme navaja que preparada traía, y empleando su gorra de cuartel con la mano izquierda para guarecerse de los golpes que le ases-taran, atacó rápidamente á uno abriéndole todo el vientre, hirió á otro en el corazón dejándole también tendido y muerto, y alcanzó de un tercer navajazo al que todavía pretendía hacerle frente, pues los dos paisanos restantes diéronse á la huida, siendo á los pocos instantes detenidos por los demás soldádos que acudian ya, advertidos por los lamentos del herido. La escena fué tan rápida como silenciosa y terrible (1).

Aquellos cinco asesinos, todos lombardos, habían pertenecido á las columnas de Garibaldi. Dispuse se formara consejo de guerra á los dos presos, pues el herido sucumbió al siguiente día; hice llamar al *confalonieri* (alcalde), advirtiéndole que en lo sucesivo haríale responsable de cuantas agresiones se cometieran contra nuestros soldados, añadiendo que nos importaba poco admitir en las calles la batalla que los garibaldinos habían evitado en el campo, exterminándolos sin misericordia si un solo hecho demostraba

(1) Siento no recordar el nombre del corneta, que con aquel hecho adquirió no escasa celebridad en la division. Interrogado poco después del suceso por mi ayudante, hubo de decir: *Pues ha sido lástima que el batallon estuviera de servicio, porque las mejores navajas entraron de guardia esta mañana.*

que seguian con el plan de hacernos víctimas parcialmente de sus indignas y alevosas asechanzas. Por fortuna, los asesinatos no volvieron á repetirse en ninguno de los pueblos sujetos á nuestras armas, pues en virtud de las órdenes que se comunicaron y de las disposiciones del bando, comenzaron á salir del territorio pontificio todos los extranjeros allí refugiados, la mayor parte genoveses, lombardos, vénetos y toscanos, quedando en pocos dias pacificado el país y en tranquilidad completa sus sencillos y honrados habitantes con quienes simpatizó mucho nuestra tropa, que, si es temible en país extranjero para sus adversarios, el carácter alegre y comunicativo que entre todas la distingue, hácela bien pronto fraternizar con las gentes inofensivas. Queriéndonos dar la ciudad satisfaccion de aquellos hechos, organizó, entre otros festejos, una representacion muy lucida en el teatro; á donde concurrió lo más escogido de la poblacion, haciéndonos un gran recibimiento y colmando de aplausos y de vítores á Su Santidad y á la Reina de España (1).

Dije ya que la vanguardia habia salido al siguiente dia de mi llegada á Terni, con objeto de ocupar el importante punto de Narni, ciudad en que habia permanecido Garibaldi muchos dias y que asumia no escasa importancia militar, no sólo porque domina una larga extension del curso del Nera, sino porque, situada al Noroeste de Rieti, cubre á Roma y domina el valle del Tíber. Tambien dije que Lersundi ocupó á Spoleto, á distancia de cinco leguas de Rieti y tres de Foligno, que era el punto más avanzado en los Estados Pontificios de los guarnecidos por los austriacos. Desde Spoleto podian ser fáciles las relaciones que estableciéramos con aquéllos y, de todos modos, quedaba completamente dominado el país desde la Toscana hasta el reino de Nápoles, en todo el territorio no ocupado por los franceses, que, como es sabido, no pasaron de las cercanías de Roma. Las

(1) Dispusieron las autoridades locales que en aquella funcion ocuparan los oficiales los palcos con las señoras, y que los soldados tomaran asiento en las lunetas, en donde se confundian con la masa del pueblo.

Marcas de Urbino, Ancona y Fermo, sobre las costas del Adriático, y la cordillera del Apenino hasta sus vertientes occidentales, quedaban así suficientemente resguardadas por los austriacos, mientras que los españoles dominábamos en la Umbría y en toda la campaña de Roma, desde la frontera napolitana á la altura de Spoleto, hasta el Mediterráneo, extendiendo nuestros cantones sobre las cuencas del Tíber y del Nera, guardando los pasos de la frontera y cubriendo el reino de Nápoles, asilo de Su Santidad en aquellos tiempos de turbacion. Cualesquiera que hubieran sido las circunstancias políticas ó las contingencias militares, era mi posición desahogada y segura, no ya sólo por Garibaldi, cuyos voluntarios ningún cuidado podían inspirarnos, sino también con respecto á los franceses, próximos como estábamos al país en que dominaban los imperiales, inmediatos también al reino de Nápoles, y en todo caso, perfectamente defendidos por la aspereza de aquellas sierras (1).

Estaba, sin embargo, poco satisfecho entonces de aquella situación, quizá por la única circunstancia de encontrarse los franceses en Tívoli, desde cuyo punto hubiéran sido fácil cortarme toda comunicación con Velletri por aquella parte, pues si bien quedábame, como ya he dicho, ante una complicación con Francia, paso franco por el interior del reino de Nápoles, para llegar al Mediterráneo estando además en libertad completa de atravesar la cordillera apenina, uniéndome á los austriacos, la contingencia de perder la fuerza y artillería que dejé en Velletri no podía menos de dar motivo á la preocupacion y al desasosiego. «De todos modos, decía en comunicacion oficial á Martínez de la Rosa de fecha 9 de Agosto, la cuestion militar está completamente resuelta, y creo, por lo tanto, que ha llegado el caso de saber qué extension de territorio debe ocupar cada uno de los cuerpos de las potencias interventoras en Italia.

(1) Por aquel tiempo se creyó inminente un rompimiento entre franceses y austriacos, estallando una guerra europea de consecuencias trascendentales, en la que España hubiera sin duda tomado parte, haciendo causa comun con Austria y Nápoles.

»V. E. sabe muy bien por qué série de circunstancias las
»tropas de mi mando han sido conducidas desde el campo
de Gaeta á los cantones que hoy ocupan en esta delegacion
»y en la de Rieti; pero esta situacion no puede admitirse
»más que como puramente transitoria y eventual; separados
»de nuestra escuadra, sin una plaza que nos sirva de apoyo,
»interpuestos los franceses en nuestra línea de comunica-
»cion con el mar y con los depósitos y hospitales de Velle-
»tri, la posicion de nuestra tropa, considerada bajo el as-
»pecto militar, es de todo punto falsa.» Éralo ménos de lo
que yo entónces decía, como más arriba he procurado de-
mostrar, pero conveníame de todas suertes exagerarla para
que mejorase en lo posible, provocando aclaraciones y recti-
ficaciones entre los plenipotenciarios, que todavía continua-
ban celebrando frecuentes conferencias en Gaeta. Martinez
de la Rosa contestó á mis reclamaciones con un largo des-
pacho, advirtiéndome que el Congreso diplomático había
resuelto, con anuencia del plenipotenciario francés, Mr. Rey-
neval, que los españoles pudiéramos extendernos desde el
Mediterráneo hasta los confines de la Umbría, situándonos
en la demarcacion de Tívoli, donde bien nos pareciera.

En todo aquel mes, sobre el propio terreno y en vista de
los hechos y acontecimientos, pude comprobar toda la exac-
titud de las noticias y toda la bondad de los consejos que
antes de mi salida dióme en Madrid el insigne general don
Antonio R. Zarco del Valle, que poseia, como es notorio,
la ilustracion militar más vasta y los conocimientos científi-
cos más completos que ha reunido en nuestra historia con-
temporánea general español alguno. Permítaseme que á
este propósito recuerde de pasada el inmenso crédito de
Zarco en las grandes potencias del Norte, cuando en 1838
gestionó en Europa el reconocimiento de doña Isabel II.
Diósele entónces el alto rango intelectual que le correspon-
día, obteniendo de los soberanos y generales extranjeros
distinciones, honores, títulos académicos, etc., que die-
ron celebridad universal á su nombre, y honraron al país
que le contaba en el número de sus hijos ilustres. Zarco,
con un conocimiento topográfico perfecto de la península

italiana, y con lucidez admirable, me indicó sobre el mapa, antes de mi salida de Madrid, los puntos y zonas que, según las noticias que por entonces llegaron á España, ocuparían los ejércitos mediadores, no habiéndose equivocado en una sola apreciación, según los hechos vinieron después á demostrarlo. Veterano aguerrido de Bailén y de la Albuera, inspector general del ejército del Norte en 1835 y 1836, prestando en aquel cargo y sobre los campos de batalla servicios esclarecidos á la causa liberal, ministro de la Corona varias veces, dejando á su paso por la dirección de Ingenieros recuerdos y tradiciones que no se borrarán nunca, elevando con trabajos perseverantes el crédito de aquel cuerpo al nivel de los primeros en Europa, presidente ó individuo de todas las Academias científicas españolas y extranjeras, vió Zarco desconocidos sus servicios, y fué postergado en su propio país, sin alcanzar de ningún gobierno la suprema jerarquía de este ejército, que tanto contribuyó á ilustrar... Verdad es, que, el desinterés y la modestia eran cualidades que descollaban en él por encima de sus merecimientos.

En la provincia de la Umbría, y situado en el centro de la media circunferencia que concurren á trazar los pueblos de Narni, Terni, Spoleto, Foligno y Perugia, encuéntrase sobre el alto Tíber el pequeño pueblo de Todi, con un puente sobre aquel histórico río. Por él atravesó Garibaldi cuando tuvo noticia de nuestra llegada á Rieti, después de abandonado Narni. Constituía Todi en aquellos momentos un punto estratégico de primera importancia, tanto por el puente, único paso que se encontraba en una larga extensión de la citada línea de agua, como por la naturaleza topográfica del terreno, que hacían aquella cuenca la mejor y más practicable para un ejército que se moviera de Norte á Sur, es decir, desde la Toscana hácia la Sabina y la frontera napolitana. Dispuse, en consecuencia, que no fuera Todi ocupado por fuerza alguna de las que dominaban en Terni y Spoleto, á fin de que si Garibaldi, que á la sazón vagaba por las Marcas apoyado siempre en las faldas del Apenino, realizaba, empujado por los austriacos, el intento de volver al país que poco antes había abandonado, encontrara paso

franco sin dificultad ni obstáculo por el puente de Todi, y que mientras yo con las fuerzas de mi inmediato mando le atraía por medio de algunas marchas y movimientos inseguros que le demostraran vacilacion y desconfianza, Lersundi se corriera rápidamente desde Spoleto hasta ocupar el puente de Todi, para lo cual le habia comunicado órdenes terminantes, quedando así Garibaldi sin retirada posible y encerrado entre mis tropas, las de Lersundi y Tíber, operacion de la que sin duda hubiera escapado muy escaso número de sus voluntarios. Mas aquel jefe, que en todas las ocasiones de su vida ha dado muestras de singular osadía, emprendiendo siempre operaciones muy superiores á sus medios, tuvo entónces por mejor resolucion la de seguir los consejos de la prudencia, optando, entre sostener un choque con los españoles y sufrir la persecucion de los austriacos, por el último término. Internóse, pues, en el Apenino, franqueando la cordillera én los dias 26 y 27 de julio, despues de haber encontrado cerradas por una poblacion hostil las puertas de Avezza, y el 29 penetró en Urbino, al lado allá de los montes, corriéndose sin abandonar sus fragosidades, por temor á la caballería austriaca, hasta la pequeña república de San Marino, en cuyo territorio depusieron las armas sus voluntarios y ganando él con algunos compañeros de infortunio, el puerto de Cesanatico sobre el Adriático, embarcóse en unas lanchas pescadoras el 2 de Agosto, fiando á las olas su fortuna. Algunos dias despues desembarcaba en el litoral de la Lombardía, despues de haber sufrido en el mar la persecucion de los buques austriacos que bloqueaban á Venecia, y buscando asilo en los Estados del rey de Cerdeña, desaparecia de la escena militar y política para pasar á América, y recoger despues en su patria preciados laureles en defensa de la libertad y de la unidad italiana.

Con la salida de Garibaldi quedaba terminada la guerra en los Estados Pontificios. ¿Cumplió su mision militar la division española en aquel teatro de sus antiguas glorias? No me corresponde, ciertamente, dar contestacion á esta pregunta; mas los hechos consignados en este trabajo, y afianzados con documentos irrecusables, expuestos quedan, para

que la opinion hoy, y la historia mañana, puedan emitir su fallo inapelable. Llamados á intervenir directamente y con las armas en aquella gran crisis europea, de cuyos accidentes y alternativas dependió tantas veces la paz del mundo, arribamos los españoles á Gaeta con la menguada fuerza de 4.000 hombres; si impolítica pudo ser mi gestion para que se nos señalara un puesto de honor en el asedio de Roma, no sufrió por esto detrimento alguno el de nuestra bandera, antes bien dejamos confirmado el deseo de verter nuestra sangre en defensa del principio que defendíamos: áun antes de que llegaran los refuerzos, con las pocas tropas de mi mando, avancé hasta llegar al teatro de la lucha, y habríamos seguramente tomado en ella una participacion directa, si en los últimos dias del sitio, y perdida toda esperanza de conservar á Roma, hubieran salido al campo los 20.000 soldados que la defendian, partido, que, en aquellos dias pensaron tomar los jefes de la revolucion; y cuando despues, aunque ya con los refuerzos, fué necesario arrojar de los Estados Pontificios á Garibaldi y defender á Nápoles de una invasion segura, garantizando la independendencia de aquel reino y la seguridad personal de Su Santidad, hicimos cuanto nos fué posible para conseguirlo, obteniendo un éxito completo. De modo que, si en 1849 no se ilustró nuevamente en Italia el nombre español con algun hecho de armas victorioso, culpa fué de las circunstancias ó de la suerte, que no nuestra, pues con harto empeño le perseguimos y buscamos.

Hasta el 13 de Agosto tuve necesidad de permanecer en Terni, atendiendo á los muchos asuntos de gobierno que surgieron en aquella provincia, y que resolví de acuerdo con monseñor Bella, comisario extraordinario de Su Santidad. Dias antes, y cuando tuve conocimiento oficial de la llegada á Roma de los tres cardenales que debian componer la comision gubernativa del Estado, encargué á D. Serafin Estévez Calderon pasara á la capital con una expresiva carta de felicitacion en nombre de la division española, y por la cual además resignaba en los tres cardenales el mando de aquellas provincias. Mas precisamente, y en el mismo dia en que Calderon era admitido á la presencia de aquéllos, recibia yo

en Terni el siguiente despacho, expedido en Roma el 4 de Agosto :

«Excmo. Sr.: Designados por Su Santidad para tener
 »el alto honor de representar su soberanía en Roma y en to-
 »dos sus dominios, formando una comisión gubernativa del
 »Estado, según hizose público con fecha 1.º del corriente,
 »hemos creído de nuestro deber ponernos inmediatamente
 »en comunicación con V. E. para establecer la buena inte-
 »ligencia que debe reinar entre la autoridad gubernativa y la
 »fuerza armada que bajo las órdenes de V. E. tan generosa-
 »mente ha intervenido en el restablecimiento del gobierno
 »pontificio, dejando, sin embargo, intactas la autoridad de
 »V. E. en esas provincias y las ordinarias relaciones que ya
 »antes subsistian y que deben continuar entre V. E. y la del
 »comisario extraordinario pontificio. Tenemos viva fé en las
 »reiteradas y conocidas dotes y deseos de conciliación de
 »V. E. de acuerdo con los de su Augusta Soberana, y espe-
 »ramos que no se alterará nunca la que felizmente exis-
 »te entre la representación pontificia y el mando del ejérci-
 »to español en estos dominios. Entretanto, tenemos el ho-
 »nor de enviar á V. E. nuestros vivos sentimientos de estima
 »y consideración. — *Firmado.* — *El cardenal de la Guenga.* —
 »*El cardenal Vannicelli.* — *El cardenal Altieri.*»

Á este oficio contesté con el siguiente :

«Eminentísimos señores: Con la mayor satisfaccion he
 »recibido el escrito de Vuestras Eminencias, fecha 4 del cor-
 »riente, por el que se sirven manifestarme los deseos de po-
 »nerse inmediatamente en relacion conmigo para la buena
 »inteligencia que debe existir entre las tropas de mi mando
 »y la autoridad gubernativa, dejando intacta mi autoridad en
 »estas provincias y las relaciones que ya anteriormente man-
 »tenia con el comisario extraordinario pontificio.

»Vuestras Eminencias pueden tener la seguridad de que
 »S. M. C., mi Augusta Soberana, al confiarme el mando de
 »las fuerzas españolas de operaciones en los Estados de la
 »Iglesia, dióme uno de aquellos cargos que acepté en la se-
 »guridad de que mi celo por su mejor servicio y por el deseo
 »de conciliación, que igualmente animan á Vuestras Eminen-

»cias, sería el mejor medio de cumplir su régia voluntad.
 »No dudo, por tanto, que las buenas relaciones y armonía
 »que hasta hoy han existido entre las autoridades de Su San-
 »tidad y la mia, continuarán existiendo del mismo modo,
 »como espero lo habrá hecho presente á Vuestras Eminencias
 »el Excmo. é Ilmo. Sr. Ministro togado del Tribunal Supremo
 »de Guerra y Marina, D. Serafin Estévez Calderon, á quien
 »envié cerca de esa comision Soberana, para cumplimentar
 »en nombre de las tropas españolas á Vuestras Eminencias,
 »por su elevacion al alto puesto que tan dignamente ocupan.
 »Cuartel general de Terni 9 de Agosto de 1849.—*Fernando*
 »*Fernandez de Córdoba.*»

Excelentes relaciones conservaba tambien con los napolitanos y austriacos, cuyas tropas ocupaban cantones vecinos á los nuestros. El 2 de Agosto escribióme Nunciante desde Avezzano una expresiva carta de despedida, pues el Rey habíale dado orden de salir sin tardanza para Sicilia, con algunos de los cuerpos que mandaba en la frontera. En cuanto al general Wimpffen, que gobernaba el cuerpo de ejército austriaco y que personalmente habia tenido la bondad de venir á visitarme á Palestrina y á Castel-Madama, hube tambien de escribirle desde Terni, manifestándole cuánto habia sido mi sentimiento por haber salido ya de aquellos pueblos á su llegada, privándome así del gusto de conocerle. No se encontraba ya en Ancona el 1.º de Julio, dia en que llegó mi carta á su cuartel general, mas recibíola el de la misma graduacion, conde Strafolo, que en ausencia de Wimpffen habia quedado á la cabeza del ejército, y el cual, con la más fina cortesía, escribióme una expresiva y satisfactoria carta. Sólo, pues, con los generales franceses continuaba la division española sin haber entablado hasta entonces relaciones particulares de buena vecindad (1).

(1) Hé aquí la citada carta de Nunciante, de 2 de agosto:

«Excmo. Sr.: Habiéndome dado S. M. el Rey, mi señor, un nuevo destino, así como á varios cuerpos de las tropas que hasta ahora se hallaban á mis órdenes, disuelvo mi cuartel general, y hoy mismo me dirijo á Lora para pasar á Nápoles. Antes de abandonar estos lugares, creo de mi deber despedirme de

El 13 de Agosto salí de Terni, acompañado sólo de mi Estado Mayor y la escolta, con objeto de revistar las tropas acantonadas en Spoleto al mando de Lersundi. En pocas horas recorrimos á caballo las 18 millas que separan las dos ciudades, sobre un excelente camino que atraviesa los campos más hermosos de la Italia meridional. Encontrábase en Spoleto el general Lersundi, con un batallón de la Reina Gobernadora, el de cazadores de Simancas y el escuadrón napolitano de Colonna, cuyo excelente porte y perfecta policía moviéronme á escribir al duque de Rivas haciendo un justo elogio de aquellas tropas, con objeto de que en mi nombre se sirviera transmitirlo al Rey de Nápoles. Dos dias me bastaron para revistar aquellos cuerpos, reconocer el país

V. E., considerándome altamente honrado por haber estado en correspondencia con un personaje de cualidades tan eminentes y de cuya amabilidad y cortesía soy verdadero admirador.—*El general Fernando Nunciante.*—Cuartel general de Avezzano 2 de agosto de 1849.»

Tambien deseo dar á la estampa la carta que dirigí á Wimpffen el 31 de julio y la contestacion del general Strasfoldo. Hé aquí el texto de estos documentos:

«Señor general: Antes de que la política y las órdenes del gobierno de la Reina, mi augusta señora, me hicieran venir á Italia, tenia vivos deseos de conocer á V. E., cuyo ilustre nombre es tan justamente apreciado entre nosotros. Ha sido, pues, grande mi sentimiento cuando he sabido la atencion que de parte de V. E. he sido objeto, y mi poca fortuna en no haberme hallado ni en Valmontone ni en Palestrina cuando V. E. llegó á estas poblaciones para honrarme con su visita. Posteriormente me he lisonjeado con la esperanza de ver á V. E. en esta ciudad, suponiendo que de Roma seguiria V. E. el camino de Ancona; pero no he sido más feliz que en aquellas dos ocasiones. Me toca á mí, pues, cumplir con un deber de atencion y justa correspondencia devolviendo á V. E. la visita, que me propongo hacerle tan luego como me lo permitan las perentorias ocupaciones que aquí me retienen.

»Pero hasta tanto que pueda realizar mis deseos, debo noticiar á V. E. que las tropas de mi mando están divididas entre Spoleto, Terni y Rieti, que ocupan en fuerza, y que para el caso no probable de que Garibaldi retrocediese hácia las fronteras de la Umbria, seria muy conveniente que los gobernadores de Perugia y Foligno se pusiesen en activa comunicacion conmigo, á fin de obrar en combinacion con las tropas de S. M. I. y prevenir los designios de aquel jefe.

»Por confidencias dignas de crédito sé que en esta ciudad, en la de Narni y otras de la circunscripcion hay varios individuos de las bandas de foragidos

vecino y visitar la ciudad, no ménos interesante por cierto que las que ya conocíamos en aquella parte de la península. Fué Spoleto capital de la Umbría hasta la invasion de los longobardos, y posee mōnumentos históricos de gran estimacion, entre los cuales algunos, convertidos en ruinas, son de fecha anterior á la dominacion romana. Llamaron especialmente nuestra atencion los restos de un magnífico teatro; los de un palacio en que, al decir de los naturales, se aposentó Teodorico, y la iglesia del Crocifisso, edificada fuera de la ciudad y sobre los restos del que fué templo de la Concordia. Como recuerdo histórico muy preciado por sus habitantes, tiene Spoleto el de haber salvado á Roma por la resistencia que opuso á Aníbal y la batalla que las legiones

que tantos crímenes han cometido en Ancona, y que hoy se pasean tranquilamente con toda impunidad. Tal vez seria, pues, conveniente, si V. E. lo juzga del mismo modo, que uno ó más individuos de la policia de Ancona, que conozcan particularmente á aquellos criminales, vengán aquí con el fin de arrestarlos, entregándolos á los tribunales.

»Aprovecho con el mayor gusto, señor general, esta ocasion para ofrecer á V. E. los sentimientos de mi más distinguida consideracion. Cuartel general de Terni 31 de julio de 1849.—El teniente general, Fernando Fernandez de Córdoba.»

«Señor general: En ausencia del teniente general Conde de Wimpffen, que se encuentra en este momento en Florencia, y al cual voy á trasmitir la carta oficial que V. E. le ha dirigido, me apresuro á comunicarle su recibo, asegurando á V. E. que los dos apreciamos los sentimientos de buena vecindad que para nosotros le animan, y que yo particularmente aprovecho la ocasion para establecer comunicaciones oficiales entre los cuerpos de las dos naciones aliadas y con el ilustre jefe de las armas españolas.

»En cuanto á los movimientos de las bandas de Garibaldi, si amenazasen volver al país ocupado por las tropas españolas, nos apresuraríamos á dar á V. E. conocimiento; pero perseguidas por los cuerpos austriacos que han sido destacados á su encuentro, han seguido la direccion de Castiglioni, Fiorentino, Santa Angelo-Invado, Carpegnano, hasta que, debilitados por numerosas deserciones, han entregado las armas en la república de San Marino. Garibaldi se ha visto obligado á una capitulacion, por la cual, desarmando todas sus bandas y entregando las cajas, ha tratado de procurarse los medios de embarcarse para la América. Pero valiéndose del tiempo indispensable para la ratificacion de esta convencion, ha aprovechado la noche para huir con 40 individuos por un camino menos guardado, consiguiendo llegar á Cesenático, en donde se ha amparado de algunos barcos pescadores para embarcar su per-

ganaron cerca de la ciudad sobre las huestes del vencedor de Trebia. La población, que se manifestó muy hostil en los primeros días de nuestra ocupación, hizo, no obstante, muy buen recibimiento y mucha mejor despedida, por la circunstancia, sin duda, de haber concurrido nuestras tropas á extinguir un incendio en la misma noche en que pasé la revista, y haberse conducido los soldados con singular arrojo en el siniestro, salvando la vida de algunas personas y tres ó cuatro edificios amenazados. No salí de Spoleto sin haber autorizado á Lersundi para que aceptara la invitación de que fué objeto por parte del general que mandaba la brigada austriaca de Peruggia, rogándole asistiera á la fiesta que debía celebrarse en aquel punto con motivo de ser el 18 el

sona, sus efectos y sus acompañantes. No se conoce todavía la dirección que ha tomado.

»Los cuidados y medidas que debemos guardar para la seguridad pública exigen ciertamente apoderarse de los bandidos que han cometido tantos crímenes en los Estados del Santo Padre. Ya he conseguido apoderarme de un buen número en Ancona, en Sinigaglia y en Pesaro.

»Me dice V. E. que todavía se encuentran en varias poblaciones del país ocupado por vuestras tropas muchos criminales, y voy á ponerme en relación con el comisario extraordinario, monseñor Savelli, para poder descubrir con el apoyo de V. E. y entregar á los tribunales á esos bandidos, cuya presencia debe justamente agitar las autoridades y las poblaciones.

»Recibid, señor general, las seguridades de la más alta consideración, con la cual tengo el honor de ofrecerme vuestro servidor.—El teniente general, conde de Strasfoldo.—Ancona 5 de agosto de 1849.»

Por su parte el barón D'Aspre me escribía desde Florencia el 4 de setiembre:

«Señor general: Habiéndome informado el comandante de mis tropas estacionadas en Foligno de los procederes atentos que han existido entre ellas y las de S. M. C. estacionadas en la Umbría, no puedo dejar de expresar á V. E. mi agradecimiento por las demostraciones de amistad y cortesía de que mis oficiales fueron objeto en Spoleto y en Rieti.

»Empleadas en el mismo objeto las dos naciones, posible es que las circunstancias nos pongan en relación más inmediata, y me sería muy agradable en caso semejante corresponder á tantas atenciones por una cordialidad que no podría dejar de ser ventajosa á la causa común que defendemos.

»Aprovecho esta ocasión para asegurar á V. E. la perfecta consideración con la que tengo el honor, señor general, de ofrecerme vuestro servidor,—D'Aspre.»

santo del Emperador. También dispuse que ese día hiciera nuestra batería de campaña en Spoleto las salvas de ordenanza en honor de S. M. I.

Y ya que de esta fiesta me ocupó, espero que no se leerá sin deleite la descripción que hizo D. Serafin Estévez Calderon de la que tuvo lugar en el mismo Spoleto el 19 de Noviembre de aquel año, en celebración de los días de doña Isabel II, y que, dirigida en forma de carta y bajo el pseudónimo de *El Solitario* á uno de los periódicos madrileños, reúne al interés del relato los encantos de aquel inimitable estilo que hizo de Serafin Calderon una de las glorias de nuestra literatura. Decía así:

«SPOLETO 20 de noviembre.

» Los días de nuestra Reina se han celebrado en Spoleto con grande brillo y esplendor, con un baile que aun rayara muy alto en una capital de primer orden. Puesto que era necesario festejo, había de ser á la española; es decir, con la mayor magnificencia posible. Esto se requería, porque estando Spoleto en confin con las guarniciones austriacas y francesas, cuyos oficiales habían de asistir á la función, debían encontrar, además de un afectuoso acogimiento, algo de digno y de sorprendente.

» Es por cierto muy notable que en Spoleto los festines, saraos y banquetes hacen siempre maridaje con recuerdos de la grandeza española. Todavía se habla entre las gentes de aquella ciudad, y se conservan en sus archivos memorias y documentos de la esplendor y largueza con que hace más de tres siglos se celebraron por aquellos salones y alcázares los esponsales de la famosa Lucrezia Borgia con el duque de Spoleto. Las riquezas y tesoros prodigados en aquella ocasión por la comitiva de españoles y aficionados á la casa de Borgia fueron tales, que de ellos tomaron razón los protocolos de la ciudad, datándose desde entonces la introducción en Italia de muchos inventos de opulencia y lujo, y en el ramillete y repostería exquisitas innovaciones que duran todavía en el arte. La especie de tornaboda que al cabo de tres siglos han celebrado los mismos españoles, si más redu-

cida en duracion y tiempo, no ha sido por cierto menos abundante, opulenta y magnífica.

»En una ciudad de grandes recursos no es imposible el improvisar un festin de grande aparato, si hay dinero á mano y voluntad de gastar; pero en un pueblo del interior, de escasos recursos, y donde tales acontecimientos son muy raros, tiene algo de mágico el poder realizar en pocas horas uno de esos sueños de la magnificencia y de la esplendidez.

»El general Lersundi, que tiene á su lado muchos de esos jóvenes de los que abundan en nuestro ejército, así familiarizados con las balas como con las aspiraciones del buen gusto y del amor á lo bello, ha podido vencer la dificultad en muy pocas horas. Cada cual se puso á la tarea; salieron emisarios por todas partes para recoger los elementos necesarios al caso, y por instantes se miraba crecer la obra y acercarse á su perfeccion. En cuanto al local, acomodado para el sarao, no podia haber gran dificultad en una ciudad de Italia, en donde, como todos saben, son más comunes los palacios que en otras partes las casas humildes y chozas, y por cierto que Spoleto no es la que ofrece edificios menos notables y espaciosos. Sin embargo, la eleccion recayó sobre el palacio de ayuntamiento, pues habiendo de ser el festejo con carácter público y donde todas las clases habian de concurrir, era necesario resolver de antemano las cuestiones de etiqueta y de amor propio.

»Para salon de baile se escogió un aposento anchuroso, de elevado arteson, y que podia tener cien piés por cada uno de los cuatro frentes. Sendas piezas de paño blanco, desarrollándose por todas partes, cubrieron bien pronto el pavimento, al paso que se entapizaban las piezas inmediatas con otras alfombras de diverso matiz. Los muros se vistieron de tela blanca, tachonada con estrellas de oro, si bien el testero ó fachada resaltaba cubierto de damasco encarnado, por ser el lugar que habia de ocupar el retrato de nuestra Reina. Su faz hermosa se miraba en un retrato de medio cuerpo, adornado el pecho con la banda de María Luisa, y todo el cuadro rodeado de una cornisa tan curiosamente grabada como dorada con gran riqueza. El dosel era tambien de damasco or-

lado con franjas de oro, y una escalinata elegante y graciosa daba subida al s^ol^o, que lo formaba un sitial de no menor riqueza y lujo, por sus dibujos y filigrana, que la cornisa del cuadro. Sobre el fondo blanco y tachonado de oro de que hemos hablado se desprendian anchas fajas de nuestros colores nacionales, el encarnado y el amarillo, coronándose todo con un friso de flores y laureles. Al propio tiempo se desprendian de la cornisa hermosos colgantes y festones de flores, cruzándose en sus anchurosas orlas, pues allí principiaba el uno donde tenia su centro el anterior. Sobre el friso de laurel se encontraban de trecho en trecho unas como diademas traspasadas por flechas ó punzantes de rojo y blanco, de azul cristina y de amarillo. En medio del pavimento se miraban las gloriosas armas de nuestra monarquía, de castillos y leones, y en ellas sobrepuesta una corona inmortal. Todos estos arreos lucian ricamente con el gran número de girándulas de cristal, candelabros y mecheros de bronce, que sostenian y columpiaban un número inmenso de luces y de antorchas.

»Esta mágica estancia tenia su entrada por tres arcos, llenos tambien de adornos y de guirnaldas, así por su parte exterior como por el reverso, y enfrente de esta arcada, dejando siempre ancha calle para el ingreso y para la comunicacion, se alzaba una triple galería, igualmente entapizada de blanco, ofreciendo ancho y cómodo lugar para más de cien músicos. Desde este ingreso por todos los vestíbulos, y desde el arranque de la escalera hasta el zaguan, todo se miraba asimismo alfombrado y con grande iluminacion, viéndose de trecho en trecho, hasta el atrio de la casa, hombres de librea con hachas de cera en la mano.

»Se entraba luego á otro aposento, donde algunos hubieran encontrado el *buffet*; pero siendo todo fabricado á la española, allí vimos nosotros verdaderamente las mesas para sentarse y cenar. Con efecto, en forma de semicírculo, reinaba en todo el rededor de lo ancho de la sala una mesa cubierta de cuanto puede antojársele al capricho más goloso ó al gastrónomo más inteligente. Para ahorrar de palabras, diremos que allí se veian, con sus atributos, los tres rei-

nos, los cuatro elementos y las cinco partes del mundo, y como que Spoleto tiene fama por sus trufas, se deja entender á los aficionados el agradable condimento que para aquellos platos se encontraria. Como en aborrecimiento del vacío, y como para llenar el hueco del medio círculo, se miraba otra mesa, redonda en la figura, que daba cabida á todas las golosinas, dulces, conservas y alcorza que habian rebosado de los aparadores principales. Mas aunque con cierta pena, dejaremos esto para indicar sólo el aposento de descanso y de juego. Fué de descanso verdaderamente, porque apenas entró nadie por las puertas, todos embebidos en placeres más vivos y gustosos, y sólo se miraban entrar proyectos para fumar algun cigarro, pudiéndose asegurar que ni una sola baraja llegó á desenvainarse.

»El camarín de las señoras, con gran copia de flores, ramilletes y espejos, era un arsenal por las mesas y consolas que allí habia llenas de guantes, pomos de olor, esencias, alfileres y demás herramientas para hacer más matadora la hermosura y para reparar, ó los agravios del tiempo, ó los deslices de alguna mano indiscreta, ó de algun contratiempo bailarín. Las camareras ó mozas de servicio que allí cuidaban de tales enseres, bien merecían haber echado tambien su cuarto á espadas en el baile por lindas; y como para desagravio de este desman indispensable, pues preciso es que haya quien sirva, iban á hacer locutorio de tiempo en tiempo á algunos de los aficionados más bien al zueco que no al alto coturno de la tragedia del amor.

»Como el teatro se acabó temprano, pudo romperse el baile á las diez de la noche. Habian sido convidados á él de los pueblos inmediatos los oficiales de nuestros cantones de Rieti, Terni y Narni, y muchas damas y señores notables de estas ciudades, y á otras se enviaron invitaciones á las guarniciones respectivas de austriacos y franceses. Ó algun retraso en el aviso, ó lo desabrido del tiempo, hizo que éstos no concurriesen á dar más brillo á la funcion; pero los oficiales austriacos se presentaron de grande uniforme al entrar la noche, conducidos por varios carruajes.

»El convite para el pueblo fué muy copioso, pues siendo

el obsequio en general, todos debían participar de él, y por lo mismo la concurrencia debió ser numerosa y animada. A poco más de las diez se describió el retrato, al son de nuestra marcha real, desempeñada con la variedad de instrumentos y con la maestría que puede considerarse cuando se trata de música y en una ciudad principal de Italia. Entre todos los profesores se distinguían por su ejecución, facilidad y destreza en el modular un butzen, dos ó tres trompas y algunos instrumentos de viento.

»El general Lersundi encargó hacer los honores de recibimiento á la señora condesa Pianchiani, nacida princesa Rospoli, señora tan cortés y tan amable, que, sin embargo de tener ya expedido su equipaje para Roma, en cuanto supo la noble distinción que se le encargaba, hizo suspender su viaje y enviar por sus maletas y fardaje, que ya estaban á dos jornadas, volviendo á emprender la marcha á las pocas horas de concluido el baile. Esta dama, que conserva restos de una singular belleza, reúne también esa autoridad en la persona y esa gracia en los modales, que son los distintivos del uso y hábito de la corte y de la gran sociedad. Por lo mismo no es de extrañar que desempeñase su comisión tan á gusto de las damas aristócratas cuanto de las señoras de mediana clase, acogiéndolas á todas con iguales miramientos y benevolencia.

»Todo lo notable en la ciudad por belleza y juventud, cuanto por otras circunstancias, acudió al festejo, si bien la premura del tiempo impidió que viniesen las que residían en los lugares circunvecinos. Se distinguían entre las señoras las condesas Montani, Trabaglini, Parenisi y Pila; las esposas del comisario de la Umbría y del gonfaloniero, llamando la atención por sus gracias y atractivos las señoritas de Toni y Poli. Si con los hombres puede haber fortuna, puede decirse que el baile fué dichosísimo, pues los había por parejas, por docenas y hasta por cientos, de todas clases, de toda traza y de toda dimensión, no faltando alguno que otro jóven del pueblo que se distinguía por su buen porte y elegancia. Entre los caballeros provecos y de importancia que concurren, no podemos menos de notar al Sr. Genga, her-

mano del cardenal; al comisario gobernador de la provincia; á los condes Pianchiani, Pila, Montani y Morelli, y á todos los individuos del municipio y ayuntamiento.

»No habia de faltar en esta funcion la tentacion del diablo; es decir, sus correspondientes amenazas y combinaciones de los revolucionarios para las señoras que concurriesen al baile. Hubo en efecto su pasquinada, concebida en los términos consabidos entre el lacrimatorio y sanguinolento, y escrita con palabras altisonantes y tremebundas; interpretadas en castellano, montaban tanto como decir: «Los franceses, los austriacos y los españoles han sido los asesinos de nuestra libertad. ¡Maldicion á la mujer que estreche su mano con ellas en el baile!» Como estas frases, incluso los autores de ellas, se estiman allí en el valor verdadero que tienen, ello es que las señoras asistieron todas y los hombres más de todos, segun la abundancia que de ellos habia; bien es verdad que los que se sospechaban autores del inocente desahogo se propusieron darle otra peor estocada al baile cenando por mayor y bebiendo por las mil y quinientas; pero aún en esto fueron desgraciados, pues engulleron lo suficiente para tener cólico, y no lo bastante para hacer mella en las provisiones.

»Se bailaron cuadrillas, valeses, galops y otras diversas mudanzas, faltando sólo aquella veneranda contradanza, delicia de nuestros primeros años, y que contaba por cifra treinta y dos medias figuras. Al panteon donde yacia la antigua contradanza, con otros bailes y compases de pies, irán tambien muy pronto á reunirse las cuadrillas francesas, segun la negligencia y aún desaliño con que ya se bailan. Se cercenaron las piruetas, las campanelas y los batidos, se simplificaron las combinaciones y los pasos, y ya ha quedado sólo de aquel artístico conjunto unos como pasos de centinela ó juego de los cuatro cantones, en que no hay, no ya estudio ni arte, pero ni aún elegancia ni gallardía. Lo más vistoso fué sin duda la polka, porque con música nueva y original tomada de las bandas austriacas y con oficiales húngaros y bohemios, de los que asistian al baile, se ejecutaba este paso con grande animacion, propiedad y placer para los ojos. Parecian muy bien con el compás vivo de este aire y

las riquezas de adornos con que la embellecía la banda de música, el ver los mancebos austriacos con sus uniformes blancos y grises cortados galanamente lanzarse violentamente con sus parejas por el ámbito del pavimento, medirlo avanzando y perdiendo terreno, cambiando y trásmudando el paso, con los ademanes airosos y elegantes propios de este baile. Ya algunos de nuestros oficiales han cogido el arte y secreto de estas mudanzas, y por cierto que no se quedan atrás en la gallardía y gracejo con que las ejecutan, glosan y modifican. Cuando regresemos á España, las lindas aficionadas al baile recibirán éste como de primera mano, sin adulteracion alguna, que siempre será buen hallazgo, si se cuenta además con la revindicacion de los corazones de sus antiguos amantes, que, á pesar de todo, no suspiran por otra cosa que por volverlas á ver.

»Después de media noche, las señoras, conducidas por el general y los oficiales más condecorados, tomaron asiento en las mesas, y comenzó á servirse la cena, resonando en tanto la orquesta con otras piezas escogidas. Como no somos glotonos, no queremos entrar en los pormenores de los manjares ni del buen desempeño en ellos del arte de la cocina, pues sería supérfluo hablar de esto en Italia; pero bastará decir, en cuanto á vinos, que de Champaña, Burdeos, Chipre y otros vidueños se miraban en el aparador quinientas y más botellas, por no contar otros de menor calidad, por ser del país.

»Regresando las señoras al salon del baile, entró el verdadero crujido de huesos y rechinar de dientes, pues vinieron á las mesas en escuadron cerrado las almácigas de hombres que por aquí y por allí acechaban el instante suspirado. Los oficiales austriacos ocuparon un lugar adecuado para ser servidos con prontitud, teniendo á su lado, y como de camaradas, otros oficiales españoles, que por saber el italiano ó el francés se podian dar fácilmente á entender con ellos. Los oficiales napolitanos del escuadron que siempre acompañaba esta division ocuparon otra mesa, y en ella el coronel Colonna, que tantos recuerdos tiene por su apellido con la historia militar de España, estuvo al lado del general Lersundi,

ocupando el otro el ministro del Tribunal Supremo de Guerra y Marina, D. Serafin Estévez Calderon, que á dicha se encontraba en Spoleto en celebracion de este festejo. En tanto circulaban de mano en mano, y estampados en papel con orla, unos versos en italiano de no escaso mérito, é improvisados en la mañana por un poeta novel, llamado Merlini, natural del país, y muy aficionado á los españoles.

«Los versos son éstos:

Come sole aqui di che rinasce,
 Tutto avviva con luce novella
 Così allieta il tuo nome, o Isabella,
 O qui giorno che adorno ne vien.
 Fra gli augurii, fra gli inni, fra lodi
 Osa pure il mio labbro mi accento
 E vorrebbe, sull'ali del vento
 Valicare l'Ibero tirren...

Ma ricade per l'ansia il desire
 Dalla cetra mia mano decliná
 E un silenzio modesto, o Regina,
 D'ogzi carne piú dotto sará
 Non sia vate che basti á tal canto:
 Niun encomio il tuo nome pareggia
 Al tuo nome fá salve la reggia
 Al tuo nome le tante cittá.

»El sonido de estos versos se ahogó muy pronto con el fracaso, el ruido de los tenedores y trinchantes, el estampido de los cañonazos del Champaña, y con aquella algazara bucólica y humor apacible que se deja notar en semejantes casos, interrumpido de cuando en cuando con la precipitacion de alguna botella, el bautismo en salsa propinado por algun sirviente inadvertido ó rústico, y con otros accidentes de este jaez. Este acto bucólico se deja entender muy bien que sería mucho más dilatado que el de las señoras, pues siempre el macho es más voraz que la hembra, y por lo mismo algunas señoras, ó por despecho ó por hastío de verse solas, hicieron mutis y desampararon el baile. Á remediar este desman acu-

dieron otros nuevos bailarines, y desprendiéndose al fin del plato y del vaso los demás caballeros, renació el baile con nuevos bríos. Á las cuatro estaba ya casi desierto el salon, y poco despues se sirvió el ponche y el té para despedida de los oficiales austriacos, que regresaban á Peruggia y Foligno.

»La cordialidad que ha reinado siempre en Spoleto entre los habitantes y las tropas españolas desde que la guarnecieron ha resaltado singularmente en esta ocasion, tomando todos con el mayor interes y como cosa propia el festejar los dias de la Reina de España. Sin esta buena voluntad y sin esta fineza, hubiera sido imposible, á despecho de todo sacrificio, el haber podido improvisar ni el local del baile ni disponer el aparato necesario para semejante funcion.

»El 19 de Noviembre de 1849 será sin duda un dia que recordarán con igual placer los habitantes de Spoleto y los españoles que componen la division del general Lersundi.—
El Solitario.»

Con el mismo objeto que me llevó á Spoleto, emprendí algunos dias despues desde Terni, una excursion á Narni, habiéndome alojado, para deferir á las reiteradas súplicas de monseñor Guiseppe Galligari, en su palacio arzobispal, recibiendo una hospitalidad verdaderamente régia, á la vez que muchos y muy interesantes pormenores de labios mismos del prelado, relativos á la permanencia de Garibaldi én aquel punto. Obsequió el obispo con un banquete á la oficialidad del batallon de Ciudad-Rodrigo, que le guarnecia, en cuya fiesta no faltaron brindis ni vivas en honor de la España y de las tropas. Precisamente Narni es un punto donde la tradicion y los recuerdos eran poco favorables al nombre español, pues edificada la ciudad sobre una elevadísima montaña, hízose fuerte en 1527, cuando los soldados de Cárlos V hubieron tomado y saqueado á Roma. Desparramadas aquellas huestes por las ciudades inmediatas, presentáronse algunos cuerpos á la vista de Narni el 14 de Julio de aquel año memorable, y encontrando cerradas sus puertas, entráronla por asalto, no sin que precediese una porfiada resistencia, ni sin que los vencedores cometieran en ella iguales

excesos con que señalaron en la historia su paso por la Ciudad Eterna. Todavía pudimos observar en 1849 las ruinas y vestigios que en pos de sí dejaron nuestros compatriotas del siglo XVI en la ciudad de Narni; mas precisamente aquellos recuerdos, avivados por la presencia en aquel año de los soldados españoles, sirvieron para realzar la perfecta disciplina que éstos guardaron, y que no se desmintió con un solo desmán cometido en ninguno de los pueblos sujetos á nuestra dominación. Probaríalo, cuando no la despedida que me hizo el 20 de Agosto aquella ciudad saliendo una multitud inmensa con el obispo á una legua de distancia, los certificados y exposiciones que de aquel ayuntamiento, como de todos los de los demas puntos, conservo originales. «Narni, »segun Gutierrez de la Vega, ciudad antiquísima, y contra »cuyos monumentos parecen haberse desatado las guerras, »los incendios y hasta los fenómenos naturales, está hoy, »como estaba antes, en medio de aquella deliciosa floresta »donde tenian sus poéticas quintas y encantadoras moradas »los romanos; pero ni en sus montes se alzan los templos »de Venus y de Baco, númenés tutelares de aquellos sitios; »ni en sus pedestales existen las magníficas estatuas con que »honraba á sus grandes hombres; ni la vía Flaminia corre »entre sus suntuosos sepulcros; ni conserva aquellos baños de piedra preciosa de la suegra de Plinio el jóven, la célebre »Pompeya Celerina. ¡Cuántos monumentos han destruido »allí el hombre y la pesada mano de los siglos!»

Organizadas aquellas provincias bajo la autoridad de los delegados pontificios, restablecido por todas partes el orden moral y material, sólida y militarmente ocupados los puntos de mayor importancia, ninguna razon militar ni política me obligaba á permanecer en el territorio, mas antes bien, era necesaria mi presencia en Velletri, para seguir las instrucciones de mi gobierno (1) y estar á la mira de los aconteci-

(1) El ministro de la Guerra me escribia con fecha 3 de setiembre:

«Mi general y muy querido amigo: He recibido la apreciable de Vd. del 21 de agosto y las comunicaciones oficiales de aquel correo *reservado*. Al embajador de S. M. cerca de Su Santidad se le dan instrucciones para que haga

mientos políticos. Había recibido además de S. M. siciliana invitación para asistir á la gran parada que se verificaria en Nápoles, como todos los años, el 8 de setiembre, aniversario de la batalla de Velletri, ganada sobre el ejército austriaco en 1744 por Carlos III. Deseaba S. M. que el ejército español estuviera allí representado por el general que mandaba el cuerpo expedicionario de Italia y por el mayor número de oficiales posible, y como esta fecha coincidía con el viaje que se proponía hacer Su Santidad de Gaeta á Por-

conocer que consideramos concluido por nuestra parte el objeto de la expedición, y que, por consiguiente, si no se cree preciso por acuerdo de la conferencia de Gaeta que siga en ese país la ocupación, la expedición deberá regresar. Usted comprenderá bien la conveniencia de esta nota: ó tenemos que hacer en ese país ó no. Si tenemos, es preciso saber cuál sea el objeto y que quedemos de acuerdo. Si no es el objeto proporcionado y acorde con nuestro pensamiento, es necesario regresar; por consiguiente, Vd. estará bien sobre el litoral, y sin apariencia ninguna de próxima marcha, estará Vd. prevenido para embarcarse, si se le previene.»

»He visto con muchísima satisfacción los documentos que Vd. me remite en comprobación del buen estado de la disciplina de las tropas, de lo cual jamás dudé; pero los envidiosos de todo lo que es gloria de nuestra parte han escrito en un periódico de Florencia un artículo calumnioso sobre la disciplina de las tropas, y se le dice á Vd. lo conveniente para que se desmienta y pruebe lo contrario. Entretanto, he mandado publicar un extracto de todo lo que Vd. dice respecto á disciplina.

»Devuelvo á Vd. las cartas del duque de Rivas y le devolveré las del señor Martínez de la Rosa, si tengo tiempo de copiarlas. Aprecio la recomendación de Vd. en favor del brigadier Turon, y pues que se acerca el término de la expedición, á su tiempo se le tendrá presente. Es tan interesante la carta del embajador por lo que respecta al bando y otros particulares, que ha parecido conveniente no aventurarla ahora al correo y que la conserve yo á disposición de Vd., remitiéndole entretanto una copia; pero si Vd. cree que no hay inconveniente en que le remita el original, desde luego lo haré al instante, pues se retiene sólo por precaución. He recibido la comunicación en que hace Vd. renuncia de la dirección general de Infantería. Regularmente hasta que yo regrese de los baños no se tratará de esto, á lo menos por mi parte.

»Dije á Vd. en el correo anterior que el Gobierno cuenta íntimamente con Vd. para todo. Que va á quedar vacante la capitania general de Filipinas, que quizás podrá acomodar á Vd. y si este destino no le conviene, cuando se admita la renuncia se le dará el que desee. Sabe soy siempre su mejor amigo.
—Francisco Figueras.»

tici, escoltado por los buques de las escuadrillas francesa y española, hube de recibir tambien invitacion del Papa para que le acompañara en aquella corta travesía, siempre que me lo permitieran las atenciones de mi cargo.

Salí, pues, de Terni para regresar á Velletri el 21 de Agosto, en compañía de Zavala, y llevando el batallon del Rey, el de Granaderos, dos escuadrones de Lusitania y la compañía de Ingenieros que mandaba el duque de Gor, agregada siempre al cuartel general. Con el mando de las fuerzas restantes y de la provincia de Rieti y Spoleto quedó Lersundi, á quien comuniqué instrucciones muy precisas y detalladas. Decíale en comunicacion de fecha 26, desde Rieti, que debería conservar la misma colocación de fuerzas, pudiendo variarla si las circunstancias lo exigieran, mas procurando siempre que los cuerpos estuvieran reunidos, pudiendo enviar de los cantones algunas fuerzas á los pueblos inmediatos para sostener la tranquilidad pública si se turbase, pero volviéndose á reunir en seguida para no dar lugar á que los pueblos se acostumbraran á tener siempre una fuerza que los protegiera. Recomendábale, además, entre otras cosas, que guardasen nuestros jefes y oficiales la mejor armonía con las fuerzas austriacas y napolitanas. Más dias de los que hubiera deseado víme obligado á permanecer en Rieti, pues los banquetes, fiestas, representaciones teatrales, etc., menudearon hasta el 27, obsequiándonos todas las clases de aquella sociedad á porfía, y dejando en nuestros corazones un recuerdo indeleble (1).

(1) Entre las personas notables que conocimos en Rieti figuraba en primer término el famoso poeta Angelo Maria Ricci, el cual en varios banquetes dedicó á la division española y á su general muchas poesías, algunas de las cuales tengo mucho gusto en reproducir aquí.

SONETTO.

CON LE PAROLE FINALI OBLIGATE.

O difensor del Massimo *Pio nono*,
Duce ed esempio degli eroi di *Spagna*,
Tu sei scudo di Piero all'are al *Trono*,
Umbria ne gode, ed arrossi *Romagna*.

De Rieti á Nerola seguimos el mismo camino ya conocido; pernoctamos en aquel punto en la noche del 27 y la siguiente en Monte Rotondo, habiendo dejado á nuestra izquierda el antiguo itinerario, pues era inútil ya penetrar en el interior de las montañas. El 29 pasamos á la vista de Tívoli, guarnecido por tropas francesas, cuyo jefe, un coronel de veterana presencia, hizo á las nuestras los honores correspondientes, y adelantando la caballería hasta Mentana, sobre el camino transversal que desde Monte Rotondo conduce al puente de Lignano, dispuse que la infantería se detuviera en Zagarolo á pasar la noche, prosiguiendo yo la marcha con Zavala, con el intento de llegar á Velletri algunas horas antes que las tropas.

Durmiendo me encontraba en Velletri en la madrugada del 30, cuando recibí urgente aviso del coronel D. Carlos María Yauch, manifestándome que en el canton de Zagarolo, de que era jefe, habíase turbado el órden aquella noche,

Trasse a Fernando il tuo grand'Avo *in dono*
 Due regni, ond'anco il Tevere si *lagna*,
 Tu la sede di pace e di *perdono*
 Rendi al sacro terren, che il Tebro *bagna*.
 Tu ricco di valore e di *consiglio*,
 Hai compito del secolo il *desio*,
 Talché il passato error si fa *vermiglio*.
 Torni per te la pace, e il dolce *obblío*
 E si ai Regi serbó Gonsalvo il *giglio*
 Tu rendi altare e trono a Piero e a *Dio*.

PER SIMULATA AZIONE DI GUERRA NE'CAMPI DEL VELINO SOTTO GLI ORDINI
 DELL'ECCELLENTISSIMO SIGNORE GENERALE CORDOVA, GENERALE IN CAPO
 DELLE GENEROSE ARMI SPAGNUOLE NEGLI STATI PONTIFICI.

SONETTO.

Chi son qui Prodi che portando pace
 Offron sembianza d'animosa guerra
 Specchio di cortesia, di Fé verace,
 Sotto i cui pié si raddoppió la terra?
 Son di Spagna gli Eroi, di cui non tace
 La storia, che i suoi dittici disserra,

siendo hostilizadas nuestras tropas á mano armada por los paisanos del lugar, y sucumbiendo el soldado del batallón de Granaderos, Jerónimo Diaz, víctima del puñal. Algunas horas despues salia de Velletri el general Zavala con un oficio en que le decia, despues de haberle dado cuenta del suceso: «En su consecuencia, encargo á V. E. que sin pérdida de momento se traslade al canton de Zagarolo, que allí haga reunir inmediatamente el consejo de guerra verbal, y que hoy mismo sean juzgados con arreglo á mi citado bando los paisanos que fueron arrestados en la noche de ayer en concepto de autores ó cómplices de aquel atentado, en la inteligencia de que mañana á la madrugada deberán ser pasados por las armas los que resultasen culpables, dándome V. E. aviso de la ejecución.»

No tardaron en llegar á Velletri noticias de lo ocurrido. Serian las nueve de la noche, cuando empezaron á circular por el puebló grupos de cinco, diez y más hombres, cuya

E v'inscrive un *Eroe*, cui va seguace
 E fortuna e virtù, che mai non erra:
 Italia mia, che quell'agon vedesti,
 Dunque ancor l'Arte della morte é bella
 Quando l'armi al valor la pace appresti?
 Ma mi risponde Italia in sua favella,
 Deh taci... e al tuo Velin di, che non Questi
 Gli Eroi della Cattolica Isabella.

ALLE'ECCELLENTISSIMO GENERALE CORDOVA.

Magnanimo signor che dalla Ispana
 Nobil terra natia
 Il mar varcando á noi venuto dai
 Di bontá, di valor, di cortesia
 Tanti sublimi esempi
 Di tua progenie i luminosi rai
 Sull'Itale contrade
 Novellamente tu splendere or fai
 E agnun ravvisa ben, che a te nel volto,
 Come in limpido umor fulgida stella
 A te d'eletto stuol supreme duce
 E piú nei modi, e in la genti favella
 Del tuo Gran Capitan l'alma traluce.

actitud indicaba que el espíritu de aquellas reuniones era hostil á nuestros soldados, los cuales, alojados en las casas, hallábanse en su mayoría desnudos y acostados. Sabedor inmediatamente de la novedad, el coronel Yauch hizo que las patrullas que constantemente recorrían los pueblos en que la tropa se alojaba reconocieron y disolvieron aquellos grupos, advirtiéndoles entonces, que la mayor parte de aquellos hombres iban armados de puñales, navajas y aun de pistolas. Prendióse á muchos, y por las declaraciones de éstos y por lo que quizás en ciertas casas y calles acontecía, se advirtió pronto que en Zagarolo habíase fraguado una importante conspiración, que tenía por objeto repetir con nuestros regimientos una escena de asesinatos y de horrores parecida á la de las *Vísperas Sicilianas*.

Aprovechándose los criminales del cansancio que la larga marcha y el calor del día había producido en los soldados, procuraron en muchos alojamientos separarlos de sus armas, robarles ó esconderles las municiones, logrando en algunos encerrarlos en los cuartos valiéndose de sus primeras horas de sueño. El desgraciado Jerónimo Diaz, asistente de los sargentos de una compañía, que confiadamente, desarmado y solo, salió á comprar vino para la cena, cayó atravesado el corazón de una puñalada, muriendo instantáneamente sin poder indicar siquiera las señas del asesino. Apercibióse por fortuna de aquel hecho un soldado, de los que según la costumbre establecida, quedaban de vigilantes cerca de la ventana y dentro de las casas, el cual, corriendo á su fusil, hizo fuego sobre uno de los grupos de paisanos. Bastó aquel tiro para dar en todo el pueblo la señal de alarma. Entendieron los conjurados que había llegado el momento de comenzar la matanza, y echáronse á las calles, mientras que la tropa, á su vez, forzaba las puertas, recuperaba sus armas, armaba las bayonetas y salía despavorida, formando grupos, á medio vestir y profiriendo gritos de furor y de amenaza. La brillante escuadra de gastadores que custodiaba los equipajes del cuartel general salió del palacio que le servía de alojamiento, y sable en mano, comenzó á cargar á los amotinados. Uno de los gastadores, llamado Francisco Expósito,

señalóse por su arrojo, matando á dos ó tres paisanos. El jóven y valiente ingeniero Cesáreo Orbea dió á correr solo en pos de un grupo fugitivo, logrando alcanzar á uno de los asesinos, atravesándolo con su bayoneta, y como se volvieron contra él los que corrían, dióse el soldado español tan buena maña y defendióse tan gallardamente, que hiriendo á otros, hizo á los restantes prisioneros (1). En otras calles ocurrían escenas parecidas. Necesaria fué toda la autoridad de los jefes y oficiales, toda la energía y serenidad de Yauch y toda la disciplina á que estaban acostumbradas las tropas, para que aquella noche no fuera la poblacion de Zagarolo reducida á cenizas y sus habitantes pasados á cuchillo. Los soldados les hicieron, sin embargo, muy cerca de 20 muertos, doble ó triple número de heridos y muchos prisioneros.

De entre éstos, 27 fueron sujetos al consejo de guerra por haber encontrado á unos armas blancas y de fuego, y por resultar otros complicados en el motin, entre los que sustrajeron los cartuchos y armas, pretendiendo encerrar á los soldados en las casas. El 30 funcionó todo el dia el tribunal, y el 31 por la mañana fueron pasados por las armas dos acusados cuyo crimen resultó comprobado, condenándose á cadena perpetua y á penas menos graves á otros, segun las inculpaciones y pruebas que arrojaron los procedimientos. El consejo de guerra se inspiró en la clemencia, por lo muy castigada que habia quedado la poblacion; de mano misma de los agredidos (2).

(1) Cesáreo Orbea pasó despues, como ordenanza de la direccion general de Ingenieros, al inmediato servicio del general Zárco del Valle, por quien contrajo profundos sentimientos de veneracion y respeto, asistiendo y prestando asiduos cuidados al anciano é ilustre general hasta los últimos instantes de su vida. Orbea desempeña hoy con gran celo é inteligencia el cargo de alguacil en uno de los juzgados de esta corte.

(2) La siguiente carta, que desde Velletri escribí á Martinez de la Rosa, contiene datos más íntimos sobre lo ocurrido en Zagarolo, á la vez que pinta á lo vivo el estado general de la política romana en aquella fecha.

«Velletri 2 de Setiembre de 1849. — Mi apreciable amigo: Ayer me fué imposible escribir á Vd. á causa de la salida del correo para España Hoy no quie-

ro retardar más tiempo en dar á Vd. conocimiento de lo que ha pasado en Zagarolo y sobre lo cual me dirijo á Vd. oficialmente. El general Zavala, siguiendo mis instrucciones, hubiera podido fusilar hasta cuatro más cogidos con las armas en la mano hostilizando á nuestros soldados; pero lo que convenia era un ejemplar castigo, sin que tuviera el carácter de venganza, y no se nos achacase de sanguinarios. Si no se impone cierto rigor á los asesinos de oficio que en cada pueblo se acogen, es imposible que el gobierno pontificio se establezca con solidez. Lo que pasa en Roma, en donde se pasean con aire triunfal los asesinos y los revolucionarios más furiosos, que tienen atemorizados á los fieles servidores y súbditos de Su Santidad, alienta en todas partes á los republicanos, que continúan conspirando públicamente y prometiéndoselas muy felices para el dia que las tropas extranjeras dejen los Estados de la Iglesia. Yo, que he recorrido tres provincias importantes y que he tenido ocasion de estudiar el país y la situacion moral de sus habitantes, diré á Vd. que los revolucionarios cuentan con que es suyo el porvenir, se lisonjean de que será imposible que el gobierno se consolide, y valiéndose de amenazas, de insultos las más veces y de algunas tropelías, mantienen acobardados á los partidarios del Papa, que en su mayor número y por su propia seguridad se fingen republicanos y evitan toda clase de compromisos. Muy lejos está de mí la creencia de que el mal no tenga remedio pronto y eficaz; creo, por el contrario, que nada es más fácil con tal que se observe una política enteramente favorable al gobierno pontificio, y que éste, sin contemplaciones ni concesiones, convenza á las masas por la severidad, prontitud y justicia de sus actos, que tiene la conciencia de su fuerza y la voluntad de emplearla contra la gente de mal vivir y de criminales hechos. Conozco perfectamente que el gobierno lucha contra los embarazos que la política francesa le opone en Roma y que aquí el espíritu francés contemporiza con los rebeldes; conozco tambien las exigencias de que está rodeada la comision de gobierno de cardenales de Roma y Su Santidad en Gaeta; pero estoy intimamente persuadido de que cualquiera exigencia á que se acceda, no contentará á los revolucionarios, que siguen siempre por sistema queriéndolo todo, dándoles una fuerza que aumentará sus probabilidades para alcanzar el fin que se proponen.

Supongo á Vd. bien enterado de la carta del presidente de la república francesa, en la cual dice que nunca consentirá sea restablecido en sus derechos sin una amnistía general y sin instituciones liberales, y de la pretension del general Rostolan para que se publicase esta carta en el *Diario de Roma*, con la oposicion de los cardenales y su resolucion de salir de la capital si esto tenía lugar; pero lo más grave es que empezaran en Roma á agitarse los ánimos en los clubs, que se pensara en hacer manifestaciones populares en favor del general, que dieran los chicos en ponerse *cucardas* tricolores y algunos á perorar en las plazas. La situacion está, pues, cada dia más embrollada. Este señor delegado me dijo anoche la posibilidad de que la comision cardenalicia salga de Roma para este punto ó para Loreto, lo cual no creo sin que llegaran las cosas al último extremo; pero como es bueno vivir siempre prevenido, deseo me diga Vd. lo que en este caso debo hacer, así como en el de que los france-

ses dejasen la capital, cosa que tampoco creo probable, pero que conviene prever para no andar luego con dudas, perdiendo tiempo en consultas. Yo creo muy del caso que nos viésemos y que á viva voz acordemos diferentes puntos importantes, para lo cual podria yo embarcarme ó ir por tierra á Gaeta, para tomar desde allí el vapor que me lleve á Nápoles. Soy de Vd. su más afectísimo amigo y S. S. Q. S. M. B.—Fernando Fernandez de Córdoba.»

FERNANDO FERNANDEZ DE CÓRDOVA,
Marqués de Mendigorria.

(Se concluirá.)





BOLETÍN BIBLIOGRÁFICO (1)

Gervasio Fournier.—*Ensayo de Geografía histórica de España.*—*Imprenta de Fernando Santarén, Valladolid.*

Se trata de una obra importantísima por el interés que ofrece la materia y la suma de conocimientos de que el autor ofrece testimonio, dando fin á empresa tan árdua y complicada.

Obras de este género se publican con poca frecuencia en nuestro País, de suyo poco dado á recompensar con largueza á los que consagran su trabajo y su iniciativa á la consecución de ciertos ideales científicos; pero afortunadamente el buen sentido se abre paso, la lógica se impone, si no al principio, al fin de la jornada, y no creemos que esté muy lejano el día en que, convencidos todos de la necesidad de difundir las verdades de la ciencia, demos estímulo y digna recompensa á los que nos abren con su esfuerzo los horizontes del saber.

Un tratado de *Geografía histórica* no lo teníamos en España, si bien en

Francia y otros países se han publicado obras de este género de grandes y reconocidos méritos, en las que necesariamente se habrá inspirado el autor de quien nos ocupamos; pero sobre que no hay otro modo de reconstruir la ciencia, tampoco se ha atrevido nadie á acometer de frente la empresa de que tan ventajosamente ha salido el Sr. Fournier.

¿Cuál es su plan? ¿Cómo se propone desenvolver sus ideas?

A continuación reproducimos algunos párrafos para que nuestros lectores conozcan la importancia del asunto:

«Con el fin de poder establecer un orden en nuestros trabajos, hemos dividido nuestra obra en dos tomos.

»En el primero se exponen las opiniones que la ciencia moderna ha establecido sobre el origen y formación del planeta que habitamos; origen del hombre y capas geológicas donde ha dejado sus huellas en unión de otros animales; tiempo que ha sido necesario para fosilizar sus restos, primeras

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al director de esta publicación.

obras del hombre; razas conocidas; qué se entiende por razas; origen del lenguaje y opiniones más en conformidad con las citas de los textos sagrados, con lo cual deduciremos la verdadera realidad histórica, fundándonos siempre en los datos modernos que nos ofrecen estos restos con los signos de su veneranda epigrafía.

»Una vez descritas esas edades y una vez expuesto el juicio de eminentes sabios en lo que se refiere á las razas y á la lengua, analizaremos lo que tenga de verdadero ó falso esa inmensa laguna de las primeras edades históricas en relación con esas hermosas páginas que han servido de cimiento á todas las historias del mundo y que con sus densos vapores ocultan bajo su poderoso influjo el misterio que todos llevamos grabado en el seno de nuestra conciencia. Y al registrar las doctrinas sagradas que brotaron al pie de divinos ríos como el Nilo, el Eufrates y el Tigris; al examinar los primeros altares del Egipto, Babilonia y Palestina, y al leer la verdad absoluta de todos esos escritos, nacidos al calor de sus divinos dogmas, dilatados por todos los pueblos como ideal de nuestra civilización, estableceremos la división geográfica de aquellos primeros imperios faraónicos con las antiguas ciudades de Meroe, Tebas, Memphis, Sais y otras que se levantan como grandes titanes mostrando su antiguo poderío. Haremos saber lo que hasta hoy se sabe de su antigua religión, leyes y costumbres; seguiremos las conquistas faraónicas al Asia para saber en qué época se levantaron las ciudades de Babilonia, Nínive, Sidón y otras de tanta celebridad en la historia del pueblo hebreo, y por último, probaremos que el Egipto dominó una gran parte del Asia, hasta el Indostán, antes de que Abraham pasara el Eufrates y se posesionase de la tierra de Chan y antes de que brillaran en aquella sagrada tierra las ciudades de Babilonia y Nínive, Damasco, Persépolis y Palmira.

»Después nos ocuparemos del pueblo hebreo, cuya historia se conserva viva á través de tantos siglos en el mundo cristiano, su origen, culto y

desarrollo histórico, desde la venida de Abraham á Egipto hasta su regreso á la tierra de Chan, y comparando los datos geográficos que establece el Génesis en su cap. X con los que establecen sus intérpretes sagrados, analizaremos lo mejor que sea posible los límites geográficos que en aquella época correspondían á las naciones. Seguiremos la marcha de los israelitas desde Egipto á Palestina; puntualizaremos todos los hechos históricos que tengan relación con la Geografía histórica, hasta establecer el sitio que ocuparan las tribus de Israel, y daremos á conocer los principales pueblos de cada tribu que animaban al hombre con el calor de su aliento á levantar á Dios en la cúspide del Calvario el sagrado altar donde se apoya la idea más grande, la idea de igualdad y de justicia de todo el género humano.

»Mas como al ocupar las tribus de Israel la tierra de Chan, que después se llamó Palestina, se encuentran antiguos pueblos con sus plazas comerciales, como los gebelinos, sidonios y otros conocidos después con el nombre de fenicios, que tanta fama alcanzaron en el mundo antiguo, exponremos nuestra opinión con respecto á su origen, religión, lengua, escritura, leyes, costumbres y época de sus empresas marítimas y comerciales, bien traspasando espaciosos arenales sobre su camello ó bien cruzando los mares de la India y Mediterráneo, y por último, pasando después á Chipre, Creta, Grecia y sus islas, terminaremos nuestro primer tomo haciendo un examen detenido del origen y antigüedad de todos esos pueblos, las relaciones que tuvieron unos con otros, sus ciudades, su mitología, su culto, sus artes, su lengua y su escritura, única manera de saber el pueblo que introdujo en Grecia, Italia, Francia y España, el poderoso influjo de su civilización, en la cual iba envuelta la consagración de nuestros derechos.

»En el segundo tomo, dedicado exclusivamente á España, exponremos los yacimientos, grutas, dólmenes y cavernas de los pueblos llamados prehistóricos, sus cultos religiosos,

sus artes, su lengua y su escritura, análogas todas á las que usaron los pueblos del Egipto, pueblo que no habiendo sido bien conocido durante algún tiempo por los historiadores y geógrafos, se le ha creído encerrado dentro del Nilo, hasta que la ciencia ha reconocido la influencia que ha llevado en remotas edades á los pueblos de Asia y Europa. En esta exposición probaremos la relación que ha tenido España con los pueblos asiáticos, de donde, según unánime opinión, proceden los Iberos y Celtas, y la que ha tenido con ese misterioso pueblo que ha dejado aquí desde tiempos remotos su culto, sus artes, su escritura y su civilización, en rocas, templos, acueductos y otros monumentos de un delicado trabajo que demuestran su antiguo poderío. Una vez examinado el origen y procedencia de los primeros pueblos de España, tenidos hasta hoy como de pura procedencia *Aria*, nos ocuparemos de los fenicios, griegos y cartagineses, sus colonias, religión, costumbres y conquistas, con lo cual trataremos de establecer los límites geográficos que unos y otros pueblos ocuparon hasta la conquista de España por Roma.

.....

 »Y puesto que viene sintiéndose hace mucho tiempo la falta de cartas geográficas bajo un sistema razonado y filosófico, con aplicación á nuestra Patria, en las que pueden estudiarse todas las divisiones que han tenido los pueblos; puesto que aun no se sabe á qué pueblos corresponden muchas bellezas artísticas que nos han dejado como señal de su antiguo poder, y puesto que aun no se han descrito muchas de las inscripciones que aquellos hombres grababan en altivas rocas, en majestuosos templos y en colosales estatuas, nosotros, los menos aptos para ello, los menos entendidos para salvar tan difícil empresa, nos permitimos ofrecer el primer ensayo geográfico que hemos hecho de toda la Edad antigua, basado en datos de reconocido valor y más en conformidad con el plan de la obra.

»Ninguno de los numerosos trabajos de Geografía histórica que han

visto la luz pública en España se ha ocupado, como nosotros lo hacemos, en dar á conocer las obras de los primeros pueblos que ha tenido nuestra Nación; ninguno ha expuesto de una manera clara y concreta el número de láminas con objetos recogidos en yacimientos, dólmenes y túmulos, para que el hombre forme juicio acerca de su pasado, y ninguno ha dado á conocer los sucesos más culminantes que han formado época, con el número de cartas geográficas tan necesarias para el estudio de la historia.

»Es cierto que un gran número de obras han sido ilustradas con cartas dedicadas al estudio de la historia antigua; pero en vez de ofrecer un estudio claro y ameno, fatigan al lector con sus múltiples detalles, que sólo tienen aplicación en determinados casos. Y es que dentro de una misma carta y aparte de muchos pueblos que para nada figuran en la historia, generalmente se indican los límites geográficos de los pueblos que encontró Roma, y las divisiones por ella establecidas, tanto civiles como jurídicas y militares, sin comprender que todos esos detalles absorben la inteligencia y oscurecen los conocimientos históricos.

»Nuestras cartas abrazan, sí, todas las épocas; pero cada una se refiere á un período de dominación. De esta manera las cartas que dedicamos al pueblo egipcio como al feniano, al griego como al romano, no sólo responden á las necesidades de la ciencia moderna, sino que con una sola ojeada abraza la formación de los pueblos y naciones.»

La obra se divide en dos tomos, si bien hasta la fecha sólo el primero ha visto la luz. Magníficas láminas y excelentes mapas ilustran la obra, que es también un notable trabajo de tipografía que honra al impreor vallisoletano Sr D. Fernando Santarén.

Tanto éste, como el Sr. Fournier, merecen el aplauso de cuantos se interesan por el progreso y la cultura de nuestro País.

Andrés Bello.—*Poesías, precedidas de un prólogo de D. Miguel Antonio Caro.*—*Imprenta de Pérez Du-brull, Madrid.*—*Precio, 4 pesetas.*

Vió la luz Andrés Bello en Caracas el 29 de noviembre de 1781, y desde sus más tiernos años mostró la afición que le dominaba aprendiéndose de memoria los versos de Calderón que con sus ahorros de colegial adquiría, deleitándose á sus solas en tan sabrosa lectura.

Siguió el curso de humanidades y filosofía y á principios era ya considerado en su país como el mejor latino de Caracas, empezando entonces á distinguirse asimismo como poeta. En sus composiciones no se advierte ese frío escepticismo con que otros espíritus de su época han contribuído á la propagación de ciertas ideas. Por el contrario, Bello canta á la fe. En todas sus obras hay un sentido religioso, un sentimiento, una delicadeza admirables.

Entre sus composiciones clásicas, merece citarse la siguiente oda, imitación de Horacio:

¿Qué nuevas esperanzas
Al mar te llevan? Torna,
Torna, atrevida nave,
A la nativa costa.

Aun ves de la pasada
Tormenta mil memorias.
¿Y ya á correr fortuna
Segunda vez te arrojas?

Sembrada está de sirtes
Alevos tu derrota,
Do tarde los peligros
Avisará la sonda.

¡Ah! Vuelve, que aun es tiempo,
Mientras el mar la concha.
De la ribera halaga
Con apacibles olas.

Presto erizando senos
Vendrá á batir las rocas,
Y náufragas reliquias
Hará á Neptuno alfombra.

De flámulas de seda

La presumida pompa
No arredra los insultos
De tempestad sonora.

.....
¡Vuelve, objeto querido
De mi inquietud ansiosa,
Vuelve á la amiga playa
Antes que el sol se esconda!

Como contraste á esta dulce y bien sentida composición, reproduciremos el soneto *A la victoria de Bailén*, modelo de dicción y de entereza y energía en la frase:

Rompe el león soberbio la cadena
Con que atarlo intentó la felonía,
Y sacude con noble bizarria
Sobre el robusto cuello la melena.
La espuma del furor sus labios llena,
Y á los rugidos que indignado envía,
El tigre tiembla en la caverna umbria,
Y todo el bosque atónito resuena.
El león despertó; temblad, traidores;
Lo que vejez creisteis, fué descanso;
Las juveniles fuerzas guarda enteras.
Perseguid, alevosos cazadores,
Á la tímida liebre, al ciervo manso.
¡No insultéis al monarca de las fieras!

Las composiciones del ilustre poeta de quien nos ocupamos pueden clasificarse de diferentes modos, puesto que son de muy distinto género y corresponden á épocas muy distintas; pero á fin de facilitar el conocimiento de sus obras, podríamos dividir las del siguiente modo:

Poesías juveniles, imitaciones de Virgilio, de Horacio y de autores clásicos.

Odas y cantos patrióticos.

Cantares religiosos.

Imitaciones de Víctor Hugo.

Fábulas.

Poesías festivas satíricas.

Poesías ligeras.

La justa celebridad de Andrés Bello le hace digno de ser conocido y apreciado como uno de los más ilustres poetas castellanos, y su nombre debe figurar entre ellos bajo cualquier punto de vista que se le considere.

El libro que nos ocupa va precedido de un notable estudio crítico-biográfico, debido á la pluma del señor D. Miguel Antonio Caro.

Hipólito Blane.—*Lectures sur la Géographie industrielle et commerciale.*— Un tomo.— Paris, 2.50 fr.

La sociedad general de la librería católica de París ha iniciado la publicación de una serie de obras bajo el título de *Nueva colección de clásicos*. Con estos libros se propaga de una manera fácil y sencilla entre los jóvenes que se dedican al estudio la organización necesaria de la familia y del Estado en las diferentes razas y épocas de la historia.

La obra que al presente nos ocupa, de Mr. Hipólito Blane, comprende una colección de trabajos sobre la Geografía industrial y comercial y está dedicada principalmente á la enseñanza primaria superior. El autor empieza por exponer la idea del comercio y de la industria, y lo que eran en la

Edad Media estas dos fuentes de la riqueza pública, tratando, al llegar á nuestro tiempo, el asunto con gran copia de datos y con verdadera discreción y conocimiento de la materia.

Este libro es, en su género, uno de los más instructivos y de los más á propósito para desenvolver la inteligencia de los jóvenes que se dedican al estudio de las carreras industriales y comerciales.

Libros son estos que, sin grandes pretensiones en el orden científico, son más útiles á la sociedad que los estudios de muchos filósofos y pensadores, á quienes poco ó nada bueno deben sus conciudadanos, en el mero hecho de dedicarse á la propagación de tantas y tan perjudiciales utopías.

H.





CRÓNICA POLÍTICA

INTERIOR.

PUBLICÓSE, sancionada por la Corona, la ley de conversión de la deuda consolidada del Estado y de las obligaciones por subvenciones á ferrocarriles, que presentara á las Cortes el Sr. Camacho, y desde luego llamó la atención de los inteligentes la generosa concesión que por decreto adjunto se hacía á los tenedores de la deuda perpetua exterior, de una comisión de *siete octavos* por ciento del valor nominal de la misma. ¿Lo disponía así la ley? ¿Se extralimitaba, por el contrario, el Ministro de Hacienda al beneficiar de tal suerte á dichos tenedores?...

El Sr. Villaverde en el Congreso y el Sr. Marqués de Orovio en el Senado se encargaron de demostrar que esos *siete octavos* no habían sido votados por las Cortes; que su reconocimiento constituye, pues, un abuso de las facultades otorgadas por la ley.

Con tal motivo, estudiado detenidamente el asunto, se hicieron ante la Representación Nacional curiosas é importantes revelaciones.

Hoy el capital nominal de la renta perpetua exterior asciende á 4.093 millones de pesetas; los siete octavos de esta suma importan, por consiguiente, 35.815.000 pesetas. Hé aquí el importe, en capital de deuda al 3 por 100, de la comisión ofrecida á los acreedores del exterior; su equivalencia en deuda al 4 por 100 es de 15.669.000 pesetas; su renta anual, 626.000 pesetas.

Con esa carga se gravará nuestro presupuesto de gastos, gracias á la esplendidez del Sr. Camacho.

Y por cierto que, concedida esa comisión á los acreedores del exterior, no hay razón para negar otra igual á los del interior, en cuyo caso el gravamen de gastos por tal concepto aumenta considerablemente.

La deuda interior del 3 por 100 asciende á 3.227 millones de pesetas, y sus siete octavos á 28.243.000. Hay además en la deuda interior consolidada otra partida que representa la antigua riqueza inmueble de los pueblos, las inscripciones intransferibles del 80 por 100 de propios, cuyo capital emitido es de 547.000.000 de pesetas. Siete octavos de esta suma importan 4.789.000 pesetas, que es natural se abonen á los pueblos, si han de concederse á los tenedores de títulos al portador.

Las obligaciones de ferrocarriles, deuda amortizable que se va á convertir en perpetua por esta operación, están representadas por un capital de 600.409.000 pesetas; pero reducida esta renta, que es del 6 por 100, al tipo de 3, como si dijéramos, á un común denominador con las otras, se eleva á 1.200.000 pesetas. Siete octavos de la comisión de ese capital, 10.507.000. Importe en suma de los siete octavos de comisión por todas nuestras deudas, 79.356.000 pesetas en deuda al 3 por 100; 34.718.000 en la deuda del 4. Cuyos 79 y pico de millones, á los cambios corrientes en Bolsa, suben á unos 24 millones $\frac{1}{4}$ de pesetas, é impondrán al País con carácter de perpetuidad una carga anual de un millón $\frac{3}{8}$ de pesetas.

El Ministro de Hacienda, que escuchó impávido y casi desdeñoso semejantes cálculos, alegó con olímpica indiferencia que todo ello podrá ser muy exacto, económicamente hablando (su señoría sólo economiza sus palabras), pero que la comisión de los *siete octavos* está autorizada por la ley de conversión, art. 8.º, que permite la ampliación de la deuda al 4 por 100 en la cantidad necesaria para producir el valor efectivo que represente el costo de la confección de los nuevos títulos, *comisiones* y demás gastos de la emisión.

Pero ¿puede referirse esa autorización á otra cosa que á los gastos propiamente dichos de la emisión? ¿Puede al amparo de ese artículo darse la comisión de los siete octavos, que representa un descuento de siete octavos para el Estado y una mejora de la misma cantidad para el acreedor en el tipo á que resulten emitidos ó aplicados los nuevos valores?...

Á estos razonamientos nada opuso el Sr. Camacho. Es decir, expresó modestamente su convencimiento de que la

oposición de los conservadores á su gestión financiera está inspirada en la envidia con que mira aquel partido los continuos triunfos del Nécker fusionista.

Para el Ministro de Hacienda es sin duda un triunfo, como argüía el Sr. Villaverde, la perturbación introducida en la contribución territorial, que ha puesto en aventura ese primer ingreso del Tesoro y en conmoción los intereses de todos los propietarios de España; es un triunfo la recaudación de la contribución industrial, que ha llevado la alarma á todas partes, para producir en definitiva menos de lo que antes se cobraba sin dificultades ni complicaciones; es un triunfo el nuevo impuesto, equivalente á los que gravaban la sal, todavía no planteado, y que seguramente habrá de suprimirse, como la pretendida reforma de la contribución territorial.

No dejó también de recordar el Sr. Camacho (¿y cómo no, si es éste el eterno argumento de los actuales gobernantes?) que cuando en el año 1876 se hizo el arreglo de la Deuda, se abonó, como se va á hacer ahora, una comisión: lo cual equivaldría, en último término, á demostrar que éstos y aquéllos pecaron, si pecado hubiera, pero no que éstos quedarán redimidos de la culpa...

El Sr. Marqués de Orovio rechazó, sin embargo, la pretendida imputación con tanta lucidez como energía. El importe de aquella comisión ascendió á 1.500.000 pesetas, entregadas en títulos al 2 por 100 amortizable, títulos cuyo tipo de reembolso era el de 50 por 100, y por consiguiente, lo que se vino á entregar fueron 750.000 pesetas en esos valores. Compárense cifras y cifras. Y sigamos adelante.

Al procederse á votar en el Congreso la proposición del Sr. Villaverde, todos los disidentes de la mayoría se abstuvieron.

Pero el Gobierno no entiende de indirectas.

*
* *

Base quinta. Llegó, por fin, el momento de ventilar en las Cámaras la cuestión que entraña aquella famosa base, cuyos efectos son harto transcendentales para el presente y el porvenir de nuestra industria. Cataluña, sobre todo, cuyos intereses fabriles han sufrido hondo agravio á consecuencia de la aprobación del tratado franco-español, miraba con recelosa alarma el planteamiento de este otro problema, cuya

resolución en sentido librecambista ha de perjudicar notablemente á aquella laboriosa comarca española.

El Sr. Moret quiere que se restablezca desde luego la base quinta de la ley vigente de aranceles, que fué declarada en suspenso por real decreto de 17 de junio de 1875; es decir, quiere la reducción gradual inmediata de los derechos extraordinarios á derechos fiscales, halagüeña aspiración del librecambio.

Por el contrario, los catalanes, ya que el tratado de comercio ha sido aprobado, acariciaban la esperanza de que, á manera de compensación, en los diez años de duración que aquél ha de tener no se hiciera rebaja alguna en el sentido de la base quinta. Y en eso confiaban, porque el Sr. Sagasta así lo había prometido solemnemente en el Senado.

Pero está escrito en la Biblia de la fusión que ésta no ha de acertar á satisfacer las necesidades del País, ni siquiera á cumplir las promesas que en la oposición aventuró.

Sin valor para establecer, en absoluto, la base quinta, y sin energía tampoco para mantener el *statu quo*, el Sr. Sagasta se declaró protector del voto particular del Sr. Torres, en el que, contra el restablecimiento propuesto en el dictamen de la mayoría de la comisión, se proponen nuevos plazos para la reducción de los derechos del arancel.

Así ni los librecambistas ni los proteccionistas se dan por contentos. Así se continúa la serie de aplazamientos, rodeos y subterfugios á que se acoge en sus vacilaciones esta política de medias tintas, ora democrática hasta el exceso, ora retrógrada hasta el abuso, que caracteriza y distingue al Gabinete Sagasta-Alonso Martínez. Así exclamaba con profunda verdad el Sr. Moret:

«En la cuestión concreta que discutimos, ¿quién ha ofrecido llegar á los derechos fiscales y á la libertad de comercio sino el Gobierno, en el proyecto presentado por el Ministro de Hacienda? ¿Y qué ha quedado de aquellas promesas? Unos puntos suspensivos, el voto particular, un expediente que no tiene ninguna clase de realidad. ¿Es imprudente realizar aquellas promesas? Pues fué imprudente hacerlas.»

A lo cual intentaba contestar el Sr. Sagasta, diciendo:

«El Sr. Moret y yo queremos la libertad; no hay más sino que el Sr. Moret quiere las reformas inmediatas á todo trance, cueste lo que cueste, desacrediten ó no desacrediten al partido liberal, y yo quiero la libertad real, la libertad práctica, la libertad verdadera, que no traiga nuestro desprestigio; la libertad que no asuste y que no se desacredite.»

Pues eso es lo que defiende el partido liberal-conservador.

Para eso es éste el más autorizado intérprete de la doctrina que tiende á conciliar la libertad con el orden, el derecho de cada uno con el derecho de todos.

A cuyo propósito no deja de tener oportunidad un cuento exhumado en el debate por el Sr. Marqués de Sardeal:

«Existía en cierta villa un pobre zapatero que, no pudiendo soportar las libertades de una mona que un indiano vecino suyo había traído de América, y que cuando entraba en su chiribitil no le dejaba títere con cabeza, aprovechó el instinto de imitación de aquel animalejo, afeitándose en su presencia y dejando la navaja al ausentarse. La mona quiso afeitarse también, y se degolló.» Bien pudiera ser que, tratando el Sr. Sagasta de imitar los procedimientos conservadores, se cortara la yugular.

Pero cuando el interés de la contienda subió de punto fué cuando en ella intervino el Sr. Balaguer. «Veo precipitarse por mal camino al Sr. Sagasta,» dijo el diputado catalán. «¿Y qué? replicó aquél. Déjeme en paz S. S.» «Pues me separo de su lado, añadió éste; pero me voy con la bandera del partido constitucional, dejando al que antes todos reconocíamos por jefe, prisionero de guerra del General Martínez Campos.» (*Protestas. Pido la palabra. Sensación.*)

El orador continuó:

«Quédese en paz también el Sr. Sagasta; quédese en paz con su conciencia, que si su conciencia le dice algo, yo entonces nada tengo que decir á S. S., porque su conciencia se lo dirá todo, y si su conciencia no le dice nada, entonces... entonces tampoco yo tengo que decir nada á S. S.»

El voto particular fué aprobado, y la ruptura entre dos hombres políticos que siempre fueron amigos, consumada.

Entretanto, la fusión va convirtiéndose en centro. Los constitucionales se retiran á sus antiguas tiendas.

No todos. El General Salamanca, aquel terrible impugnador de los actos del General Martínez Campos, su adversario más irreconciliable, su más severo censor, ha recibido el segundo entorchado de manos del actual Ministro de la Guerra.

Aun resuenan en el recinto del Congreso de los Diputados las tremebundas imprecaciones lanzadas por el Sr. Salamanca contra el pacificador de Cuba:

«Nos hemos rebajado todo lo que puede rebajarse un ejército y una nación.

»La paz es depresiva y deshonorosa... lo digo con bochorno

como soldado, en conciencia, bajo la fe de caballero, bajo palabra de honor.

»¡Maldita sea la paz!»

Por fortuna, el General Salamanca, que en esta legislatura ha calmado notablemente sus arranques oratorios, se halla á tanta altura en la opinión, que bien ha podido prescindir de tales recuerdos para aceptar sin vacilaciones un merecido ascenso, harto justificado por sus grandes servicios militares.

Y al felicitar al General que medra, fuerza es también desear el eterno descanso al General que acaba de bajar al sepulcro: el Duque de Osuna, en cuya ejecutoria escribió la heráldica los nombres más ilustres y á quien la suerte le brindó á manos llenas sus más preciados dones.

Ha muerto en uno de los castillos que poseía en Bélgica, después de haber servido á su Patria en el campo de batalla y en los más altos puestos diplomáticos. ¡Dios haya recogido su alma!

*
* * *

En punto al impuesto de consumos, inconsideradamente reformado por el Sr. Camacho, han sido tantas las reclamaciones de los pueblos y tan evidentes los perjuicios ocasionado á los mismos, con injusta desigualdad entre unas y otras localidades, que, volviendo sobre sus pasos, ha tenido el Ministro de Hacienda que presentar un nuevo proyecto introduciendo modificaciones en los tipos de los consumos y de las especies y en la evaluación de éstas en algunas provincias. Pero ni así se ha acallado el grito general.

Ahora aparecían excesivamente favorecidas las provincias gallegas.

En su vista, la comisión del Congreso modificó el proyecto reduciéndolo á dos bases, la primera encaminada á reducir los aumentos, como las rebajas, á tipos fijos y ciertos que impidan el que un pueblo resulte gravado en más de un 50 ó 60 por 100 de los tipos anteriores; la segunda á preparar durante el ejercicio una ley que procure llegar al reparto más equitativo.

El Sr. Atard, celoso individuo de la minoría conservadora, formuló voto particular enfrente del dictamen. En él ha condensado con feliz concisión los resultados de los famosos planes llevados á la práctica por el actual Ministro de Hacienda. No han podido ser más funestos.

Se ha aumentado hasta 118 millones y medio de pesetas

el importe de las contribuciones sobre consumos y sobre la sal, cuyos encabezamientos ascendían, según los datos remitidos por el Gobierno á las Cortes, á menos de 85 millones, exigiendo, por tanto, nuevos gravámenes por valor de más de 33 millones.

Se ha suprimido la facultad concedida á los Ayuntamientos por las leyes de presupuestos para procurarse recursos sobre el consumo de la sal; facultad de que hacían escaso uso, pero que no tenía inconveniente alguno para el Estado, para los pueblos ni para los contribuyentes, y que en algunos casos podía ser arbitrio salvador para la Hacienda municipal.

Han sido derogados de golpe todos los encabezamientos existentes, para sustituirlos con otros que no teniendo por base ni una teoría deducida de una investigación científica, ni datos estadísticos procedentes de la experimentación, han llevado el trastorno á todas partes y han recargado enormemente á algunos pueblos pobres, que aun después de las nuevas rebajas propuestas en el último proyecto del Gobierno, tendrían que pagar el 300 por 100 y más de lo que antes satisfacían.

Se ha creado un recargo sobre la contribución territorial, del que los contribuyentes de ésta, fuera del caso de serlo por menos de 5 pesetas, no se eximen nunca sino á condición de pagar más por otro concepto, en virtud de la misma ley que se lo exige.

Se ha privado á los pueblos de los recursos que disfrutaban para que sus encabezamientos fuesen rebajados por trámites razonables y solemnes, y con las garantías de acierto más sólidas, en caso de serles demasiado gravosos.

Se han extendido indebidamente los límites de la arbitrariedad, tan dignos de ser restringidos en estas materias, sometiendo á los contribuyentes á la verdadera tiranía de que sus cuotas sean aumentadas ó disminuídas desde 1 á 100 por decisiones que no se han de ajustar á ninguna regla y contra las que no se les da recurso legal alguno.

Se ha puesto esa arbitrariedad en manos de la Administración central, creando el peligro de que la Hacienda sea perturbada por la política, sobre todo en los períodos electorales, y privando á los Ayuntamientos y á los contribuyentes de funciones que les son propias.

Y se han disminuído, en fin, lejos de aumentar, á pesar de tantas nuevas extorsiones y gravámenes, los recursos del Tesoro por lo que se refiere á la contribución de consumos, pues descartando el impuesto nuevo, que no es más que un recargo sobre la contribución territorial, el último proyecto

del Gobierno, no alterado en esta parte por el dictamen de la comisión, no calcula ya en más de 86 millones el importe de los encabezamientos, cantidad inferior á la que se recaudaba antes. Y todavía se anuncian como posibles nuevas rebajas.

El Sr. Atard solicitó, pues, el restablecimiento del sistema antiguo en esta materia, suprimiendo el impuesto creado en equivalencia de los de la sal, y volviendo á los encabezamientos por sal, cereales y consumos.

Huelga decir, sin embargo, que el voto particular ha sido desechado.

*
*
*

Oigamos la palabra pintoresca del Sr. Ortiz de Zárate, á propósito de los atropellos de Sevilla con pretexto del centenario de Murillo:

«La revolución española es un drama en tres actos y un prólogo. Empezó en Carlos III y continuó en Carlos IV. El acto primero, dedicado á la política, lo forman los reinados de Fernando VII y de Isabel II, en los que se establecieron el gobierno representativo y las formas modernas. En el acto segundo se desarrolló la cuestión religiosa, empezando en la revolución de septiembre de 1868, que trajo primero la libertad y después la tolerancia religiosa, peor que la libertad. Estamos próximos al acto tercero y último, otro período en que ha de plantearse y resolverse la cuestión social con la segunda república, y sus primeras y rojizas llamaradas acaban de verse en las calles de Sevilla.»

El diputado tradicionalista explicaba el hecho como un ensayo intentado para averiguar hasta dónde llega la paciencia del actual Gobierno con relación á esas incultas manifestaciones.

Pero ¿qué móviles concitaron las pasiones de los amotinados? El Sr. Sánchez Bedoya, elocuente representante de la capital de Andalucía, hizo constar que las fiestas dedicadas á celebrar el segundo centenario de Murillo no han revestido el carácter político que se les ha querido atribuir para cohonestar los atropellos que después se han cometido. Aquellas fiestas han tenido sólo un carácter religioso, eminentemente católico, muy natural tratándose de honrar la memoria del gran pintor español, católico y sevillano, y cuando la manifestación tenía efecto en una ciudad católica

como Sevilla. ¿Y qué había en eso de censurable, que podía dar pretexto á provocar las iras de los que primero con amenazas y después con agresiones perturbaron la manifestación pacífica que se dirigía á depositar ante la estatua de Murillo un homenaje de respeto y de admiración? ¿Es que los católicos no tienen ya derecho á reunirse pacíficamente en estos días de libertad, para hacer alarde de sus ideas y sentimientos, sin menoscabo alguno de las leyes? Pues si los católicos tienen los mismos derechos que todos los ciudadanos españoles, el Gobierno tiene el deber de ampararles en el uso de esos derechos; y sin embargo, en el caso aludido esos derechos han sido atropellados, y las autoridades y el Gobierno han abandonado lastimosamente el cumplimiento de dos de sus primeros deberes, á saber: velar por la seguridad personal de todos los españoles, y acudir á la conservación del orden público.

Un incidente de todo punto deplorable interrumpió el discurso del Sr. Sánchez Bedoya. Mientras éste usaba de la palabra, el Sr. Ortiz de Zárate, que estaba sentado como de costumbre en el segundo banco de la izquierda, inclinó de pronto la cabeza y cayó del lado derecho sobre el banco. El Sr. Ampuero, que era el que se hallaba más próximo al Sr. Ortiz, trató de levantarlo, y al ver la palidez é inmovilidad de dicho señor, que advirtieron todos los asistentes á la Cámara, se produjo la consiguiente alarma. El Sr. Sánchez Bedoya suspendió su discurso; el Presidente llamó á los hujieres en auxilio del enfermo; muchos diputados acudieron también á socorrerle y le sacaron en brazos del salón, llevándosele al despacho de la presidencia. El Sr. Ortiz de Zárate había sido atacado de una hemiplejía.

Inmediatamente se le prestaron los auxilios de la ciencia, y al poco tiempo los espirituales. Afortunadamente, el estado del enfermo ha dejado de ofrecer inminente peligro en los momentos en que escribimos.

*
*
*

Una de las cuestiones que preocupan al Gobierno, y no sin motivo, es la referente á la abolición del juramento que por disposición reglamentaria están obligados á prestar los representantes del País, como requisito previo para el desempeño de sus cargos.

En el Senado, el Sr. Montejo y Robledo logró ver tomada en consideración, aunque por escaso número de senadores,

una proposición dirigida á aquel objeto. En el Congreso, la mayoría de la comisión de reforma del reglamento ha formulado dictamen en favor de la supresión del juramento, la cual, á despecho de todo género de protestas, relaja los vínculos del deber, negando el conveniente acatamiento á instituciones que la Constitución consagra.

Otra complicación para la política imperante es la que resulta de la negativa opuesta por la comisión de la Cámara francesa á la concesión de los 900.000 francos pedidos por el Gobierno de Mr. Grevy para indemnizar á los españoles que fueron víctimas de los sucesos de Saida.

El fracaso del Gobierno español en este asunto sería completo si la Cámara francesa, desatendiendo la justicia de nuestras pretensiones, siguiera la política de aquél en cuestión de tanta importancia para nuestro prestigio nacional: el sistema de los aplazamientos.

*
*
*

Ha terminado sus tareas el Congreso Pedagógico, reunido en esta corte bajo la presidencia del General Ros de Olano, para ventilar importantes cuestiones relacionadas con la primera enseñanza.

Debemos honrar estas páginas con el discurso pronunciado por S. M. el Rey al inaugurarlo:

«Aun no hace muchos días, dijo el augusto orador, que, en este mismo sitio, la iniciativa particular reunía el Congreso de los higienistas, deseosos todos de mejorar las condiciones de vida del pueblo español: hoy la iniciativa particular también reúne aquí los representantes del magisterio docente, que más puede contribuir al desarrollo de la inteligencia, de la instrucción y de la cultura nacional. ¿No es ésta, señores, una prueba evidente de que estas dos ideas que se completan, de que estas dos corrientes hijas del dualismo humano, son los motores que empujan lenta pero seguramente nuestra Patria por el camino de la civilización y del progreso?»

»¿Qué os he de decir después de las frases que habéis oído á los señores que han hablado antes que yo? Claramente han dicho cuán noble y grande es la misión del maestro, porque saca al hombre de aquel estado de ignorancia que lo hace semejante al sér irracional, porque abre su alma y sus ojos á los grandes ideales que forman la base de toda sociedad: Dios, patria, familia, caridad.

»Deber mío es, pues, manifestar en este sitio, no solamente el interés que me inspira la suerte de los maestros españoles, sino también mi sincero deseo de contribuir, en la forma que mis deberes y mis atribuciones me permitan, á mejorar su condición con el concurso del Gobierno, tan interesado como yo en su favor.

»Yo, que me he sentado en los bancos del aula, sé cuánto tengo que agradecer á mis queridos maestros.

»Y bien sabe Dios que si de mí dependiera solamente, los maestros españoles nada tendrían que envidiar á los de los más adelantados países de Europa.

»Pero el Sr. García y García, representante del Fomento de las Artes, lo ha dicho muy bien: pasaron ya los tiempos en que se creía que la iniciativa del Estado debía hacerlo todo. Justo es también que toda la responsabilidad no sea exclusivamente suya.

»El Rey, el Gobierno, pueden auxiliar, alentar, dirigir, reglamentar los progresos de la enseñanza; pero la iniciativa particular, las corrientes de la opinión pública son tan poderosas, que nada puede sustituirlas; porque, señores, ya creo haberlo dicho en este sitio, la ignorancia es la forma más dura de la esclavitud y de la que tan sólo se redime aquel que, teniendo la libertad, sabe hacerse digno de obtenerla y de conservarla.»

Los elocuentes conceptos de S. M. fueron coronados por el fervoroso aplauso de su auditorio.

El Congreso Pedagógico ha sido una digna revelación del espíritu, profundamente sensato, que domina al magisterio español. Muchos esfuerzos se han hecho para llevar al ánimo de los beneméritos maestros de escuela, héroes humildes de la instrucción pública, las perturbadoras doctrinas de las enseñanzas *ateas* de nuestros días; pero no han faltado voces entusiastas, y, digámoslo con orgullo, voces de mujer, que han sido las primeras en levantar la enseña de la educación religiosa.

Un maestro portugués, el Sr. Raposo, pronunció estas nobles palabras, que no podemos menos de reproducir:

«Mucho hay que hacer, dijo, en favor de la mujer; pido para ella la luz purísima de la ciencia, pero que esa luz contribuya á que arranque reflejos más vivos al diamante de sus virtudes.

»Quiero á la mujer bien educada, pero que lleve á sus hijos al templo y sea la madre amante y la mujer cariñosa.»

Ese es, en efecto, el remedio del desquiciamiento moral que nos agobia. Si el niño, al abrir por primera vez sus ojos,

indagando, con esa curiosidad proverbial de la infancia, el por qué de su existencia, de la del mundo, de la luz y del aire en que vive, no halla una respuesta satisfactoria y al alcance de su inteligencia; es casi seguro que caminará á ciegas por entre los brillantes oropeles de la ciencia moderna, sin que le satisfaga la noción del *sér* de las escuelas *hegelianas*, la idea de la naturaleza de Darwin, la absurda hipótesis de la historia de *Taine*, ó las impías concepciones de Renán y de Littré.

Europa, esta hija ingrata del cristianismo, olvida que cuanto es y cuanto vale lo debe á esa educación; mientras los *trapenses* labraban las selvas vírgenes que nos enviaron años antes las hordas de los bárbaros, los dominicos difundían con su palabra la enseñanza de Dios, de la verdad y del fin de la vida y del hombre. Cuanto es, cuanto vale Europa hoy, lo debe á la enseñanza cristiana. ¡Qué maravilla que lluevan tantos males y desventuras sobre hija que reniega de su madre!...



El Congreso de los Diputados desea terminar también sus sesiones. Desde hace algunos días las celebra dobles.

Poco ludicas, por cierto.

Nos recuerda á esos enfermos á quienes el médico propina determinado número de baños, y que, faltos de tiempo, ó escasos de recursos, llegan al establecimiento y toman dos al día.

Con lo cual no les aprovecha el primero...

Ni el segundo.

R.





REVISTA EXTRANJERA



ARIBALDI ha tenido en estos últimos días el privilegio de llenar con su ruidoso nombre las columnas de los periódicos, dejando apenas algún espacio para el relato y los comentarios de los gravísimos sucesos de que el Egipto es hoy teatro, y que tanto preocupan á los hombres públicos de Europa.

Empecemos, pues, por el retirado de Caprera.

Garibaldi ha muerto, y bien pudiera ahora decirse, traduciendo á lengua extraña el grito de nuestros antiguos próceres al fallecimiento de su Rey: *¡Evviva Garibaldi!*

Para comprender la fisonomía del *héroe legendario*, como ha dado en llamarle en España el poeta ideal de la oratoria democrática, basta trasladarnos con el pensamiento á aquella Italia del siglo XIV al XVI, cuya historia, teñida en sangre, está escrita con la punta de la espada de los jefes de partidas que arrojadamente y con fortuna varia recorrían el Norte y el Mediodía de la península que cruzan los Apeninos y sus ramificaciones. Para comprender perfectamente la fisonomía de Garibaldi, basta recordar al capitán atrevido, al noble despechado, al paisano emprendedor, que reunían en ocasión dada algunas lanzas y se convertían á poco en valientes *condottieri*, que se llamaban Malatesta, Sforza, Braccio, Cane, Fondulo ó Savelli. Su camisa roja, su flotante capa y el sombrero con pluma al aire, contribuyen también á que la ilusión sea completa.

Nació Garibaldi en Niza en 1807, é hizo sus primeras armas en la América del Sur, siendo alternativamente marino, soldado, General, Almirante, pirata, traficante en guano y filibustero. Al regresar á su patria, ofreció sus servicios á

Pío IX, que subía al trono de los Pontífices en medio de las aclamaciones de toda la Italia liberal. Pío IX contestó con desdén, y el aventurero juró entonces odio eterno al sacerdocio y al Papado, yendo á poner su espada á las órdenes de la monarquía de Cerdeña.

Con rara habilidad supo Cavour aprovechar aquel odio en beneficio de la casa de Saboya, que en provecho propio soñaba en la unidad italiana.

El dócil *condottiere* realizaba las secretas expediciones que le ordenaba la corte de Turín, repitiendo las atrevidas escenas que presenció el siglo XV; y sublevó la Sicilia, y entró en Nápoles en un coche de gala de Víctor Manuel, de quien percibía las soldadas.

Garibaldi fué popular, excitó el entusiasmo, y en Palermo como en Génova, en Florencia como en Milán, en Nápoles como en Roma, se electrizaron las muchedumbres al oír el victorioso *Inno*, los sonidos del himno italiano por excelencia, que más de una vez apagaron los ecos de la marcha real piemontesa.

Hasta sus amores han sido ruidosos. En la época de sus primeros triunfos casóse con una ligerísima y famosa *marchesina* milanesa, á quien repudió á poco para unirse á la nodriza de su nieto, de la que tuvo dos hijos, Clelia y Manlio, siendo lo restante de su progenitura de otra madre.

En una palabra, los republicanos hacen de él un apóstol de su idea, cuando no ha habido realista más acérrimo ni más activo servidor de la monarquía; la leyenda querrá tal vez hacer de él un héroe, pero la historia consignará su nombre como el de un aventurero afortunado y atrevido. No hay más, por mucho que se pondere.

Después de muerto *¡vanitas vanitatum!* le sucede lo que al Rey francés Luis XIV, que su testamento nada significa. Había dispuesto que se verificase la cremación de su cadáver; pero á instancias de Crispi, su familia consiente que sea transportado á Roma para ser colocado en un mausoleo que ha de erigirse á costa del erario público. Habrá, pues, manifestaciones de todas las sociedades revolucionarias de Italia, y el Janículo, donde trata de levantarse el monumento, será la nueva Meca donde diariamente acudan de todas partes los más irreconciliables enemigos del trono y del altar, y donde tal vez se maquinen sin escrúpulos los trabajos de zapa que pudieran derrumbar algún día la misma casa de Saboya.

Atroz sería en este caso la ironía de los hechos.

* * *

Dejando á un lado el islote de Caprera, volvamos la vista al asunto más serio que en la actualidad se presenta.

Una pomposa legación de Constantinopla llegó al fin á Alejandría y pasó al Cairo á poner término á la crisis política con todo el peso de la influencia del califato de los creyentes.

Dervisch-Bajá se llama el representante del Sultán que con numeroso séquito ha desembarcado en Egipto, dando con su presencia un golpe terrible á la política francesa, que creyó disponer hoy, como en otro tiempo, de aquel País á su antojo. El partido militar, que también se llama nacional, había organizado demostraciones á la llegada de Dervisch, y centenares de individuos siguieron á la imperial comitiva, gritando: «¡Destruya Alah á los infieles! ¡Conceda Alah la victoria al Islam!»

Después de esto, ¿qué significa ya la intervención anglo-francesa? ¿Qué importancia tiene la escuadra aliada en las aguas de Alejandría? Si es cierto que los agentes de la Sublime Puerta excitaron la rebelión de Arabi y del partido nacional egipcio, es probable que basten también sus medidas para restablecer la tranquilidad y el orden en la degenerada tierra de Sesostris y de los Faraones. Pero la cuestión es complicada; los expedientes y las temporizaciones forzosas de la diplomacia nada resuelven, todo lo enturbian, y amenazan surgir, y efectivamente surgen, complicaciones imprevistas que pueden dar desconocido rumbo á los sucesos.

¿Se restablecerá plenamente la soberanía del Gran Señor sobre el Khedivato y los actuales organismos políticos de Egipto? ¿Es cierta la protección que á Abdul-Hamid dispensa Alemania? ¿Qué significan las atenciones de que en el Imperio de Turquía son objeto los súbditos alemanes? Dícese que hace pocos días dejaban un buque que acababa de llegar al Bósforo cuatro oficiales de Prusia, entre los que se hallaba el coronel de Caballería Kæhler, distinguido autor de varias obras militares; dícese que su objeto es organizar el ejército turco, formando un cuerpo de oficiales y un Estado Mayor al estilo del de Berlín; pero también se cree difícil y muy ocasionado á conflictos el empeño de reglamentar ascensos y funciones, poniendo orden en un caos. El Sultán no es, por otra parte, desagradecido y ha nombrado una comisión especial encargada de llevar seis magníficos caballos de regalo al Príncipe imperial de Berlín.

Lo cierto es que cuando la cuestión egipcia parecía tener un desenlace inmediato; cuando parecía que Dilke y Freyci-

net, Inglaterra y Francia, estaban al fin de acuerdo con Turquía para mantener el actual Khedive en el trono y el *statu quo* en el organismo político; cuando no se hablaba más que de apaciguamiento de los ánimos y de conciliación y transacciones urgentes, un hecho de la mayor transcendencia ha venido á perturbar los más fundados cálculos.

Alejandría acaba de presenciar la explosión de odios mal reprimidos. Los indígenas se han lanzado contra los europeos, siendo respetable el número de estos últimos que, según los telegramas, resultan muertos ó heridos. La condición social de algunas víctimas agrava muchísimo el conflicto; varias casas han sido incendiadas, y el pánico reina en la ciudad. Se han hecho demostraciones hostiles delante del consulado de Francia; han sido gravemente heridos el señor Kooksen, cónsul de Inglaterra, el cónsul de Grecia y el vicecónsul de Italia, habiendo muerto de un tiro de revólver uno de los maquinistas de la fragata acorazada *Superb*.

¿Habrá llegado el momento de que las potencias intervengan con las armas? ¿Desembarcarán Francia é Inglaterra sus tropas? ¿Esperarán, al contrario, los resultados de la misión otomana?

Cinco horas después de haber empezado los disturbios se presentaron las fuerzas militares egipcias para dispersar á los amotinados y restablecer el orden, dando lugar á la sospecha de que el motín haya sido premeditado. El comisario del Sultán y el Ministro Arabi salieron inmediatamente del Cairo para Alejandría en tren especial, y Dervisch-Bajá manifestó que deploraba en extremo los desórdenes y que serían castigados los culpables.

Nos hallamos, pues, ante un Khedive afecto á la política franco-inglesa, Virrey amenazado por continuas rebeliones de los suyos; nos hallamos ante un representante del Sultán que se arroga el derecho de Soberano y la intervención exclusiva en los asuntos del Khedivato, y finalmente, delante de una escuadra cuyos jefes ven y sufren menosprecio al pabellón que defienden, porque se hallan tristemente atados de pies y manos por sus respectivos Gobiernos, temerosos de provocar un conflicto europeo para el que no se sienten con fuerzas.

¿Habrá colisión sangrienta entre tan opuestos elementos? ¿Se reunirán al fin las naciones, en Constantinopla ó más acá, para dar término á tan terrible crisis?

Quizás lo complejo de todas estas cuestiones haga que su resolución sea más inmediata de lo que pudo creerse, cesando de una vez la anarquía que reina en Egipto, anarquía

cuya culpa toda es justo recaiga sobre esa misma Europa tan interesada en el libre paso del canal de Suez, que representará siempre grandes intereses colectivos.

El desenlace, provisional cuando menos, no puede estar ya lejano.

Fijando la vista en el Continente, vemos que muy poco ha variado la situación general durante la quincena.

La República francesa reproduce alarmas que quieren por lo visto tomar carta de naturaleza en territorio libre, y ya afectan menos, por lo repetidas. Ora son escandalosas algaradas de estudiantes que toman sobre sí los cuidados de la justicia, castigan á degradados encubridores de mancebías y traban luego luchas con los vigilantes de orden público; ora son las interminables é infinitas huelgas ó el reto cotidiano de los socialistas de todas condiciones y grados; ó bien las mil dificultades que surgen y contra las que lucha el Ministerio Freycinet, sin bastante energía, sin política franca ni programas definidos, viéndose de continuo amenazado con una estrepitosa caída que, en las circunstancias presentes, sería bajo muchos conceptos sensible y sin duda alguna lamentable.

Pero si en medio de tantos sinsabores Francia sufre, en cambio París sigue siendo la capital de los seductores alardes de pulcritud y de lujo, y busca el refinamiento en los placeres y en las fiestas del gran mundo.

Cítase hoy como una maravilla la gran fiesta que acaba de verificarse en la morada de los Duques de Fernán-Núñez, para celebrar la toma de posesión del nuevo y espléndido hotel de la Embajada española. Jamás se vió otra fiesta semejante después de los brillantes años del Imperio, siendo sólo comparable á aquellas brillantes recepciones del perfecto *gentleman*, el Príncipe de Metternich, opulento Embajador que fué de Austria.

El vasto patio de honor estaba resplandeciente de luces, arbustos raros y flores. A ambos lados de la majestuosa escalinata á cuyos extremos descansan enormes leones heráldicos, se hallaban en actitud arrogante dos alabarderos, y en la entrada del salón formaban semicírculo numerosos criados con la librea del Duque, que, como todas las de antiguas casas de los grandes de España, rivalizan con las de los sirvientes de los cardenales romanos, tan pintorescamente reproducidos por la pintura. En el segundo salón, lacayos con calzón corto y frac bordado de plata, recibían á los convidados,

cuyo nombre anunciaba luego un hujier. El primer salón, decorado de cuadros españoles que representan las diferentes escenas de la creación, está tapizado con un terciopelo verde cuyo dulce matiz se armoniza perfectamente con el mueblaje de roble tallado.

El Duque de Fernán-Núñez, con el Toisón de Oro y el gran cordón de Carlos III, esperaba en un salón de damasco encarnado, en compañía de sus obsequiosos secretarios. En esta pieza se halla el hermoso retrato de cuerpo entero de S. M. el Rey D. Alfonso XII, con el gran cordón de la Legión de Honor.

En otro salón, que sirvió para el baile, cubierto de brocado de color de rosa, esperaba la Sra. Duquesa de Fernán-Núñez, admirablemente secundada por dos encantadoras damas, las Sras. de Arellano y de Dupuy de Lôme. El salón donde se bailó tiene el carácter decorativo de Wateau, con pilas de mármol blanco, de donde brotan ruidosos surtidores cuyas aguas riegan, al caer, preciosas flores acuáticas. Entre las dos puertas que dan salida á los salones de conversación, hay un canapé de seda carmesí en el que tomó asiento S. M. la Reina Isabel para hablar graciosa y amablemente con los convidados de la Duquesa. El salón de conversación, en el que permaneció largo tiempo Mr. Grevy con las damas de los Ministros, es de brocado de oro, con ramos de rosas, cuadros magníficos y mil maravillas, distinguiéndose, entre otros cuadros de mérito, dos admirables retratos de la Reina Cristina y del Rey, con dedicatoria á los Duques.

Viene luego un salón llamado de los Reyes, en el que sobresalen los retratos de Carlos V, por Strana, el de Felipe II y otros distinguidos Soberanos de España. El salón que sigue es el gabinete de trabajo del Embajador; y finalmente, el salón del fondo contiene un billar y presenta un airoso y estudiado trofeo, símbolo de nuestras famosas corridas de toros... Más allá, en un pequeño salón octógono que da á los jardines y que estaban iluminados por focos eléctricos, lució sus primores la orquesta de Waldteuffel. Todo encanto, todo magia, todo alegría y extremada elegancia, habiendo sabido la señora del Embajador de España dar á la alta sociedad de París una de las más brillantes fiestas de que hay memoria.

Así pueden aun olvidarse los disgustos diplomáticos y hasta cabe ver de color de rosa el porvenir, no temiendo el pavoroso desenlace de las más negras cuestiones que hoy se agitan en Europa.

*
* *

Otras fiestas, y de otra naturaleza, se preparan en estos momentos mismos en Rusia. Alejandro III acaba de nombrar los individuos que han de encargarse de disponer la solemnidad y los festejos de su coronación, que tendrán definitivamente lugar á fines del próximo mes de agosto, á pesar de las noticias contrarias de los temerosos de nuevas tentativas nihilistas.

Hace ya algunas semanas que en el Museo de las caballerizas imperiales admiran los curiosos diez y nueve carrozas y cuatro faetones de gran lujo, dispuestos para la entrada solemne de SS. MM. en su antigua capital de Moscou. Entre estos carruajes, los más del último siglo, cuyos arneses, libreas de cocheros y lacayos y caballos, costaron más de 3.000 rublos, figura el que Federico el Grande envió en 1845 á la Emperatriz Isabel con la célebre carta, en la que llamaba á la hija de Pedro el Grande la Semíramis del Norte. Es el que sirvió en 1856 para la entrada de la Emperatriz María Alexandrowna.

Y dejando á un lado fiestas, parece que han producido en Rusia el mejor resultado las rigurosas medidas propuestas por el Ministro del Interior contra los que molesten á los judíos, medidas reclamadas por la opinión y confirmadas solemnemente por un úkase imperial dirigido al Senado.

El clamoreo de Europa impresiona los ánimos en San Petersburgo; pero también sorprende que no quiera la prensa semítica comprender que las disposiciones prohibiendo á los judíos establecerse fuera de las ciudades que habitan y adquirir ó arrendar inmuebles, se tomaron en interés de ellos mismos. En las ciudades donde hay soldados y policía pueden vivir tranquilos, pero no en las poblaciones rurales, donde se empeñan en explotar al pueblo por medio de la usura.

Hay que comprender que los intereses de los cristianos son tan respetables como otros, y que las corporaciones provinciales protestan contra la admisión de los israelitas en sus distritos. Son generalmente odiados, y es natural que algún fundamento tenga ese odio profundo. Mr. Víctor Tisot en *l'Illustration* hace observar que los judíos rusos no son como los de otras partes de Europa, donde se confunden en cultura con los demás ciudadanos. Los judíos de Rusia forman una masa de más de cuatro millones de fanáticos enemigos del nombre cristiano, miserables que viven entre mil privaciones y sin higiene, no conociendo más que el Talmud y sus reglas y llegando á ser millonarios y explotadores de vías férreas, como más de un nombre lo atestigua. Es un Estado dentro de otro Estado, tanto más temible cuan-

to mayor es el rebajamiento moral en que se halla sumido.

También crece hoy en Rusia el odio contra los alemanes, y no sería de extrañar que tuviese algún día una explosión ruidosa; pero este odio lo sostiene otro sentimiento hondamente arraigado en el corazón del ruso, el sentimiento panslavista. Cuanto más crece el favor que los alemanes obtienen en Constantinopla, más honda repulsión inspiran á los moscovitas. Los sentimientos de los optimistas se modifican, y no parece ya tan atrevida la idea de una lucha contra el poderoso vecino del Oeste de Rusia, lucha que si llega á revestir un carácter popular en este último País, popular será también en Alemania, cuyo espíritu liberal teme el ejemplo y el contacto del despotismo. El Emperador de Alemania no puede, sin embargo, mientras viva, ser infiel á la religión de los recuerdos, ni romper los lazos que le unen á la familia imperial rusa; sea cual fuere en esta parte el sentimiento de su pueblo y aun el del Príncipe de Bismarck.

*
* *

Difícil es hablar de los asuntos generales de Europa, sin venir á parar á Alemania.

Así nos ha sucedido ahora, precisamente cuando hay mayor calma en la vida política de aquel Imperio; cuando el Soberano se dispone á salir para Ems y Gastéin, y el Príncipe de Bismarck toma el camino de Kissingen, dando el ejemplo á los personajes de la corte que suelen en verano dispersarse por mil estaciones y sitios de recreo.

Los únicos trabajos á que se limitan los alemanes de holgada posición, desde la primera quincena de junio, son los de Congresos especiales: casi cada corporación tiene anualmente el suyo, y buscando lo útil y lo agradable, se reúnen los de una misma profesión ó carrera en alguna de las más pintorescas comarcas del Norte ó del Sur.

Los periodistas, los jurisconsultos, los antropólogos y los médicos han hallado el secreto de hacer más atractivos sus Congresos. Las municipalidades de los puntos donde alternativamente se dan cita, les auxilian para realizar un programa, cuya parte principal consiste en excursiones y fiestas, en las que toman también parte las señoras. Es el mejor medio de interesar al bello sexo en todo lo que interesa á las artes, á las ciencias, y particularmente á las corporaciones.

Tregua, pues, á los asuntos de la alta política europea.

S.